

LA MITOLOGÍA



S. CALLEJA Madrid

NUM. 3

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA PARA NIÑOS

XI

6080

Historia de la Mitología Griega y Romana

— POR —

V. GONZÁLEZ

— ILUSTRADA POR —

M. ANGEL Y N. MÉNDEZ BRINGA

— CON 51 LÁMINAS —



ES PROPIEDAD

Imprenta LA EDITORA
San Bernardo, 19.—Madrid.



INTRODUCCIÓN

El conocimiento de la Mitología es, no solamente útil y agradable, sino también necesario para todas las personas cultas y estudiosas. Grecia y Roma han ejercido una influencia demasiado grande en los destinos humanos para que podamos mirar con indiferencia ó desdén sus concepciones religiosas, que necesariamente hubieron de reflejarse en las leyes y costumbres de esos dos grandes pueblos, y encarnarse, por decirlo así, en su literatura y en todos sus monumentos. Además, en el fondo de la Mitología se hallan vestigios de las primitivas tradiciones del género humano, y aunque desfiguradas con fábulas repugnantes y groseros errores, encontramos las ideas de Dios, de la creación, del pecado del hombre, del diluvio, del castigo y de la recompensa en la otra vida, etc., etc.

Una obra en que se expusiera el desarrollo y evolución de la Mitología á través de los siglos, y se examinase como se fué bastardeando y obscureciendo la primitiva revelación en los diferentes pueblos, resultaría

sobradamente extensa, por mucho que quisieran comprenderse los datos de los diversos períodos históricos y de los distintos países. Nuestro objeto es mucho más modesto y restringido: nos hemes propuesto únicamente dar idea sucinta de la religión griega, que, con escasas alteraciones, pasó luego á los romanos, y que fué el culto más extendido en Europa durante quince siglos próximamente; hasta que la religión cristiana, iniciada y fundada por las predicaciones y enseñanzas del Hijo de Dios, sellada con su sacrificio en la Cruz, propagada por todo el mundo por los Apóstoles y los mártires, desterró de la conciencia pública las alegorías y mitos del gentilismo.

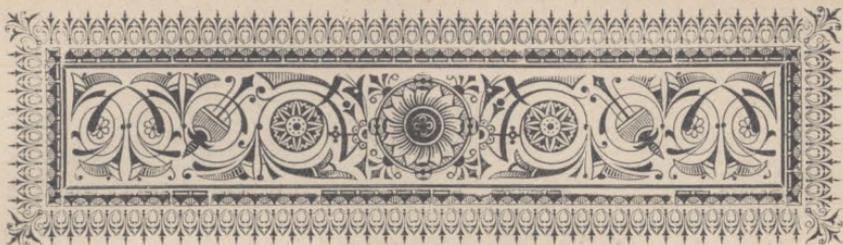
No se entienda por esto que la Mitología griega y romana era sólo un conjunto de fábulas y errores forjado caprichosamente por la imaginación de los poetas: la mayor parte de los dioses que á continuación estudiaremos, ó habian sido en tiempos remotos hombres más ó menos ilustres que tuvieron existencia real y positiva, y á los que divinizó la superstición ó la ignorancia, exagerando sus grandes hechos y revistiéndolos de atributos que jamás tuvieron; ó no eran más que alegorías de seres, fenómenos, ó fuerzas naturales, como el sol, la luna, las constelaciones, la tempestad, el fuego, el rayo, el agua, el viento, la noche, etc.; ó abstracciones del orden moral, como la justicia, la ciencia, la belleza, la alegría, el terror, la risa, la cólera, el amor, la guerra, etcétera.

Además, la religión de los griegos y romanos no fué sino derivación de otras mitologías más antiguas, sobre todo de las religiones india, asiria, babilónica y egipcia: tenía sus precedentes históricos y estaba íntimamente enlazada con las leyendas y tradiciones de las razas asiáticas, que en diversas emigraciones poblaron el oriente de Europa. Podemos, pues, considerar la Mitología como la expresión de todas las creencias, alegorías y mitos religiosos que, á excepción del judaismo, en que se conservó la noción y culto del verdadero Dios, esta-

ban esparcidos en el mundo antiguo con anterioridad á la religión.

De aquí la importancia de su estudio, harto abandonado hoy, y que bien dirigido puede ser provechoso á los jóvenes. No es loable el desdén que algunos muestran hacia la antigüedad, y la tendencia que revelan á empequeñecer las grandezas y glorias sepultadas bajo el peso de los siglos. El estudio de la Mitología nos demostrará hasta qué punto puede extraviarse el hombre, cuando cierra los ojos á la luz de la revelación, y nos hará apreciar más y más nuestra sacrosanta y divina religión, que librándonos de la vergonzosa abyección del politeísmo, eleva y ennoblece nuestras ideas y sentimientos, infundiendo en nuestra alma nobles y generosas aspiraciones, dignas de un ser inmortal.





I

Origen de los dioses según la Mitología.

Los dioses no crearon el mundo: según los griegos, fueron creados de igual modo que los hombres, esto es, por uniones de otros seres de distintos sexos, á excepción de algunos casos particulares en que un dios engendraba por sí solo á otros.

Antes de que existieran los dioses existían ya el *Caos* ó sea el espacio vacío; la *Tierra*, de que brotaron ó nacieron después todas las cosas; el *Tártaro*, lugar tenebroso que representaba la tendencia de todo lo creado á volver al *Caos*, y el *Amor*, ó sea el principio que mueve, une y conserva á todos los seres.

Del *Caos* brotaron el *Erebo* (aire) y la *Noche*, y la unión de éstos produjo el *Eter* y el *Día*. La *Noche* engendró por sí misma al *Sueño*, los *Ensueños*, *Momo* ó la *Risa*, las *Afflicciones*, las *Hespérides*, las *Parcas*, las *Penas divinas*, *Némesis*, el *Engaño*, la *Amistad* y la *Discordia*. De la *Discordia* nacieron luego la *Fatiga*, el *Olvido*, el *Hambre*, los *Dolores*, los *Litigios*, los *Asesinatos*, las *Batallas*, la *Destrucción*, los *Disgustos*, las *Falsedades*, las *Delaciones*, la *Injusticia*, la *Iniquidad* y el *Furamento*.

De la Tierra nacieron el Cielo ó *Urano*, los Montes, el Abismo y el *Océano*. Unióse después la Tierra á éste, y de tal enlace nacieron muchos dioses, entre ellos el Tiempo, llamado también Cronos ó Saturno, y los Gigantes. Saturno, personificación del tiempo, que destruye cuanto crea, devoraba á todos sus hijos, hasta que uno de ellos, *Júpiter*, no sólo pudo librarse de su voracidad, sino que le hizo devolver cuanto había devorado, y libertó á los Ciclopes encadenados que, en recompensa, le forjaron los rayos, con los que pudo vencer á su padre y enviarle á la tierra. Fué esposa de Saturno su hermana Rhea, ó Cibeles, símbolo del cambio y del



Saturno.

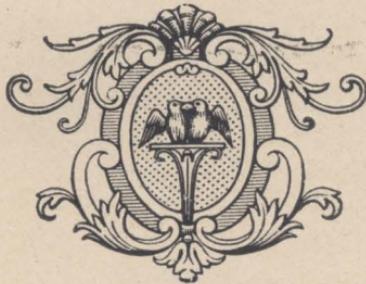
progreso. Los Ciclopes eran hijos del Cielo y la Tierra; su número era de seis, y representan fenómenos atmosféricos, así como los Hecatónquiros ó Centurianos.

Temía *Urano* á tan terribles hijos, y á medida que nacían los iba arrojando á la Tierra que, airada como madre, promovió la sublevación de sus hijos, armó con una hoz ó guadaña muy afilada á Cronos ó Saturno, y éste,

siguiendo sus consejos, castró á Urano, cuya sangre, cayendo en la Tierra produjo las Furias, simbolo de la Venganza, los Gigantes y las ninfas Melias. En torno de la carne de Urano, que cayó al mar, se formó una espuma de la que nació Afrodita ó Venus, á la que se unieron pronto el Amor y el Deseo. Esta primera historia simboliza el reinado del Tiempo, sucediendo al del espacio, el tránsito de la idea á la forma, y de lo infinito á lo finito.

Empezó entonces el imperio de Saturno y de los Titanes, que terminó, como ya hemos indicado, con la victoria de Júpiter entre su padre y la reclusión de éste á la Tierra.

Júpiter, vencedor de Saturno y de los Titanes, fué proclamado Rey por los demás dioses, y les confirió cargos y honores. Su poder no fué absoluto, pues, aunque superior al de sus compañeros, estaba contrarrestado por el de éstos, y además, cada uno de los dioses y diosas tenía su especial esfera de acción, como más adelante veremos.





II

El Olimpo.—Clasificación de los dioses.

El Olimpo era la Asamblea de los dioses y el lugar del cielo en que se verificaba. También se llamaba y se llama Olimpo una alta montaña de la Tesalia en que, según afirma la leyenda, hubo escuela de canto y música en tiempos anteriores á Homero, el sublime narrador de la *Iliada* y la *Odisea*.

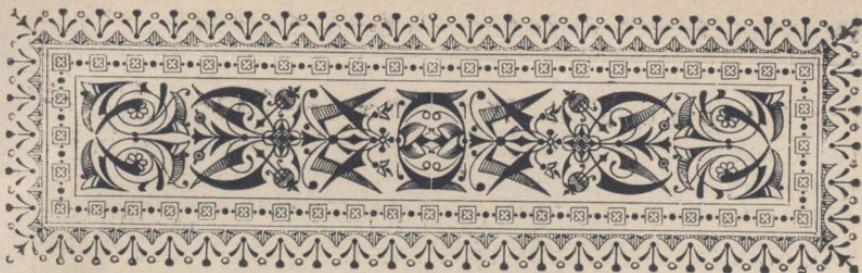
No todos los dioses tenían asiento en el Consejo en que se resolvían las cuestiones de interés general. Había dioses mayores y menores: estos últimos no tenían voz ni voto en las deliberaciones olímpicas, y de los mayores, que eran veinte, sólo doce tenían asiento en el Consejo. Estos doce dioses privilegiados se llamaban *consentes*, y eran Júpiter, Neptuno, Marte, Apolo, Mercurio y Vulcano, entre los masculinos, y Juno, Minerva, Venus, Ceres, Diana y Vesta, entre los femeninos. Los otros ocho dioses mayores no consentes (ó sea sin asiento en el Consejo), fueron llamados también electos, auxiliares ó patricios, y eran Plutón, Baco, Cupido ó el Amor, Jano, Genio, Latona y Aurora.

Había, además, varios dioses subalternos del cielo y

otros de la tierra, del infierno y del mar, á más de otras muchas divinidades de orden inferior, de que iremos ocupándonos sucesivamente.

Los dioses conservaban la inmortalidad bebiendo un licor delicioso llamado ambrosía, que restauraba sus fuerzas. No sólo se unían entre sí, podían unirse á simples mortales, y de estos últimos consorcios resultaban los héroes ó semidioses, que no gozaban del don de la inmortalidad, pero que tenían singulares distinciones y preeminencias sobre los hijos de los mortales.





III

Dioses mayores y consentes

JÚPITER.—Fué Júpiter hijo de Saturno y Rhea ó Cibeles; tuvo por hermanos á Neptuno, Plutón, Vesta, Ceres y Juno, y se salvó de ser comido por su padre, merced á haberlo sustituido su madre por una piedra envuelta en mantillas, postre que vino como de molde á sus hermanos, pues, después de haberlo tragado Saturno, sintió unos grandes dolores de vientre, que le curó la diosa Metis, de origen y filiación desconocida, haciéndole arrojar la piedra y los cuatro hijos que había devorado.

Rhea ó Cibeles, que sentía singular predilección por Júpiter, colocóle en la isla de Creta, bajo la custodia de ciertos sacerdotes guerreros llamados Cureteos y Coribantes, los cuales, para evitar que Saturno oyera los llantos del niño, danzaban continuamente en torno de él, dando grandes alaridos y chocando unos con otros los escudos de bronce de que iban armados.

Amamantó al que, andando el tiempo, había de ser Key de los dioses, la cabra Amaltea, convertida más tarde por él en constelación, y colocada en los cielos, después de hacer don de una de sus astas, llamada cuerno de la Abundancia por brotar de continuo flores y fru-

tos, á las ninfas Meliseas que cuidaron de su infancia y de cubrir con su piel la famosa *egida* ó escudo impenetrable.

Siendo ya mozo Júpiter, supo Titán que, contra lo pactado, tenía Saturno hijos varones, y, al frente de los Titanes atacó, venció y encadenó á su hermano y Rey. Noticioso Júpiter de esta derrota de su padre, se propuso salvarlo, libertándolo de la prisión en que yacía.

Comenzó su empresa dando muerte á Campea, monstruo femenino en forma de colosal oruga, encargada desde los tiempos de Urano de custodiar á los Cíclopes y Centimanos, con los que aumentó el número de los partidarios de Saturno: indecisa estaba la victoria, y quizá hubiera sido Júpiter el vencido sin la prodigiosa invención de Vulcano, que forjó el rayo de Júpiter, el tridente de Neptuno y el casco de Plutón. Con el rayo, Júpiter mataba instantáneamente á quienes y cuantos se proponía; el tridente tenía la virtud de alborotar ó pacificar las olas de los mares, y aquel á quien ceñía la frente el casco de Plutón se hacía invisible. Merced á tales armas fueron vencidos los Titanes y para siempre sepultados en el Tártaro ó infierno de los gentiles.

Júpiter devolvió el cetro á su padre Saturno, que, en pago de tal servicio, procuró reducirlo á prisión: la ingratitude del padre obligó al hijo á usurparle la supremacía del Universo, despojándole del imperio y desterrándole á la tierra.

Sentóse Júpiter en el trono de su padre, apoyándose en *Dicea* que representa la justicia, y en *Aidos* (el pudor); reservóse el mando supremo en todo, y particularmente el del Olimpo; dió á Cibeles el de la tierra, á Neptuno el del mar, y á Plutón la obscura y subterránea región de los tormentos, después de lo cual contrajo matrimonio con su hermana Juno, y de esta unión nacieron Vulcano y Hebe, diosa de la juventud.

Según algunos mitólogos, antes de Juno tuvo Júpiter seis esposas: fué la primera Metis, diosa que simboliza la prudencia y la sabiduría; teniéndola en cinta supo

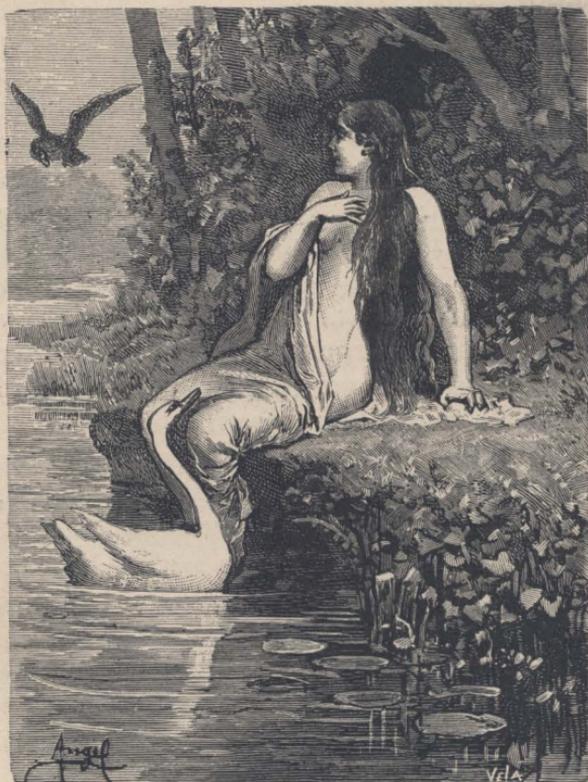
del Destino que el hijo que aguardaba había de ser soberano del Universo, y para evitar el riesgo de ser deshonrado, tragóse á la madre y al hijo: prendóse después de Temis, personificación del principio de justicia, y de ella tuvo á Astrea, ó la equidad, la ley y la paz: de este matrimonio nacieron también las Horas y las Parcas. A este matrimonio, disuelto no se sabe por qué, siguió el de Eurimedusa, hija de Océano y Tetis, y de ella, á pesar de ser hermosa ninfa en el busto y parte del cuerpo y pez el resto, tuvo Júpiter á las tres Gracias. Divorciado después de Eurimedusa, se unió por poco tiempo á su hermana Ceres, de la que nació Proserpina. Disfrazado de pastor cautivó á Mnemosine, á la que hizo madre de las nueve Musas.

Arreglado ya el matrimonio con Juno, se enamoró Júpiter de Latona, hija del Titán Ceo y de su hermana Febea, y descubierto su enlace con la última, furiosa la primera, llevó su saña hasta el extremo de arrancar á la Tierra la promesa de no dar asilo en parte alguna á la desdichada Latona. Neptuno, compadecido de la desventura de la hermosa Titánida, la acogió en la isla de Delos, en el mar Egeo, al SE. de la Eubea, hoy Negropanto, donde, á la sombra de un olivo, de una palmera ó de un laurel, dió á luz Latona á Apolo y Diana. Juno fué la última y reconocida esposa de Júpiter, á la cual, sin embargo, el tonante dios, de suyo inclinado á las hermosas, hizo innumerables infidelidades.

Las más notables son las cometidas con Alcmena, hija de Electrión, rey de Tebas, y nieta de Perseo, casada con el argivo Anfitríon, rey de Tyrinto en la Argolida, hijo de Alceo. Habiendo matado Anfitríon á su suegro, escapó á Tebas, en donde mandó los ejércitos tebanos en diversas expediciones militares que le hicieron célebre, si bien favorecieron los proyectos amorosos de Júpiter, pues éste, tomando su forma, visitó varias veces á su esposa. Alcmena dió á luz dos hijos, uno Hércules el Tebano, que lo era de Júpiter, é Ificrates, de Anfitríon; á Hércules persiguió eternamente el odio de Juno.

Enamorado de Asteria, se transformó Júpiter en águila, naciendo de ésta Hércules el Egipcio; perseguida más tarde Asteria por el mismo dios que la había hecho madre, transformóse en codorniz, y se refugió en una de las islas de la costa de Sicilia que tomó el nombre de Ortigia de (ortux, codorniz).

Una de las ninfas favoritas de la casta Diana, Calixto, llamada también Hélice, fué seducida por Júpiter, que la hizo madre de Arcas, poblador de la Arcadia, célebre agricultor y discípulo de Triptolemo. Diana, indignada de la debilidad de la ninfa, la desterró de su compañía, pero Juno llevó á mayor extremo su venganza, pues la convirtió en Osa. Compadecido Júpiter de su desgracia, arrebató de la tierra á su amada y á su



Leda y Júpiter.

hijo, y convirtiéndolos en las constelaciones que llamamos Osa mayor y menor, los colocó en el cielo; pero ni aun allí estuvieron á cubierto de la cólera de la reina del Olimpo que rogó á Neptuno no les permitiese reposar nunca en el seno de las aguas, y he aquí por qué en nuestro hemisferio no se las ve nunca transponer el horizonte. También sedujo Júpiter á la hermosa Leda, hija de Glaucó, á cuyo efecto se convirtió en cisne, y fingiéndose perseguido, se refugió en el seno de la joven, cuando ésta acababa de salir del baño.

Acrisio, rey de Argos, tenía una hija llamada Danae, de quien estaba prendado Júpiter; advertido el rey de que perdería cetro y corona de un hombre que había de nacer de Danae, encerró á ésta en una torre inexpugnable, pero Júpiter, convertido en lluvia de oro, penetró en ella y la sedujo, dando el ser al famoso Perseo. Sabedor Acrisio de la deshonra de su hija Danae, la arrojó á las olas con su hijo, y fueron llevados por ellas á Serifo, en donde su rey Polydectes los socorrió. Ya hombre Perseo, libró á su madre de la brutal persecución de su protector, venció á las Górgonas y cortó la cabeza de Medusa, de cuya sangre nació el caballo Pegaso; montado en él libró á Andrómeda de un monstruo marino y se casó con ella; mató involuntariamente con el disco á su abuelo Acrisio, le sucedió en el trono de Argos y fué padre de Esthenelo y Electrión.

Elara, princesa Orcomenia, concedió sus favores á Júpiter, y no bien hubo conocido Juno la nueva falta de su real esposo, que, convertido en seductor de doncellas y princesas, pasaba la vida rondando toda la Grecia, cuando se aprestó la ofendida diosa á vengar el ultraje; para libertarse Elara del furor de Juno, hubo de vivir oculta en las entrañas de la Tierra, en donde expiró al dar á luz al gigante Titio, á quien la madre común se encargó de alimentar en su infancia. Por eso pasa en concepto de algunos como hijo de la Tierra. La índole perversa de este gigante sugerióle el pensamiento de deshonrar á Latona, siendo esta la causa por que Apolo y

Diana lo mataran con sus flechas en los deliciosos campos de Pánope.

Enamoróse más tarde de Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia, y para lograr su intento transformóse en rozagante manso toro. Una tarde esta hermosa mujer, que decían había robado su blancura á Juno, le dió de comer á la orilla del mar, por su mano, fresca hierba y cabalgó en su lomo; entonces lanzóse Júpiter con su



El rapto de Europa.

carga al mar, pasó á Creta y á la sombra de unos plátanos cumplió su deseo. Europa tuvo del dios Tonante ocho hijos, cinco varones y tres hembras.

Y de este modo tuvo Júpiter infinidad de hijos, de los que á su tiempo se hará la historia.

Poco tiempo después de su advenimiento al trono del emperio, subleváronse contra él los Gigantes, hijos de la Tierra y de la sangre de Urano; eran en número de 50, y su robustez y valentía era tal que puso en consterna-

ción á todo el Olimpo. Por consejos de la Sabiduría llamó al cielo Júpiter á su hijo Hércules Tebano, cuya pujanza alcanzó lo que no pudieron los inmortales, vencer á los Gigantes.

Á esta guerra siguió otra más terrible; el monstruo Tifoe, nacido de Erebo y de la Tierra, merced á ciertos huevos que Saturno dió á Juno para vengarse de la infidelidad de su esposo, apenas nacido era ya formidable; escaló el cielo y puso en dispersión á los dioses, que abandonaron á Júpiter. Tifoe reunía en sí todas las maldades, deformidades, venenos y horrores imaginables. Su cuerpo excedía de la altura de las más altas montañas. Sus cabezas eran ciento y éstas de serpiente, en las extremidades de cada dedo de sus manos tenía otros tantos reptiles. Sus brazos, continuamente en movimiento, alcanzaban de polo á polo.

Prendado de Venus la siguió en su huida, dejando por un momento á Júpiter, pero perseguido por éste huyó hasta el monte Casio, en Siria. Como los rayos de Júpiter eran inútiles contra Tifoe, se armó con la guadaña de su padre, pero desesperado el monstruo por la persecución, hizo cara repentinamente al numen y lo venció, cortándolo en pedazos con la misma segur con que le amenazaba el dios, pedazos que dió á guardar á otro monstruo llamado Delfino, que tenía de mujer el busto y de dragón el resto del cuerpo. Mercurio y Cadmo, hijos de Júpiter, inquietos por la ausencia de su padre, pusieron en su busca; hallaron los destrozados miembros en la caverna, y engañando á Delfino, le reorganizaron y animaron con un destello de fuego divino, con lo que recobró el ser primero, y con éste la sed de venganza, placer de los dioses.

La segunda parte de la campaña fué fatal para el monstruo; debilitadas ya sus fuerzas hubo de batirse en retirada hasta el monte Nisa, donde engañándole las Parcas comió ciertas frutas llamadas efemérides, que acabaron de privarle de sus fuerzas. Túvolas, sin embargo, para llegar atravesando el mar hasta Sicilia, donde

Júpiter completó su victoria aplastando al monstruo bajo el peso del monte Etna.

Los dioses sostuvieron otra guerra llamada de los Alvidas, de que se hablará más adelante.

De regreso al Olimpo pudo observar el divino cónclave que la tierra estaba poblada de monstruos y de hombres de peor especie que éstos, y Júpiter resolvió castigar de una vez tantos crímenes, á cuyo efecto ordenó un diluvio en que perecieron todos los habitantes del globo, á excepción de Cadmo y su esposa Harmonia.

Poblada de nuevo la tierra, y como el castigo pasado hubiere causado poco escarmiento en los hombres nuevos, Júpiter resolvió que á la falta ó al delito siguiera inmediatamente el correctivo.

Así Licaon, que hubo de servir al Tonante en un banquete la carne de uno de sus hijos, murió abrasado en su palacio; los Curateos fueron exterminados por haber arrebatado de orden de Juno á Epafo de los brazos de su madre Io; fué enlazado Ixión á una rueda cubierta de serpientes que gira sin cesar en el Averno, por haberse atrevido á la beldad de Juno. Tántalo fué condenado á los tormentos de la sed eterna con el agua tocando en sus labios, por el robo de Ganimedes y otros crímenes; Sisifo, hijo de Eolo y esposo de Merope, fundador de Efira (después Corinto), cerró el Istmo, obligó al Asopo á regar con sus aguas la acrópolis de Corinto, y exigió á cuantos pasaban por allí cierta cantidad de dinero. Murió á manos de Teseo, y habiendo conseguido de los dioses infernales que le permitiesen volver un día á la tierra para ser sepultado, no quiso regresar al infierno y fué arrastrado de nuevo á viva fuerza. En castigo de sus maldades fué condenado por Júpiter á llevar un peñasco á la cima de una alta montaña desde donde en seguida se despeñaba. En cambio premió la virtud, siendo de ello vivo ejemplo Filemón y Baucis, Capricornio y otros muchos de que hablaremos á su tiempo.

JUNO.—Fué esta diosa hija de Saturno y Rhea, y, por consiguiente, hermana de Júpiter. Su hermosura y su

persistente resistencia á acceder á las seducciones de Júpiter, cautivaron al Tonante, que fué vencido aun en las mismas metamorfosis, pues en una de éstas, en que logró su objeto á medias, hizole la diosa jurar por la laguna Estigia, juramento irrevocable, que la haría su legítima esposa.

Celebráronse las bodas á presencia del Congreso de los dioses, y de todos los hombres y de todos los animales congregados por orden de Mercurio. Hubo cierta ninfa, llamada Quelonea, que, desdeñando el convite, rehusó asistir al divino himeneo.

Advirtió Mercurio su ausencia, y dejando por un momento el banquete, voló á la orilla del río en que moraba la ninfa, y la precipitó con su habitación en las aguas, y allí Quelonea, convertida en tortuga y condenada á arrastrar eternamente su casa ó concha, fué en adelante el símbolo del silencio.

La vida de Juno puede decirse que está reducida á espiar á su esposo y reconciliarse luego con él, á luchar con sus rivales y á castigarlas cruelmente; y terminada apenas con una, verse precisada á comenzar con otra. Implacable en sus venganzas, transfería el odio que le inspiraban las madres á los hijos de Júpiter, que pocas veces lograron paz hasta después de su muerte.

Es Juno el emblema de la virtud acre de la mujer casta y no amable.

Argos, el de los cien ojos, alegórica imagen de la exquisita vigilancia de los celos, fué su favorito; dióle muerte Mercurio, y la diosa, agradecida, convirtiéndole en pavo real, colocando en su matizada cola los ojos, y conservándole constantemente á su lado, como se ve en cuantas pinturas, relieves ó estatuas la representan.

CERES. — Es mayor la importancia de esta diosa, con respecto á la tierra, que en sus relaciones con el Olimpo, aunque se cuenta en el número de los dioses mayores ó consentes. A ella se debe la invención de la agricultura, y particularmente del cultivo de los granos; considérase como diosa de la abundancia y de los dones que á

la tierra arranca el cultivo. Se la representa coronada de espigas, en la mano una hoz de que Vulcano le hizo presente, y debajo del brazo izquierdo un haz de trigo. De su unión con Júpiter nació Proserpina, y, una vez divorciada, dió en perseguirla Neptuno, prendado de su hermosura; para huirle, transformóse ella en yegua; pero el dios de las aguas, tomando la apariencia de un caballo, satisfizo su deseo. De este enlace nació el famoso caballo Arión, que tenía pies de hombre y el don de la palabra.

Avergonzada de la brutal acción de Neptuno, escondióse la diosa en una desconocida caverna de la Arcadia, y faltó á los hombres el más preciso sustento. Descubrió el dios Pan el lugar en que se ocultaba, y dijóselo á Júpiter, que envió á las Parcas para convencerla; lograron éstas su objeto, y con la vuelta de Ceres renació la abundancia en la tierra.

Hay quien afirma que la diosa se enamoró de Jasio, hijo de Júpiter y Electra, de cuyos devaneos nació Pluto, dios de la riqueza, alegoría que explica que la agricultura es la fuente de la riqueza.

El más importante acontecimiento de la vida de Ceres fué el robo de su hija Proserpina, llevado á efecto por Plutón.

Para encontrarla recorrió la tierra, encendiendo dos luminarias sobre el Etna, partiendo después en un carro tirado por dos dragones, y con una antorcha en la mano, para que no escapase á sus pesquisas el más oscuro rincón. Tocó en Atenas, donde Celeos, rey de Eleusis y padre de Triptolemo, la acogió hospitalariamente, en recompensa de lo cual, la diosa instruyó á su hijo en el arte de la agricultura. En Sicilia supo por la ninfa Aretnusa, ingrata amada de Alfeo, y convertida más tarde en fuente, como su amante lo fué en río, que Proserpina estaba en el infierno con Plutón. Daremos cuenta de estos sucesos al hablar de Proserpina.

Ceres era severa y vengativa; demuéstralo, entre otros muchos ejemplos, el del tesaliense Eresicton, padre de



La diosa Ceres buscando á su hija Proserpina.

Metra, bisabuelo materno de Ulises. Era Eresicton un impio que, entre otras profanaciones, cometió la de mutilar á fuerza de hachazos un bosque consagrado á Ceres. Quejáronse las Driadas que en él habitaban del insulto, y la diosa ordenó al Hambre que la vengase. Apoderóse el monstruo de las entrañas del réprobo, y desde aquel instante no hubo alimento que bastase á satisfacerle. Su hija Metra, que había dispensado sus favores á Neptuno, alcanzó de él la gracia de cambiar de formas; se hizo vender como esclava á varios hombres, escapándose luego por medio de las metamorfosis, para comenzar de nuevo, y empleó cuanto ganaba en el sustento de su padre; el hambre que éste sufría era implacable, y el infeliz acabó por devorarse á sí propio.

Eresicton es el emblema de la Avaricia, á la cual, ni todos los frutos de la tierra, ni la actividad del comercio, son bastante á satisfacer su deseo inmoderado, deseos que concluyen por roer las entrañas del avaro.

LATONA Y LUCINA.—Latona es la primitiva significación de la luna, y por eso la confunden con Diana, su hija. Sus amores con Júpiter fueron posteriores á los del Tonante con Egina, puesto que ya ésta había sido transformada en isla, cuando Latona, en cinta, y errante, sin hallar refugio en la tierra, fué salvada por Neptuno, que fijó aquella isla, llamada después Delos, isla que fué más tarde consagrada á Apolo, en la cual estableció su principal oráculo.

Su alumbramiento fué largo y doloroso; en vano Temis y Anfitrite, esposa de Neptuno, asistieron á la paciente durante nueve días; hubo, al fin, necesidad de acudir á Lucina ó Ilitia, diosa de incierto origen; y como ésta no quisiera ejercer su ministerio, temerosa de las iras de Juno, fué preciso ofrecerla una cinta recamada de oro, de nueve varas de larga. Entonces, aunque tomando mil precauciones, hizo su oficio con éxito feliz, recibiendo en sus brazos, primero, á la casta Diana, y luego, al *amado Apolo*.

Respecto de este particular hay otra versión: supónese que primero nació Diana, y formada súbitamente, como hija de padres inmortales, asistió á su madre en el trance de dar á luz á Apolo. Y por esta causa se supone á Diana y Lucina una sola diosa.

Pasó Latona la infancia de sus hijos en Delos, si bien hicieron algunos viajes funestos para los que, encontrándoles en su camino, no les acataban como era debido. En uno de ellos, atravesando la Lisia, pidió agua para sus hijos á unos villanos, y como ellos se la negaran, los convirtió en ranas.

La cruel persecución que sufrió por mandato de Juno, la había exasperado y tornado en vengativa, no menos que su soberbia rival. Niobe, hija de Tántalo, y esposa del argonauta Anfión, rey de Tebas, afrentó á esta diosa, suponiéndose superior á ella y menospreciándola; este menosprecio provocó la ira de la madre de Apolo y Diana, que descargó sobre ella y sobre los suyos su venganza. Apolo mató con sus poderosas flechas á los hijos de Niobe; acudieron las hermanas á sus lamentos, y dióles también muerte la hija de Latona, siendo Niobe testigo de aquella tragedia, que dió fin á su orgullo y á su vida, puesto que el dolor la transformó en fría estatua de mármol.

Latona fué immortalizada por Júpiter, y fué adorada como diosa terrible y sañuda con sus enemigos en Delos, Argos y las Galias.

APOLO, LAS MUSAS, FAETÓN, LOS SIETE SABIOS DE GRECIA.—Fué Apolo heredero de la hermosura de su madre Latona, y favorecido de brillantes y extraordinarias dotes por su inmortal padre Júpiter. Es la fábula más hermosa que forjó la poesía griega; el más entendido y el más popular de los dioses gentilicos.

Aun en la infancia, Vulcano le hizo el presente de sus famosas flechas, y el primer uso que hizo de ellas fué dar muerte á la serpiente Pytón, monstruo engendrado por los vapores de la tierra después del diluvio. Estaba dedicada á perseguir á Latona, y se disponía á devorar

á Diana y Apolo. Éste se emboscó en un lugar del monte Parnaso, cerca de la caverna que le servía de abrigo, y sorprendiéndolo, arrojóle una flecha que acabó con su vida. La piel del monstruo se conservaba en el templo que en honor del hijo de Júpiter se construyó en una de las cumbres del Parnaso, no lejos de la primera hazaña del dios.

Reconoció Júpiter á Apolo por hijo, movido de su amor paternal, y en gracia al servicio que le prestara defendiendo á Latona y dando muerte á Pytón, lo elevó á la categoría de los dioses mayores, y puso á su cargo el imperio de la luz ó del sol, que es el prototipo de ella; por cuya razón, á más de Apolo, se le llama Febo; y no sólo fué dios de la luz, sino que también de las ciencias, especialmente de las ciencias médicas, de la música y de la poesía. Escogió á Delos, lugar de su nacimiento, para centro de su culto, haciendo construir en esta isla un templo que fué su principal oráculo. Restablecidos los dioses en el Olimpo, después de las guerras de que se ha hecho mérito al tratar de Júpiter, Apolo se señaló entre todos por su ingenio y destreza, disputando á Mercurio el premio de la agilidad en la carrera, y á Marte el de la fuerza en la lucha.

Heredó de su padre la galantería, y pronto hubo de enamorarse como un loco de Coronis, hija de Flegias, rey en la Beocia, nieta de Marte y hermana de Ixión. Triunfó de ella, según dicen unos mitólogos, é hizola madre de Esculapio, á quien dió á luz en el monte Titió, lugar á que la llevó su padre. Llevó éste su venganza al extremo de poner fuego al templo de Apolo, en Delos, por cuyo delito fué lanzado por Júpiter al Averno, dándole por castigo tener suspendida sobre su cabeza incesantemente una enorme roca que amenazaba aplastarle. Esta historia refiérese de otra manera bien distinta. Se dice que un cuervo, pájaro entonces blanco, acusó á Coronis de infiel á su celestial amante, y que éste, indignado y violento, dió muerte á la infeliz con sus flechas, sacando de sus entrañas á Esculapio. Reco-

nocida más tarde la inocencia de Coronis, el cuervo fué convertido en ave carnicera y trocado su color blanco en negro.

Apolo transmitió á su hijo Esculapio su ciencia médica, ciencia en la que le perfeccionó el sabio centauro Chirón, que fué su preceptor. Acompañó en su expedición á los argonautas, y á su vuelta había hecho tales progresos en el arte de curar, que resucitó á muchos, entre ellos á Hipólito, hijo de Tesio y de Antiope, reina de las amazonas. Quejóse Plutón á Júpiter, quien mató con un rayo á Esculapio, si bien lo trasladó al cielo, en donde forma una de las constelaciones del Zodiaco. Adorábasele principalmente en Epidauro, Atenas, Pérgamo y Esmirna, y le estaban consagrados el gallo y la serpiente, símbolos de la vigilancia y la prudencia. Excitóse la ira de Apolo de tal modo, que, ansioso de venganza, voló á la isla de Lemos, donde los cíclopes forjaban los rayos de Júpiter, dando muerte á cuantos encontró al paso; por esta causa fué desterrado del cielo, y en castigo forzado á servir á un mortal. Refugióse Apolo en el palacio de Admeto, rey de Feres, en Tesalia, uno de los argonautas y de los cazadores del famoso jabalí de Calidonia. Siendo dios, se sentó á la mesa de los siervos de este Rey y apacentó sus ovejas y bueyes, y entretenía el tiempo cantando pastoriles epitalamios en las tendidas laderas, con deleites de sus ganados, y atraídos por sus cantos acudían cerca del dios pastor pintados linceos y escuadrón de rojos leones, que abandonaban los bosques Othryos, y junto al rey de las selvas saltaba el manchado cervatillo, cruzando con pies ligeros, alegre y bullicioso, entre los ásperos abetos.

Agradecido Apolo á los favores que recibiera de su señor, le salvó una vez la vida, engañando á las Parcas, y obtuvo después el consentimiento de Júpiter para librarlo de la muerte; fuéle concedido librar á Admeto del duro trance que le amenazaba, si en su lugar llevaba otro muerto á los infiernos. Exploró la voluntad de todos, importunó á los amigos del desgraciado, á su padre,



Apolo y Dafne.

á la anciana madre que le dió á luz, y ninguno quiso morir por él y dejar de ver el sol, excepto su esposa, que se sacrificó siendo joven, bella y reina, y dejando dos hijos huérfanos. Hércules, en pago de la hospitalidad que le prestó, aun en el duro trance de la muerte del ser querido, bajó al Tártaro y la arrebató á las Parcas, devolviéndola á su esposo.

Apolo introdujo en los Estados de su dueño la civilización primera, y entre los pastores las blandas costumbres que son desde entonces patrón de la vida pastoril descrita por todos los poetas clásicos como tipo de la posible felicidad en este mundo.

Apolo dió en la tierra no pequeños disgustos: enamorado de Dafne, hija del río Perseo, no hizo caso ésta de las seducciones, de la elocuencia del dios y las de la lira, presente de Mercurio á su hermano. Acudió el desterrado á la fuerza y Dafne á la fuga, y próxima á succumbir en las orillas del río su padre, fué transformada por éste en laurel para sustraerla á la persecución de su amante. Tomó Apolo un ramo de aquel árbol y formóse con él una corona, estableciendo que desde allí en adelante fuese esta la recompensa de los inspirados poetas.

Enamoróse después de Clicie, hija de Orcamo, séptimo rey de Persia, é inconstante de suyo, olvidóla por la hermana que ésta tenía, mujer de singular hermosura, llamada Leucotoe. Tomó el dios la apariencia de Latona, su madre, y así logró fácilmente su propósito. Noticiosa Clicie de esta infidelidad, y celosa, reveló á Orcamo la flaqueza de su hermana; el padre mandó enterrar viva á la hija, y no pudiendo Apolo devolverle la vida por oponerse á ello el Destino, regó con néctar toda la tierra que cubría su cadáver, y brotó de ella el árbol que produce el incienso. Clicie, desdeñada, dejóse morir de hambre, y fué transformada en heliotropo ó girasol, que gira sobre su vástago, exponiendo siempre de frente la corola á los rayos que envía á la tierra su infiel amante.

Disgustado por los sinsabores del Amor, que tantas

penas le causaba, refugióse en brazos de la amistad, ordinariamente más segura que aquella pasión, aunque también en este punto fué desgraciado.

Tomó por amigos á Carnos, otro poeta hijo de Júpiter y de Europa, Céfito y Jacinto, hijo de Diomedes y Amiclas.

Carnos murió de una manera violenta, y para vengarse Apolo envió crudísima peste á los Dorios, que, con el fin de aplacar sus iras, instituyeron en su honor las fiestas Carneas, que duraban nueve días del mes Carneio (Agosto), casi en la misma época que las Olímpicas y poco después de las Hyacinticas: había en estas fiestas carreras y luchas, y leíanse composiciones poéticas. Celoso Céfito de la amistad de Jacinto y Apolo, hizo que cierto día que jugaban al disco hiriese el dios desterrado en la frente al mancebo, de tal modo, que no fué menester cura, pues murió en el acto. De la sangre de Jacinto nació la flor que lleva su nombre.

Enamoróse más tarde de Persei, y hubo de ella á Ectes, que fué padre de Medea; á Perses, á Pasifae, que fué esposa de Minos, y á Circe, la famosa encantadora que transformaba los hombres en brutos.

Enamorado más tarde de Bolina, ésta, para resistir sus súplicas y huir de Apolo, se arrojó al mar, y éste, en premio de su virtud, la volvió á la vida, haciéndola inmortal y colocándola entre las ninfas del servicio de Anfitriete.

Deitobia, sibila de Cumas, compartió los favores de Apolo, y en un momento de debilidad del dios le hizo prometer que su vida duraría tantos años como granos de arena cupieran en su mano. Acumuláronse los años á los años, vió pasar las generaciones, y ella sola, en medio de la multitud, extraña á todos y molesta á sí misma, pedía á los dioses le retiraran aquel don imprudentemente solicitado.

Cassandra, hija de Priamo, rey de Troya y de Hecuba, prometió entregarse al dios si le concedía el don de profetizar en premio de sus favores; pero negándose ella á

complacerlo y no pudiendo Apolo retractar su promesa, se vengó desacreditándola y haciendo que nadie creyese lo que decía. Ordinariamente tal ha sido la suerte de los falsos profetas.

De los amores del dios con Climenes nacieron Lampeica, Lampelusa y Febea, llamadas las Heliadas, y el conocido Faetón. Crióse este último con Epafo, hijo de Júpiter é Io. Faetón, bello como su padre, y como él ágil y diestro, era en todo superior al hijo del Tonante, y éste, envidioso, sostenía que aquél no era hijo del Sol, sino de algún villano amante de su madre, que con el nombre de dios quería encubrir sus liviandades. Acudió á su madre el insultado, que mandó se lo dijeran á su padre, y éste prometió hacer lo que él quisiera para demostrar al mundo entero que él, y no otro, le había dado el ser. Faetón solicitó guiar un día el carro del Sol, y á pesar de los ruegos

de Apolo insistió el mancebo, y hubo de concedérsele por virtud del juramento prestado. Salió por Oriente, agitando imprudente las riendas de los fogosos caballos, que le fué imposible contener. Perdida la ruta, la antorcha del universo convirtiéndose en fuego que evaporaba las aguas, agostaba los vegetales, sofocaba los hombres y los animales y el planeta iba á fundirse, cuando llegó la nueva á oídos de Júpiter, quien con un rayo atajó la carrera del orgulloso

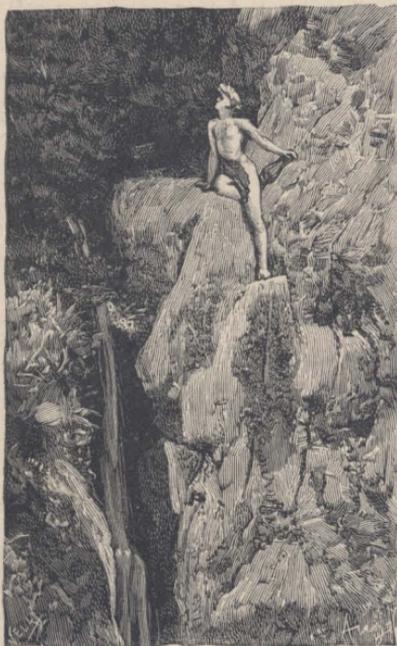


Faetón.

Faetón poniendo fin á su vida y precipitándolo en el Eridano ó Po, á cuyas orillas le lloraron tanto sus hermanas las Heliadas, que fueron convertidas en alanos blancos y sus lágrimas en ámbar. Cigno, príncipe de Li-

guria, amigo y primo del malogrado hijo de Apolo, abandonó sus Estados y corrió á llorarle á orillas del Eridano, donde se transformó en cisne, que exhalaba su dolor en dulcísimos cantos, ave que no osaba alzar el vuelo por temor á Júpiter, homicida de Faetón, ni habitaba otro elemento que el agua, único inaccesible al fuego.

Persiguiendo á Castalia, que fué á refugiarse al Parnaso, que es la más alta región de la Focea, en cuyo lugar se convirtió en la fuente que lleva su nombre, en-



Apolo en el monte Parnaso oyendo el canto de las Musas.

contró á las Musas, hijas de Júpiter y Mnemosine.

Estas Musas eran nueve, y entre sí tenían repartidos los dominios del entendimiento de esta manera:

Caliope es la musa de la elocuencia y la poesía heróica.

Clio, la de la historia.

Erato preside á la poesía lírica y anacrónica ó erótica.

Euterpe tiene á su cargo la música.

Melpomene, grave y airada, es la musa de la tragedia.

Polimnia rige la oratoria ó retórica.

Talia, satírica, sagaz, burlona, loca en apariencia, cuerda en realidad, preside á la comedia.

Terpsícore es la musa de la danza.

Y Urania es la musa de la astronomía y de las ciencias exactas.

Establecióse inmediatamente íntima amistad entre Apolo y las Musas, y desde su encuentro fueron insepa-

rables. Pasaban el día endulce plática hasta que el Pegaso, caballo con alas que nació de la sangre de Medusa, y cuyos pies, hiriendo la roca, hicieron brotar la fuente de Hipocrene, en la cual bebían los buenos poetas, fué á posarse en la cumbre del Parnaso.

Sobre él fueron Apolo y las Musas á recorrer la tierra.

En Frigia el sátiro Marsías se jactó de competir con Apolo en tocar la flauta; vencido por el dios, fué en castigo atado á un árbol y desollado vivo por la Critica; las lágrimas y sangre de aquel vanidoso infeliz formaron el río que lleva su nombre.

En el Pactolo tropezaron con el rey Midas, favorito de Baco y muy amigo de Pan. Su necedad fué tan grande que solicitó del primero de estos dioses el don de convertir en oro cuanto tocase, gracia que hubo de costarle la vida, pues hasta los alimentos se le convertían en aquel metal. Para verse libre de este don, por consejo de Pan hubo de bañarse en el Pactolo, y desde entonces las arenas de aquel río son de oro. Su mal gusto le llevó á preferir los



Marsías.

cantos de Pan á los de Apolo, llegando al extremo de mofarse del hijo de Latona. En castigo de esta irreverencia le crecieron orejas de pollino, orejas que el monarca ocultaba cuanto podía bajo un gorro dispuesto al efecto. Pero como no pudo ocultar éste á su barbero, le amenazó con dejarle por lo menos sin orejas, ya que no sin vida, si hacía pública su desgracia.

Dueño el barbero de semejante secreto, no sosegaba

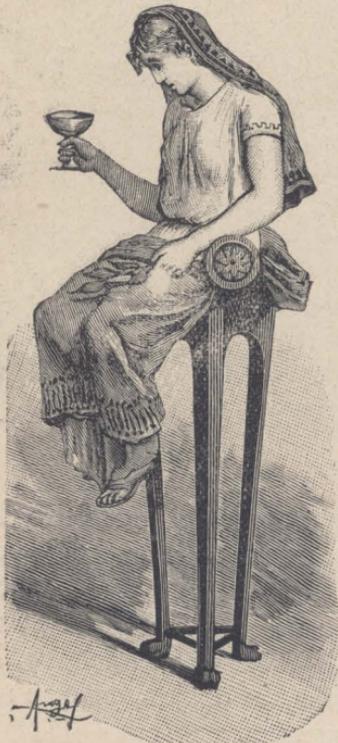
ni vivía con el peso de él en su alma, y saliendo al campo abrió en la tierra un agujero al cual dijo en voz baja: «El rey Midas tiene orejas de Pollino.» Lo tapó luego cuidadosamente; pero al año, ciertas cañas nacidas del indiscreto agujero repetían al mundo: «Midas tiene orejas de pollino.» Y en tanto que el barbero se reía como un loco, el rey tiraba de las orejas como un desesperado.

Á los dos años de su destierro subió de nuevo al Olimpo habitando un palacio que encerraba todas las riquezas del universo; eran sus eternos cortesanos los siglos, los años, los días, las horas, las estaciones, esto es, el invierno, la primavera, el verano, el otoño; la Aurora, hija de la Tierra y de Titán, que enamorada de Titón, hermano de Priamo, hubo de él á Memnon, muerto por Aquiles en el sitio de Troya, y las lágrimas

que desde entonces derrama son lo que nosotros conocemos con el nombre de rocío. Pidió para su amante la inmortalidad y la consiguió; pero viéndolo viejo, feo, arrugado y desagradable, le convirtió en cigarra.

Los mortales elevaron en honor de Apolo multitud de templos; entre los más famosos fueron el de Delos, donde se celebraban los fuegos Pílios; el del monte Soracto, cuyos sacerdotes andaban con los pies descalzos sobre braseros encendidos; el de Trofonio, Cumas, Preneslos, y el de Delfos, en donde la Sibila interpretaba la voz del Oráculo desde el tripode sagrado.

Este tripode, que era de oro macizo cubierto con la piel de la serpiente Pitón, fué sacado



La Pitonisa de Delfos.



Diana y Acteón.

del mar por unos pescadores, y previa consulta al Oráculo, se le ofrecieron al hombre más sabio de Grecia; enviáronle primero á Tales, que le rehusó, enviándosele á Bías, que le remitió á Pitaco, y éste á Cleóbulo, de cuyas manos pasó á las de Periandro, que le remitió á Solón y éste á Quilón, y como estos ilustres varones llamados los siete sabios de Grecia no podían guardar para sí un don destinado al más sabio de los griegos, Tales se le ofreció á Apolo.

Para terminar la historia de este dios diremos algo de las Musas, cuya historia está ligada íntimamente con la del hijo de Latona. Siempre fueron vírgenes y castas; las Musas sólo tienen hijos adoptivos. Sus más notables aventuras son: el certamen á que las provocaron las hijas de Piero, rey de Macedonia, certamen en el que fueron estas señoritas vencidas, como era natural, y convertidas en castigo de su loca audacia en urracas, pájaro locuaz y tan sin acierto como esas mujeres que se denominaban vulgarmente marisabidillas; y la aventura en el palacio de Pirineo, rey de la Focida, en donde se refugiaron para guarecerse de una tempestad.

Este rey quiso hacer violencia en estas castas doncellas, y ellas, revistiéndose repentinamente de alas, huyeron desde la plataforma de una torre. Su perseguidor imaginó, loco, volar como ellas, y lanzándose en pos de las fugitivas estrellóse, cayendo al pie de su palacio.

Roma consagró á las Musas un templo y una fuente.

DIANA, Ó FEBEA, Ó HECATE.—Diana es hija de Latona y hermana de Apolo; al ver lo que su madre padecía al dar á luz á éste, juró vivir casta, y por eso se la llama *blanca diosa*. Júpiter accedió á sus deseos, la permitió vivir libre y castamente, haciéndola diosa de la caza y sus dependencias, de bosques y florestas, montes y cañadas; dióle por séquito 80 ninfas, 70 de ellas oceánidas y las restantes asias, á las cuales impuso la diosa la obligación de ser puras y castas como ella.

Diana era diosa implacable y vengativa; Calisto, que no supo defenderse, fué primero desterrada, y más tarde

convertida en osa. Júpiter la libertó de perecer á manos de su hijo Arcas, célebre cazador que, sin conocerla, iba á lanzar contra ella una flecha. Acteón, joven y ardiente cazador, tuvo la desgracia de llegar en mal hora donde Diana se bañaba con sus ninfas, y fijar en ella sus ojos. Inmediatamente fué transformado en ciervo y despedido por sus propios perros.

Eneo, rey de Caledonia, desatendió el culto de Diana en sus Estados, y ésta, en venganza, envió un jabalí tan furioso y terrible, que consternó al pueblo entero. Armáronse para perseguir la fiera los Príncipes y las Princesas de la Grecia, siendo Atalanta, hija de Jasio, Rey de la Arcadia, la primera en herirle, con tal riesgo, que, á no arrojarse el intrépido hijo de Eneo, Meleagro, sobre el furioso jabalí, y matarlo con su dardo, fuera la muerta la Princesa.

Por la posesión de la cabeza del animal disputaron Meleagro y sus hermanos; de las palabras pasaron á las obras, y el Príncipe acabó con sus contrarios. Altea, madre de los vencidos y del vencedor, arrojó indignada al fuego un tizón, del cual dependía la vida de Meleagro, cuyas entrañas abrasó inmediatamente un fuego devorador, que le hizo expirar en medio de los más grandes tormentos; la madre, desesperada, se dió muerte allí mismo, y sus hijas, las Meleagridas, fueron convertidas en gallinas.

Como castigo de tamaña crueldad, le fué impuesto por Júpiter el amor á Endimión, hijo de Etlío y de la ninfa Calice, y nieto de Júpiter y Protogenie; llamado al Olimpo como nieto del Tonante dios, dicen que se atrevió á Juno, por cuyo delito fué condenado á dormir eternamente en una gruta situada en la cima del monte Latmos. Allí le vió Diana, y prendóse de su hermosura y su desgracia, y Júpiter, para conciliar la violencia de la pasión de la diosa y el público respeto á los votos, y sobre todo por conservarle la fama de casta, encargóla de regir el curso de la luna, dándola el nombre de Febea.



La princesa Atalanta y el jabali.

Merced á su nuevo deber, pudo Diana, sin menoscabo de su fama, separarse de noche de sus ninfas, y asida á las riendas de la luna, dirigióse al monte Latino, sobre cuya cima, y envuelta en una nube que la ocultaba á todas las miradas, descendía á la cávena donde yacía su amante, de quien tuvo un hijo y cincuenta hijas; después de lo cual fué llamado de nuevo el feliz Endimió al Olimpo.

Adorábala el orbe pagano, sus templos eran muchos y suntuosos, pero entre todos, se distinguía el de Efeso, que se encuentra entre las siete maravillas del mundo. Erostrato, pastor obscuro, bárbaro y ambicioso, le puso fuego para inmortalizar su nombre.

VENUS.—Nació Venus de la espuma del mar y de la carne mutilada á Urano por Saturno; y desde su nacimiento fué tan hermosa, que todos los moradores del lugar de su nacimiento acudieron admirados á rodear su concha, carro y cuna á un mismo tiempo. Apenas formada, arribó á la isla de Chipre, donde aprendió el arte de la compostura y del afeite. Subió al Olimpo cuando Júpiter reinaba en él, y éste puso su educación á cargo de las Horas, al cuidado de las cuales estaban las penas y los placeres. Con sus lecciones fué Venus un dechado de perfecciones, y la Fama, pregonando sus dotes, excitó tanto la curiosidad del Olimpo, que quiso admirarlas constituido en sacro colegio. Pusiéronle á este efecto las Horas el ceñidor, que unos dicen ser obra de la Naturaleza, y otros tejido por tres Gracias, talismán que hacía irresistible la hermosura de Venus. Este ceñidor



Diana y Endimió.



Nacimiento de Venus.

tenía bordado en su anverso al Amor, guiado por la Esperanza y acompañado del Pudor; los tímidos acentos, los inocentes placeres, la débil resistencia, los encantos, suspiros, caprichos, juramentos, riñas amorosas y tiernas reconciliaciones.

Casó Júpiter á Venus con Vulcanó, deforme, feo y cojo, aunque dios.

Venus se cuidó poco del marido que, por razón de Estado, le dieron, y escogió amantes, primero en el Olimpo, luego en la tierra.

Fué el primer afortunado el mismo Júpiter, de cuyos amores nacieron las tres Gracias; siguió á éste Marte, dios de la Guerra, emprendedor y arriesgado, á quien Apolo, desdeñado por la hermosa, denunció como amante de su esposo al marido; y éste, en vez de huir ocasión de escándalos, promovióla, siendo el escarnio de todos los inmortales.

Apenas noticioso de su desdicha, forjó ciertas redes de bronce, fuertísimas, y al propio tiempo tan sutiles, que sus mallas eran invisibles. Burlada la vigilancia de Alección ó Gallus, escudero del dios de la Guerra, aprisionó á los amantes, que yacían en la isla de Lemos, y al rayar la aurora llamó á todos los dioses, para que fueran testigos de su deshonor. Sonrieron unos, soltaron la cargada otros, y Mercurio no se ocultó para deoir que se tendría por dichoso si le cazaran como á Marte.

Venus huyó á la isla de Chipre, donde dió á luz á Cupido, y Marte se refugió en la Tracia, no sin haber an-



Venus.

tes convertido á Alectrión en gallo, que desde entonces no se descuida en anunciar la aurora. Apolo había conseguido su objeto; había separado á los amantes á costa del marido, y Venus necesitaba consuelo. Obtuvo Apolo fácilmente el perdón de su culpa, y la diosa, rendida, con pretexto de regir personalmente el curso del astro que lleva su nombre, así que veía frizando en el horizonte el carro del Sol, presentábase á él envuelta en el velo del crepúsculo, y siguiendo su ordinario curso, bajaba á la isla de Rodas, de la cual, después de largas horas de solaz, salían para regresar por distintos caminos al cielo en los carros de sus astros. Pronto olvidó Apolo sus amores, y la desgracia no pudo ocultarse á la diosa, pues vió una tarde, al transponer el Occidente el carro del Sol, que se precipitaba en las olas, desapareciendo en ellas; Apolo hacía la corte á Anfitrite, esposa de Neptuno. Venus olvidó pronto, entregándose por completo al amor de Adonis, á quien conoció en Chipre, sirviendo de intermediaria la ninfa Epidamnia, abogada de fáciles conquistas. Llegó la noticia de estos amores á Marte en Tracia, y transformándose en furioso jabalí, hirió al joven en el corazón con sus afilados colmillos. Céfiro llevó la nueva á Venus, que acudió presurosa y dolorida, suelto el cabello, los pies desnudos, á pesar de que se los destrozaban los abrojos del camino; pero llegó tarde: Adonis había muerto. La diosa convirtió la sangre que derramó su amado en la flor que lleva el nombre de Anémón, y las rosas, antes todas blancas, deben su color á la que derramó la diosa de sus pies.

En el lugar de la catástrofe se elevó un templo, en el cual se adoró al divino Adonis.

Venus, con el fin de olvidarle, se precipitó por el promontorio de Léucades, pues los que se arrojaban al mar desde este sitio olvidaban sus pesares amorosos; pero no lo consiguió, y entonces acudió á Júpiter para que le volviese al muerto la vida, gracia que le fué concedida; pero á esto se opuso Proserpina, que, enamorada del galán, no quería dejarlo salir de sus dominios. Júpiter puso fin á

estos disturbios domésticos, mandando que Adonis pasase la tercera parte del año en el Averno con Proserpina, otra tercera parte con Venus, y la otra donde más cuadrara á su voluntad. Parece que este espacio de tiempo lo dedicaba á la diosa Hermosura.

Más tarde, imitando la conducta de Venus, se arrojó desde el promontorio de Léucades la hermosa Safo, para olvidar los desdenes de Faón, y halló el olvido, pero sólo bajo la forma de la muerte.

En la época que le quedaba libre, Venus fué amante de Mercurio, de cuyos amores nació Hermafrodita; de Neptuno, que la hizo madre de Auchises; de Anquises, de quien nació el troyano Eneas, y de Baco, que dió vida á Priapo é Himeneo.

Sus principales templos fueron los de Amatonte, Pafos, Guido, Citeres é Idalia.

VULCANO. — Nació este dios tan feo, que su madre, creyéndose deshonrada, lo arrojó al mar, en cuyo seno lo acogieron compasivos Tetis y Erinomea, encerrándole en una gruta profundísima, y cuidando con esmero de su infancia. Inventó Vulcano el arte de forjar los metales, que llevó á un grado de perfección tan sublime como era el linaje del artífice: forjó hebillas, broches, co-



Safo.

liares, brazaletes, anillos y agujas para el adorno y prendido de sus bienhechoras; y para vengarse de su madre, construyó una silla de oro, que envió al cielo como regalo. Estaba esta silla dispuesta con tal artificio, que apenas se sentó Juno, cayó en el lazo, dando tan



Vulcano.

ridículo espectáculo, que rió de la diosa el Olimpo entero. Baco hubo de emborrachar al artifice, con objeto de hacerle subir al cielo para que libertara á su madre de la prisión de la silla; habiendo querido, no sólo librarla de su artificio, sino de los lazos de diamante en que Júpiter la tenía apisionada, el dios, enojado, le lanzó á la isla de Lemnos, quedando cojo para siempre de resultas de la caída. En esta isla trabajó con los Cíclopes, que desde entonces fueron sus compañeros; la única diversión de los monstruos herreros era tañir la flauta de siete tubos, en cuyo arte se hizo famoso Polifemo, el antropófago á quien Ulises cegó hiriéndole

en el ojo con un leño ardiendo, para libertarse de su voracidad.

Tenía Vulcano en el cielo un palacio de bronce tachonado de estrellas, que construyó por su mano. Casó con Venus, y fué poco feliz en su matrimonio.

Este dios tenía en Roma muchos templos, como numen del fuego, y en el mes de Agosto se celebraban en su honor fiestas llamadas Vulcanales.

MINERVA.—Es Minerva diosa de la sabiduría, hija de

Júpiter y Metis, y su nacimiento ofrece raras circunstancias. El Tonante devoró á su esposa estando ésta en cinta, porque el Destino le vaticinó que el hijo que de ella tuviera sería rey del Universo; y cuando hubo efectuado este acto de canibalismo, sintió tal peso y dolor en la cabeza, que, no hallando otro medio para aliviarse, ordenó que Vulcano se la abriese; hizolo así el numen del fuego, y al golpe del hacha, descargada por sus robustos brazos, salió del cerebro del dios, armada de punta en blanco, hermosa, prudente, modesta, casta, severa, hábil y sabia, Minerva. Concedióle desde luego Júpiter á esta hija facultades extraordinarias, haciéndola casi igual á su persona, en cuanto al poder, y ordenando que, ni mortal ni dios pudieran jamás profanar su belleza. Fué numen de las letras y de la escritura, que inventó; de muchas artes, de las labores femeninas, de la castidad del hogar. Aunque enemiga de discordias, no desdeñó los trabajos de la guerra, cuando era justa. Porque estaba asociada á Marte en la dirección de las artes marciales, llámanla Belona; y Palas, porque en la guerra de la Gigantomaquia, dió muerte al gigante de este nombre.

Neptuno y Minerva se disputaron el honor de dar nombre á Atenas, ciudad fundada por Cecrope, egipcio de nacimiento, que instituyó el Areópago, enseñó la agricultura, ordenó los casamientos y las sepulturas, é instituyó el culto de Júpiter y Minerva. Convinieron ambos campeones en que fuesen el lauro y la victoria del que produjese la cosa más útil á los hombres. Tocó Neptuno con su tridente una piedra, y produjo el caballo Escyfo. Hirió la tierra con la punta de su lanza Minerva, y brotó de ella un olivo, símbolo de la paz, sin la cual no son posibles los adelantos en las artes y en las ciencias. La victoria se adjudicó á Minerva, que también se llama Atena ó Atenea.

Era la hija de Júpiter y Metis en extremo severa con los vicios y con la petulancia. Medusa, reina de las Gorgonas, profanó con Neptuno un templo dedicado á la

diosa, y en castigo ésta convirtió sus cabellos en serpientes y dió á sus ojos la funesta propiedad de petrificar á cuantos miraban. De la sangre de Medusa nació Crysaor, padre de Equidmo, monstruo mitad mujer, mitad serpiente, que se unió á Tifón, de quien ya hemos hablado en la guerra sostenida por Júpiter. De estos dos monstruos fueron hijos la Hidra de Lerna, el Cancerbero, la Quimera, la Esfinge, el León de Nemea y otros muchos monstruos.

Aracnea, doncella natural de Celofón, hábil en el bordado y tapicería, osó competir con la diosa en estos trabajos. Un golpe de lanzadera que le dió Minerva la convirtió en araña, animal trabajador sin discernimiento.

Tiresias, adivino de la ciudad de Tebas, perdió la vista por haberla fijado de un modo deshonesto en esta deidad, cierto día que se bañaba en la fuente Hipocrene.

Una de las más célebres invenciones de Minerva fué la del timón, artefacto que colocó en la nave construída bajo su dirección para que llevase la expedición de los Argonautas á la conquista del vellocino de oro; componía este timón un trozo de madera colocado en uno de los extremos de la nave y cortado ex profeso de los bosques de Dodona, el cual hablaba para indicar á los navegantes los escollos que debían evitar y el rumbo que habían de seguir.

Minerva disputó á Venus y Juno la palma de la hermosura en las bodas de Tetis y Peleo. Fué juez en la contienda Paris, hijo de Priamo, rey de Troya, ciudad situada en la falda del monte Ida (hoy Kas-dagh), del cual nacían los ríos Escaurancho, Rheno y Granico. Cedió Paris á las halagüeñas promesas de Venus, y ésta triunfó de sus rivales; pero este juicio fué fatal para la ciudad de Priamo.

Tributábase culto á esta diosa en casi todas las partes del mundo, distinguiéndose sobre todas Atenas y la misma Troya. Se celebraban todos los años unas fiestas magníficas en honra suya, llamadas pequeñas Panate-

neas para diferenciarlas de las que sólo tenían lugar una vez cada cinco años.

MARTE.—Fué dios de la guerra, nació del contacto de una flor y de Juno; de botón se transformó en numen robusto, iracundo, implacable, feroz, para quien los únicos placeres y la única ocupación digna eran los horrores de la guerra y los goces del amor.

No se concibe fábula ó historia de horrores y de matanzas en que no figure acompañado del Miedo y el Terror ó con Belona, desnudo el cuerpo y espalda, el casco en la cabeza, desencajados los ojos, erizado el cabello, ferviente el pecho, que cubre una coraza cargada de efigies de monstruos, y abierta la boca como sedienta fiera; van en su compañía, á más de los dichos anteriormente, el Furor, la Ira, la Crueldad, la Violencia. La Devastación y la Ruina le siguen donde quiera que va.

Los únicos amores que tuvo fueron los de Venus; engañado por ésta, poseyó dos mujeres sin que amase á ninguna. Le aprisionaron los Gigantes, encerrándole dos de ellos, Otos y Efialto, en un calabozo de bronce del que le sacó Mercurio. En Troya, queriendo vengar la muerte de su hijo Ascalafó, le hirió la pica de Diomedes, dirigida por Minerva. Hallirroccio, hijo de Neptuno, deshonoró á Alcipea, hija de Marte, y dióle muerte el dios por tan inicuo atentado. Acusado por el padre del muerto ante el Olimpo, hizo su defensa de un modo tan brillante, que le absolvió el Cónclave.

El culto de Marte estaba muy extendido en los pueblos bárbaros. En Roma, pueblo conquistador, se le veneraba, teniéndosele por padre de Rómulo y Remo, bajo el nombre de Quirino. En el origen se le representaba por una lanza, un dardo ó una espada.

VESTA.—Es esta deidad hija de Saturno y Rhea; simboliza el fuego, que era uno de los elementos más indispensables para la vida en la antigüedad; el que anima cuanto existe; es, entre los dioses de que nos ocupamos, la que menos tiene de material y humano. Los griegos la representaban por el fuego sagrado, que ora en los

templos, ora en los altares de los consagrados á otros númenes, se conservaba cuidadosamente.

Aparece su culto en Troya; Eneas lo importó al Lacio, en donde regularizó el rito Numa Pompilio, segundo rey de Roma, hacia el año 40 de su fundación, instituyendo cuatro sacerdotisas llamadas Vestales, cuyo único aparente ministerio era velar al lado del ara para que no se extinguiese la llama. Si se apagaba, bien por descuido de la Vestal, bien por otra causa cualquiera, el sumo sacerdote, después de castigar al causante ó á la causante, pues la extinción de aquel fuego se reputaba como presagio de grandes males, volvía á encenderse la preciada llama, colocando en un gran vaso cóncavo de bronce, agujereado por el fondo, ciertas materias combustibles, concentrando sobre ellas, por medio de un espejo ustorio, los rayos del Sol, y tan pronto como la combustión se declaraba, recogían las Vestales la llama y la llevaban al ara para conservarla de nuevo con exquisito cuidado y diligencia.

En Atenas, las Vestales eran ancianas y viudas; en Roma, jóvenes, bellas, nobles y vírgenes, durante los treinta años que duraba su sacerdocio. Los castigos por las dos únicas faltas que podían cometer, el descuido en mantener la llama del ara y el de conservar su virtud, eran tremendos; para la primera falta consistía en la fustigación por mano del Sumo Sacerdote, en un lugar obscuro y cubierta con su velo; el castigo para la segunda, era la más cruel de las muertes.

Roma se estremecía cuando una Vestal era condenada por sus jueces; las calles estaban desiertas, las puertas y ventanas de sus casas permanecían cerradas; los solitarios actores de esta tragedia eran la víctima y los jueces, los amigos y la familia de la primera. El Sumo Sacerdote despojaba la frente de la desdichada del místico tocado; vestida de negro y cubierta con un velo de igual color, suelto el cabello, la arrojaban, amarrada de pies y manos, á una litera herméticamente cerrada, con el fin de que no se oyese sus lamentos. Así era condu-

cida al campo denominado Sceleratus, en donde desatados los lazos que la ligaban, era conducida al borde del sepulcro. Abriase ante la infeliz una sima negra, profunda, horrible, y en ella un nicho rectangular y abovedado, con un duro lecho, poco pan, agua y aceite; una piedra cerraba aquella tumba y la tierra cubría aquella piedra.

No se le atribuye á esta diosa amores ni aventuras de ninguna especie.

NEPTUNO.—Una vez dueño Júpiter de los destinos del Universo, repartió el imperio de su padre entre sus auxiliares; á Neptuno cupo en suerte el imperio de los mares y de las aguas.

Hubo un día en que Juno, cansada de los desdenes de su esposo, se dedicó á conspirar contra él; entraron en la conspiración, entre otros, Apolo y Neptuno, razón por la cual fueron desterrados del cielo por el agraviado Júpiter y trabajaron ambos en las murallas de Troya, de las cuales las obras de fortificación eran de Apolo y las de hidráulica de Neptuno.

Creó el caballo, como se ha dicho al hablar de Minerva; por eso tiran de su carro ó concha cuatro caballos. Cuando el dios agita los mares con su tridente hierven las aguas, y si hiere con él al propio tiempo la tierra, tiemblan los valles, se estremecen las montañas, y los volcanes comienzan sus erupciones de lavas.

Enamorado de Anfitrite, hija de Nereo y Doris, envió como emisario á la hermosa cierto delfín que, aunque pescado, era elocuente orador y hábil diplomático, que dió á sus negociaciones feliz término. Anfitrite hizo al dios dueño de su mano, y el delfín, en premio de sus buenos oficios, fué constelación celeste.

No parece que era virtud de los dioses la fidelidad conyugal, así este dios, después de casado, tuvo numerosos devaneos, de resultas de los cuales vinieron al mundo infinitos hijos. Entre ellos son los más notables Pelias, tirano de Joleos, perseguidor de Jason, que pereció víctima de Medea; Arión, el caballo nacido de

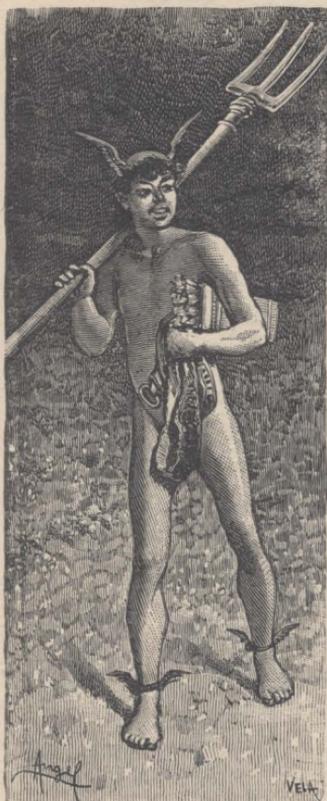


Neptuno.

Ceres; Foco, el Corintio, que curó á Anchope del delirio que le afligía y casó con ella; Polifemo, el famoso ciclope inutilizado por Ulises; Mesapo, célebre en el arte de la equitación y campeón de Turno contra Eneas y sus troyanos; Taro, fundador de la ciudad de Tarento; Orión, gigante de extraordinaria altura y extremada belleza, á quien Diana dió muerte con sus flechas, ignorante de quién fuese; Othos y Efialto, gigantes también y llamados los Alvidas, porque su madre Ifimedia, seducida por Neptuno bajo la forma de río Enipeo, era esposa del príncipe Alvos: la fuerza y la belleza de estos jóvenes les envanecieron tanto, que osaron, acumulando los montes Osa y Pelión sobre el Olimpo, llegar al cielo y pidieron por esposas á Juno y Diana. Les fué negada la petición y acudieron á las armas. Marte, vencido por ellos, debió su libertad á la astucia de Mercurio; los rayos eran inútiles contra ellos, y ya vacilaba el poder de los dioses, cuando Diana, transformada en corza, se arrojó á la carrera entre los dos hermanos; á un tiempo quisieron ambos hermanos herirla, y cruzándose sus flechas encaminadas por la mano de la diosa, espiraron Othos y Efialto, muerto el uno por la mano del otro. Tritón es otro de los hijos de Neptuno, tronco de la raza que lleva su nombre, su forma es mitad hombre en su parte superior del cuerpo, y mitad pescado en la inferior. Ejerce esta familia el cargo de heraldo y trompeta en la corte del dios, y al resonar su caracol calman las alborotadas ondas su furia y vuelven las aguas que inundan la tierra á su cauce.

MERCURIO.—Era Mercurio hijo de Júpiter y Maya. Comenzó su inmortal carrera arrojándose sobre Cupido y arrebatándole el carcaj de sus flechas; apropiándose también, contra la voluntad de sus dueños, el ceñidor de Venus, la espada de Marte y el tridente de Neptuno, razón por la cual quedó consagrado como dios y protector de los ladrones; llevó tan lejos el amor á los bienes ajenos y la audacia emprendedora, que aspiró á ser dueño del cetro que empuñaba su padre. Júpiter al ver

que su hijo no respetaba ni los bienes que á él pertenecían, lo desterró á la tierra.



Mercurio.

Por esta época servía Apolo como pastor á Admeto, y Mercurio se entretuvo en robarle los ganados puestos á cargo de aquél, haciendo que las reses anduvieran paso atrás, para que no fueran descubiertas por las huellas; vióle un pastor llamado Beto, á quien compró el dios, haciéndole presente de una vaca, pero Apolo le dió dos de estos animales y descubrió al divino ladrón; por su indiscreción fué convertido en piedra de toque, cuya virtud consiste en dar á conocer los quilates del oro. Mercurio aplacó la cólera de su hermano regalándole una concha de tortuga con cuatro cuerdas tirantes, que fué el origen de la lira, á la cual el hijo de Latona añadió otras tres, que son las que hoy se le conocen. Como prenda de la reconciliación dió Apolo á Mercurio una

vara de avellano que tenía la propiedad de reconciliar los ánimos enconados por las discordias. Arrojó el Dios el presente entre dos serpientes que peleaban enfurecidas, y en el acto los reptiles se adhieren de tal modo, que fué imposible separarlos, formando con ella el caduceo, que tiene la virtud de adormecer, enviar sueños y poner término á la vida de los mortales. Hay quien dice que su vista petrifica como la cabeza de Medusa.

Los dos hermanos diéronse á correr ciudades ejercitando el uno sus cualidades de poeta y el otro las útiles de la oratoria. No debía ser por aquella época el oficio

de orador tan lucrativo como para algunos lo es en nuestros tiempos, pues lo abandonó la deidad al poco tiempo de ejercerlo, dedicándose al comercio, en el cual hizo tales progresos, que los mercaderes, cambiadores y traficantes lo reconocieron por su nuevo tutelar.

Necesitando Júpiter de su habilísimo, dócil y complaciente mensajero, llamóle al Olimpo de nuevo, nombrándole proveedor de los dioses, orador de oficio, guarda de Juno, correo de gabinete en los galanteos del Tonante.

Mercurio recibía diversos nombres, según el cargo que ejercía: considerado como mensajero, se llamaba *Hermes*; como numen de la elocuencia, *Nomio*; como dios de los mercados, *Agoraus*; como protector de los caminos, *Vialis*, y *Triceps*, porque ejercía su ministerio en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Era el conductor de las almas de los muertos hasta los confines del imperio de Plutón.

Grecia y Roma celebraban fiestas en honor de este dios el mes de Mayo.

EL DESTINO.—Es una deidad superior á todas, de naturaleza inerte é impasible. Según los antiguos todo sucedía irrevocablemente; su ley era invariable y superior á la de los mismos númenes. Tenía la Eternidad por compañera, por ministros las Parcas, llevaba los ojos vendados y sobre un altar de piedra, tenía un libro de hojas de bronce en el cual estaban escritas las buenas y malas acciones, los sucesos del pasado, del presente y del porvenir, libro en que sólo podían leer los dioses sin que pudieran oponerse á sus decretos.





IV.

Dioses auxiliares ó patricios.

PLUTÓN.—Plutón, hermano de Júpiter, á la subida de éste al trono comenzó á regir el negro Averno, cuyo estado se subdividía en tres provincias: 1.º El Erebo, donde tenían sus palacios la Noche, el Sueño, los Ensueños, la Muerte, las Furias y las almas de los muertos insepultos que vagaban errantes durante un siglo antes de ser admitidos; 2.º el Báratro, región de los tormentos ó infierno, y 3.º, el Tártaro, separado del Averno por triple muro de bronce. Báñale el río Flegeton, envolviéndole nueve veces en la tortuosa corriente de sus aguas de fuego. Es el lugar destinado al castigo de los inmortales y de los descendientes de éstos. En él, pues, hemos de detenernos, porque es el verdadero infierno mitológico. A este lugar fué arrojado Ixión, rey de los Lapithas, que asesinó traidoramente á su suegro Dolioneo, por cuyo crimen fué desterrado, no encontrando quien le diese hospitalidad. Júpiter, compadecido de él, lo admitió en su corte, y en pago de semejante beneficio intentó seducir á Juno. Para no errar, dió el Tonante á

una nube la forma de su esposa, en cuya nube engendró á Pirithoo y á los Centauros. Ya sin escrúpulos, Júpiter le condenó á dar vueltas á una rueda cubierta de serpientes. No lejos de él se encuentra Sisifo condenado á rodar eternamente un peñasco por blasfemo, libertino y sacrilego; allí se encuentra hambriento y errante Licaon el antropófago, allí Tántalo, siempre sediento y siempre



Sísifo.

con el agua en los labios, los Titanes y los Gigantes, todos cuantos mancharon con el crimen su inmortal linaje. No lejos de ellos se encuentran las Danaidas, cuyo suplicio consiste en acarrear incesantemente agua á un inmenso tonel que no puede llenarse por tener el fondo horadado. Semejante castigo les fué impuesto por el crimen de haber asesinado á sus esposos la noche misma de sus bodas. Eran las Danaidas en número de cincuenta é hijas de Danao, hermano de Egipto, que á su vez era padre de otros cincuenta hijos: había des-

tronado el segundo al primero, y éste, desterrado, se refugió en Argos, donde fué hospitalariamente acogido por Pelasgos. A poco pagó su hospitalidad destronándole y ciñendo su frente la corona de aquel reino. Entonces Egipto envió á sus hijos con un poderoso ejército á que pidieran las manos de sus primas, y temeroso



Las Danaidas.

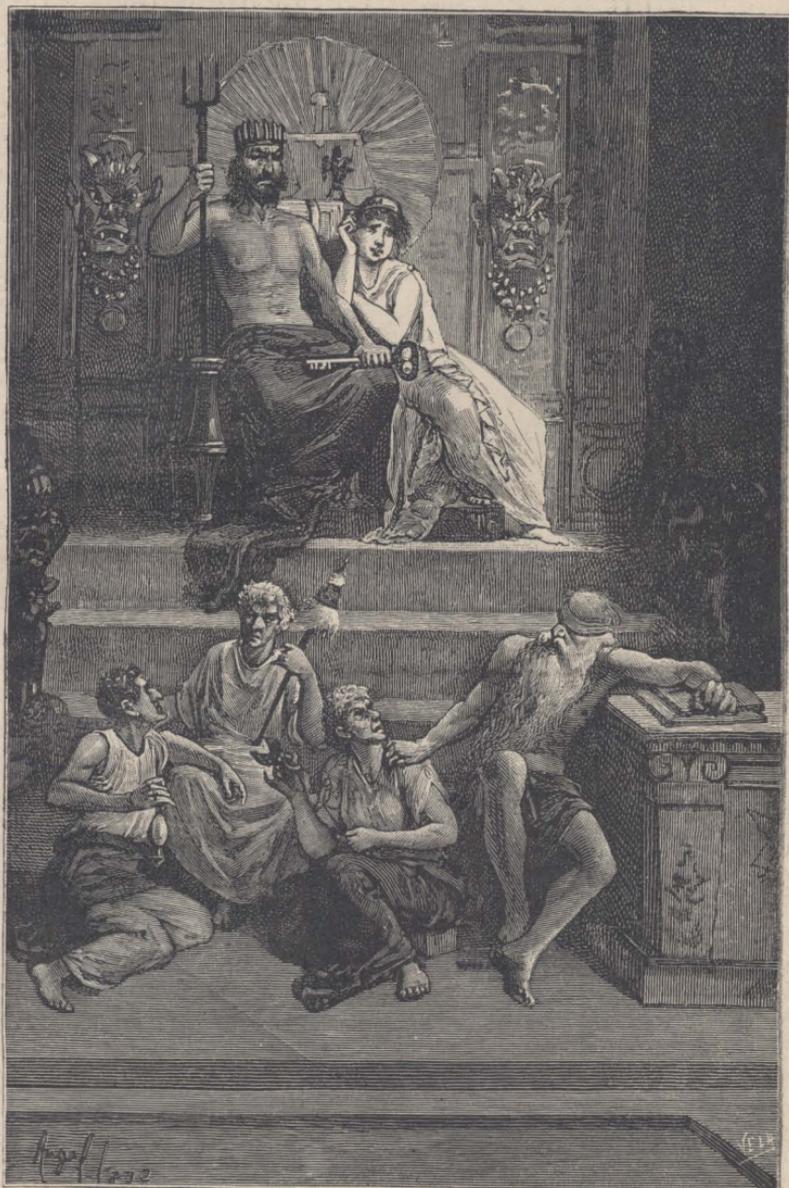
Danao, consintió, pero hizo jurar á sus hijas que matarían á sus esposos, juramento que cumplieron todas menos Hipermnestra, que prendada de su esposo Linceo, le salvó la vida. Danao, muerto á manos de su yerno que le sucedió en el trono, fué precipitado con sus cuarenta y nueve hijas en el Tártaro.

Alcestes, Teseo, Hércules, Eneas, Sísifo y Telémaco fueron los únicos que en vida penetraron en aquel recinto y volvieron después á la tierra.

Los Campos Elíseos se dividían en las siguientes regiones: 1.^a, el lugar destinado á las almas de los niños; 2.^a, el destinado á las almas de los inocentes que morían en el suplicio; 3.^a, la mansión de los suicidas; 4.^a, campo de lágrimas donde penaban los amantes perjuros, y desdichados y criminales; 5.^a, el destinado á los héroes crueles, y 6.^a, el Tártaro.

Plutón tiene su palacio en medio de los Campos Elíseos, y en él se sienta en un trono de ébano, llevando en su cabeza una corona también de ébano, y en su mano un cetro en forma de tridente; á sus pies están las tres inexorables Parcas, sordas á los ruegos y á las alabanzas, hilando la vida de los mortales. Cloto, que tiene la rueca; Laquesis, que da vuelta al huso, torciendo el hilo de la vida, blanco si es próspera, negro si desgraciada, y Atropos que la corta en el momento señalado por el Destino. Las tres son mujeres, las tres viejas, las tres feas, de arrugado y adusto semblante. En el mismo palacio tienen su tribunal Minos, Eaco y Radamanto, que son los encargados de juzgar las almas y de imponerles castigos ó señalarles recompensas.

Deseando el sombrío dios de los imperios tener una esposa, robó á Proserpina, hija de Ceres. Sabedora ésta del lugar en que se encontraba su hija, acudió á Júpiter en demanda de justicia. Por decreto del Tonante se le devolvía á Proserpina, siempre que ésta no hubiera tomado alimento alguno en el Averno. Plutón, compelido por las órdenes de su hermano, hubo de resignarse, mal de su grado, á devolver á Ceres su hija. Cuando ya saltan



Plutón.

del negro reino, Escálafo, hijo de Aqueronte y de la ninfa Orfue ó Tinieblas, uno de los ministros del numen

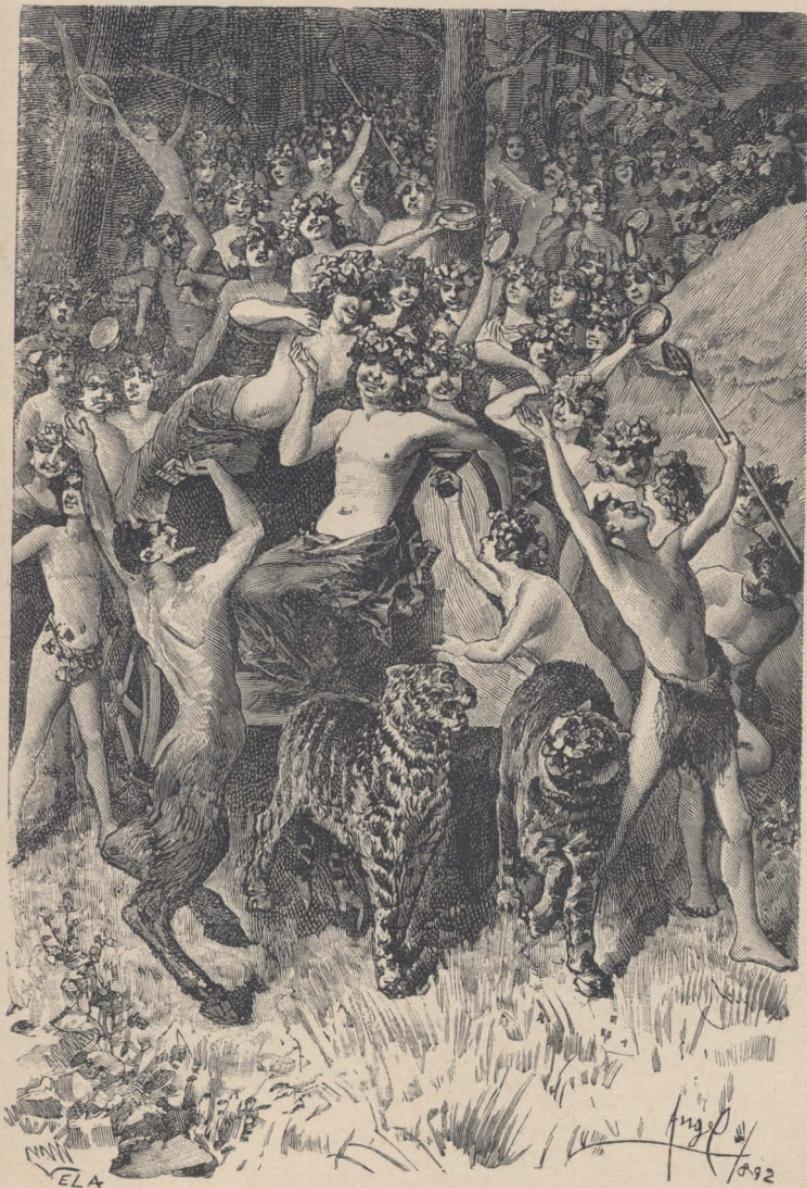


Sileno educando á Baco.

de las Tinieblas, comenzó á exclamar que él había visto comer á Proserpina seis granos de una granada cópola en los jardines del infernal palacio. Y siendo esto verdad, hubo de resignarse la hija de Júpiter á habitar cada año seis meses en el infierno. En castigo de su charlatanería Ceres convirtió á Escálafo en mochuelo, acto que demuestra cuán peligroso es á los pequeños y humildes tomar parte en las desavenencias de los poderosos.

El culto de este dios lo presidía el Miedo; á él se le consagraban los grandes criminales antes de llevarlos al suplicio, y en las grandes calamidades ó peligrosos trances se hacían en su honor sacrificios humanos.

BACO.—Hijo de Júpiter y Seleme, fué salvado por su padre cuando fué destruída su madre, víctima de los celos de Juno, en-



El triunfo de Baco.

cerrándolo en uno de sus muslos durante el periodo de la gestación, y á su término ordinario lo entregó, dándole el nombre de Baco, á ciertas ninfas del monte Niso, hijas de Atlas y de Etra. Las Hiadas pusieron su educación á cargo de Sileno, hijo de Pan y de madre desconocida, filósofo práctico, indolente, bebedor, satírico sin ser mordaz; conciliador por naturaleza, enemigo de la tristeza, voluptuoso sin ser enamorado, y en extremo decidor, y el hombre menos á propósito para preceptor del hijo de Júpiter. No obstante esto, inculcó en el corazón del joven dios blandura de carácter y compasión á las miserias de los hombres; en cambio, hizo de su discípulo un gran borracho. Heredó Baco el odio que Juno sintió por su madre Seleme, y aquella diosa lo persiguió de una manera implacable. Envió una serpiente de dos cabezas para que lo devorase mientras dormía; pero despertando á tiempo, dió muerte al venenoso reptil con una vara de sarmiento. Fracaso este intento, Juno trastornó el juicio del desdichado Baco, que corrió desatinado una gran parte del mundo, hasta que, en Frigia, Cibeles puso término á su locura. En la isla de Naxos hubo de ser víctima de unos piratas, que, sublevados contra su piloto Acetes, se proponían darle muerte, movidos también



Ariadna.

por la esposa de Júpiter. Despertó Baco á tiempo, los presuntos asesinos fueron convertidos en delfines, y Acetes obtuvo la dignidad de gran sacerdote de este dios.

Convertido en león, luchó en ayuda de su padre en la guerra contra los Gigantes; pasó, una vez acabada ésta, á conquistar la India con un ejército de hombres, mujeres, sátiros y silenos, armados de tirsos y panderetas. Venció fácilmente, y enseñó á los vencidos á labrar la tierra y á cultivar las viñas.

De vuelta de esta expedición, recogió de la isla de Naxos á la infeliz Ariadna, la hija de Minos, á quien abandonara Teseo. Enamorado de esta infeliz mujer, unióse á ella con los indisolubles lazos de Himeneo; siendo ella noble, generosa, sensible, fiel y modelo de esposas, y Baco el más dichoso de los maridos. Llegada la hora de que rindiera esta mujer su tributo á la muerte, los dioses la arrebataron al cielo, en donde brilla entre los astros, dando su nombre á una constelación entera. Muerta Ariadna, se dió Baco á viajar por Grecia, conquistando su corazón, cerca de Atenas, la doncella Erigona, á la que persiguió hasta conseguir su objeto, que logró transformándose en un hermoso racimo de uvas, que comió Erigona. En pago enseñó á su huésped el arte de hacer vino, cuyo don le fué funesto, pues habiendo bebido sus vendimidores el fermentado licor, al notar sus efectos se creyeron



Erigona.

envenenados y arrojaron á su dueño á un pozo. Erigona descubrió el lugar en que se encontraba el cadáver de Icaro, su padre, guiada por una perra que aquél tenía, llamada *Mera*, y fué tal su desesperación que se suicidó ahorcándose.

Á instancias de Baco fué esta familia transformada en astros; de modo que Icaro es ahora Bootes ó el Boyero, Erigona una de las estrellas de la Virgen, y *Mera* figura entre las de la Canicula, con el nombre de Proción ó Sirio.

En memoria de aquella catástrofe se instituyeron en Atenas los juegos Icarienses, que consisten en mecerse los hombres sentados en una cuerda floja, que hoy llamamos columpio.

Después de la muerte de Erigona bajó Baco al Averno, y prendado de Proserpina, así como ella de él, pasó con ella tres años en aquella infernal mansión. Á su vuelta á la tierra, fueron innumerables sus aventuras amorosas, y cansado de fáciles amores, concluyó por alzar el vuelo y asentarse en la celeste morada, donde goza de más sólida ventura.

Entre griegos y romanos se hallaba muy extendido el culto de este dios; en Grecia llamábanse á las fiestas *Trietéricas*, porque se celebraban cada tres años; en Roma recibían el nombre de Bacanales.

CUPIDO, Ó EL AMOR.—Es Cupido hijo de Venus y Marte; nació en Chipre, y fué amamantado en un bosque por las fieras, con él sólo piadosas, pues su madre no se atrevía á llevarlo consigo por temor á las iras de Júpiter, que previendo el mal que al universo había de hacer el alado dios, pensaba aniquilarlo. Cupido creció bello como su madre, audaz como su padre. Niño aún, se construyó él mismo un arco de fresno y flechas de ciprés, ensayando éstas en los mismos animales que le amamantaron. Joven, trocó el arco de fresno por otro de oro, y las flechas unas veces eran del mismo metal con ardientes puntas que inflamaban los corazones que hería, otras eran de plomo, con las que sembraba el

olvido y la ingratitud en aquéllos: no estaban libres de sus certeros disparos, ni dioses, ni hombres, ni su misma madre, ni su propio pecho. Tetis, el día de sus bodas con Peleo, obtuvo de Júpiter que recibiese á Cupido en el Olimpo entre los dioses patricios.



Cupido ensaya sus flechas.

La odisea de Psiquis y el Amor es hermosa. Era Psiquis cifra y compendio de la humana belleza en el cuerpo, tesoro de inocencia y de candor, y de sensible alma; hermosa y apacible por tal modo, que era inevitable cosa verla y comenzar á amarla. Sus dos hermanas mayores no eran hermosas; en cambio estaban consu-

midas por la envidia: casadas éstas, el pueblo dió en idolatrar á la pequeña, erigiéndole templos y desatendiendo el culto de la diosa Hermosura.

Airada Venus, hizo jurar á Cupido que castigaría á Psiquis, inocente causa de su agravio, obligándola á desposarse con el mayor monstruo del universo.

Pronunció el oráculo la terrible sentencia, y á la voz de los dioses enmudecieron el pueblo, el rey su padre y sus adoradores, y con lágrimas en los ojos llevaron á la doncella al pie de una roca, á cuya planta se estrella-ban enfurecidas las olas del mar; y ya en este lugar la dejaron sola, esperando al monstruo que había de ser su esposo. Quedóse dormida, y al despertar se vió en un palacio de primores tales que la pluma no puede describir. «¿Dónde estoy?», preguntó la hermosa, y una voz dulce, blanda y misteriosa, murmuró á su oído: «Donde sois amada, y vuestros deseos, siendo leyes, serán cum-

plidos.» Llegada la noche, esperaba al marido monstruo, y en vez de tal, encontrólo dulce, enamorado, de formas robustas. ¿Quién era? ¿Cuál sería su aspecto? ¿Por qué no se dejaba ver? Estas eran las eternas cavilaciones de la hermosa. Deseó ver á sus hermanas, y aunque le anunció que la envidia de aquéllas le sería funesta, ella insistió, y Céfito condujo en sus alas á las dos Reinas. Estas dos envidiosas acudían creyendo devorada á su hermana por el monstruo; pero encontrándola en estado tan floreciente, la ponzoña sutil de la envidia hizo su efecto, aconsejando á la infeliz Psiquis usase un ardid que imaginaron eficaz para desdicha de todos.

Llegó la noche y con ella el feliz amante. Cuando éste dormía, levantóse Psiquis, fué á donde tenía oculta una lamparilla y un puñal, aquélla para conocer al marido, y éste para matarlo si era un monstruo: ella vacila un instante, pero la curiosidad se impone á los remordimientos de la conciencia, el orgullo apaga la voz del temor.... Se acerca y ve..... á Cupido, que despertando despavorido, escapa veloz, en tanto que decía: «Desventurada, mi madre me mandó entregarte á un monstruo; al mirarte, una de mis flechas hirió mi corazón: he sido tu esclavo. Tu curiosidad nos ha perdido. Adiós, Psiquis... Tus hermanas no quedarán sin castigo.» Desapareció el amor, y con él el palacio y los jardines. Psiquis quiso poner fin á su vida, pero las aguas la recibieron blandamente y la pusieron en la orilla opuesta. Entonces, para buscar venganza, corrió en busca de su hermana mayor



Psiquis es arrojada por las ondas á la orilla.

contóle el suceso, añadiendo que al abandonarla había anunciado el deseo de casarse con una de las tres, que estaba ausente. La que tal oyó partió sin más explicaciones, con ánimo de conquistar al dios. Practicó la misma operación con la otra hermana: ambas acudieron presurosas al pie de la roca, donde Céfiro las había transportado otra vez sanas y salvas, y creyendo que éste las esperaba para conducir las al encantado palacio, se arrojaron al mar, donde sus cuerpos fueron pasto de horribles monstruos marinos.

Psiquis acudió á todos los extremos para aplacar á Venus: obedeció cuanto le ordenara esta diosa como condición para devolverle á Amor. Sacó agua de un man-

nantial custodiado por serpientes; fué á buscar á un peñasco inaccesible un vellón de lana dorada; separó grandes montones de grano de diferentes especies, que estaban confundidos en uno, y fué á buscar al Averno con objeto de solicitar una caja de *belleza* para su enemiga, que pretendía haberla perdido con la enfermedad de su hijo.

Dióle Proserpina, compadecida, la tal caja; pero con orden expresa de que no la abriera bajo pretexto alguno, cosa imposible, dada su frágil curiosidad. Abrió la caja y salieron de ella unos vapores tan hediondos que trastornaron los sentidos de la infeliz, dando



Psiquis coge el vellon dorado en la roca inaccesible.

con ella en tierra. Cupido acudió en su auxilio, perdiendo todo miramiento, recogió los vapores en la caja, que otra vez cerrada, la suplicó la entregara sin tardanza, y fué á arrojarla á las plantas de Júpiter, solicitando le

fuese concedida á Psiquis la inmortalidad. Concediólo Júpiter, con aplauso del Olimpo entero, y Venus hubo de conformarse con la decisión de los demás dioses. Casados Psiquis y Cupido, nació de este matrimonio la Voluptuosidad.

JANO.—En la biografía de Saturno se habla de este dios. Es hijo de Creusa, hija de Electro, rey de Atenas, y de Apolo. Supo ésta ocultar su falta al nacer su hijo. No teniendo éste hijos varones acudió al Oráculo, que le ordenó adoptase al primer muchacho que encontrase al paso. El primero que acertó á pasar fué Jano, y una vez adoptado se crió en el palacio de su abuelo como príncipe. Hombre ya abandonó la Grecia con una escuadra y muchos intrépidos

compañeros, desembarcando en el Lacio, donde fundó la primer ciudad. Instituyó el matrimonio, promulgó diversas leyes y echó los cimientos de la obra que completó más tarde Saturno.

GENIO.—Hijo de Júpiter y Electra, se ignora por qué fué elevado á la categoría de dios auxiliar. Tiene á su cargo el movimiento productor que renueva las especies orgánicas y las inorgánicas, y dar la inspiración al hombre. Según algunos mitólogos, cada hombre tenía su genio, que le inspiraba pensamientos grandes ó perversos, le libraba de peligros ó le precipitaba en el abismo.

Su culto estaba extendido por todo el orbe; cada reino, cada provincia, cada ciudad tenía su genio, en cuyo templo se hacían por todo sacrificio ofrendas de



Cupido acude á Psiquis
en el infierno.

flores, oblacones de incienso y libaciones del licor de Baco en su honor.

Esta fábula da origen á que se llamen genios á los hombres de talento superior y extraordinario.





V

Dioses subalternos del cielo, la tierra y el mar.

TEMIS Y ASTREA.—Era Temis hija de Urano y de Tílea, hermana de Saturno, y la personificación de la justicia; desposada con Júpiter hubo de él á su hija Astrea, símbolo de la justicia humana; de este matrimonio nacieron también la Paz y la Ley, según ya antes se ha dicho; durante los siglos de oro reinó en Tesalia, y su gobierno fué benigno y sabio. Cuando su reinado se hizo imposible por los crímenes de los hombres subió al cielo, enviando á la tierra á su hija Astrea, armándola antes con su propia espada, y dándole una balanza semejante á la que ella usaba para pesar los decretos de los dioses.

Hay quien confunde á una y otra, aunque en este punto no caben confusiones. Temis es el principio de la justicia eterna. Astrea la consecuencia de esa justicia.

Ambas fueron muy veneradas en Grecia y Roma; los principales templos consagrados á estas deidades fueron el del monte Parnaso y el de Atenas, en cuyo ingreso estaba enterrado Hipólito, hijo de Teseo.

HEBE.—Fué esta diosa hija de Júpiter y de Juno, era el numen de la juventud; durante algún tiempo ejerció

el cargo de copero de los dioses, pero en un descuido dejó caer el néctar que servía á Júpiter, y fué sustituida en este cargo por Ganimedes, pasando ella á regir el carro de Juno hasta que Hércules pasó á la categoría de dios; se casó con ella y tuvo de él á Mexiara y Aniceto.

GANIMEDES.— Ganimedes era hijo de Tros, rey de Troya; siendo extremadamente hermoso, Júpiter quiso tenerlo como paje, y arrebatándolo á la tierra lo llevó al Olimpo, dándole á regir el signo del Zodiaco que se llama Acuario; más tarde sustituyó á Hebe en su oficio de copero. Tántalo, rey de Lidia, comenzó la carrera de sus crímenes robando á este mancebo, de donde nació el odio entre griegos y troyanos.



Hebe.

LAS TRES GRACIAS.— Llámanse estas diosas Aglae, Eufrosina y Talía, bellas las tres, las tres seductoras; son hijas de Júpiter y de Eurinomea, según unos mitólogos, y de Venus, según otros; presidían los goces de la in-



El rapto de Ganimedes.

teligencia y del alma, y vivían en castidad incorruptible. El culto de estas diosas nació en Samotracia, de donde pasó á la Grecia y de allí á Roma.

HIMENEO.—Nació de Venus y Baco, y es protector de los castos afectos. Derívase la fábula de este dios de un hecho cierto.

Himeneo, joven ateniense, hermoso hasta el extremo de confundirse fácilmente con una mujer, estaba enamorado de una doncella de la aristocracia ateniense, y no atreviéndose á declararla su afecto por la desigualdad de la fortuna, quiso al menos gozar de su compañía, y disfrazándose de mujer se presentó en la orilla del mar, en ocasión que con otras celebraban los misterios de Ceres. Acogido entre las doncellas fué sorprendido por unos piratas, y con ellas llevado á una isla desierta, en la que el joven Himeneo dió muerte á los que le apresaron, y vuelto á la ciudad en la misma nave que los llevó declaró su artificio y la hazaña que había llevado á cabo. Pidió la mano de su amada, y como recompensa del servicio prestado le fué concedida, siendo el tipo del amor conyugal.

En su honra se instituyeron las fiestas himeneas.

LA FORTUNA.—Es ésta de padres desconocidos, implacable como el Destino, varia y caprichosa como la Locura. Preside á esta diosa la Necesidad, deidad que tiene el más desagradable de los rostros; va por un lado cargada de abrazaderas y



Momo.

soldaduras de plomo, ligando los seres y las cosas con indisolubles lazos, y por otro rompiendo lo que parecía estar para siempre atado. Las funciones de la Fortuna se reducen á repartir bienes y males, con arreglo á lo que dispone el Destino.

COMO Y MOMO.—Como presidía los banquetes, era gastrónomo y bebedor, era el dios de los glotones y libertinos; represéntanle joven, coronado de rosas, entre alegre y ebrio.

Momo era el dios de la alegría, de los chistes y de la crítica, de la que no estaban exentos ni los dioses. Minerva, Vulcano y Neptuno presentáronle una casa, un toro y un hombre por ellos formados para que dijera cuál obra estaba mejor hecha, negóse á intervenir en la contienda porque las tres eran imperfectas; pues según él la casa era muy pesada y no podía huirse con ella de vecinos importunos, el toro debía tener los cuernos delante de los ojos para que pudiera herir con acierto, y al hombre le faltaba una ventana en el corazón para conocer sus verdaderos sentimientos.

Dioses subalternos de la tierra.

PAN.—Hijo de Júpiter y de Timbris, según unos, y de Mercurio y de Penélope, según otros. Tenía el cuerpo de hombre, de desagradable aspecto, teniendo las piernas de macho cabrío. Vivía en los bosques, sus gustos eran rústicos, sus deseos violentos, tomando por la fuerza lo que le negaba la voluntad.

Enamorado de Sirina, una de las ninfas que servían á Diana, negóse ésta á satisfacer sus deseos, y huyendo de él fué á dar en las orillas del río Ladón, padre de esta desdichada, el cual, para librarla de los apetitos brutales del dios, la convirtió en verde caña.

Pan, ya que otra cosa no pudo, cortó en trozos desiguales esta caña, y unió los

unos á los otros paralelamente, formando el primer instrumento músico de viento que se conoció en el mundo, al que dió el nombre de la ninfa.



El dios Pan llorando la pérdida de la ninfa Sirina, convertida en caña.

Logró hacerse amar de la ninfa Pitis, de la que estaba enamorado Boreas, y á la que éste perseguía sin resultado, irritándose á tal extremo con sus desdenes y la preferencia que dió á Pan, que arrebatándola en uno de sus torbellinos despeñóla, dando fin á su vida. Los dioses la transformaron en pino, y de este árbol tejía la selvática corona con que ceñía su frente el dios. Las adoradoras de éste colocaban las estatuas elevadas en su honor debajo de uno de estos árboles.

Enamoróse más tarde de la ninfa Eco, arrojada del Olimpo por Juno, sabedora de que era la que encubría con sus artimañas los deslices é infidelidades de Júpiter; pero como ésta se hubiera enamorado de Narciso, hijo de la Oceánida Liriope y del numen del río Cefiso, que,



Muerte de Narciso.

enamorado de sí mismo, pereció de hambre por no dejar de mirarse en el cristal de las aguas del río en que se reflejaba; este Narciso fué transformado por los dioses en la flor blanca y amarilla que lleva su nombre.

Pan consiguió, á fuerza de terquedad y obstinación hacer al fin á Eco madre de Iriux y Siringa y se casó, por último, con la ninfa Alexiroe, viviendo con ella en santa paz y concordia. Acompañó á Baco en su expedición á la India y fué el autor del orden de batalla, dividiéndola en tres cuerpos, que en aquella

época se llamaban Cuernos. En la guerra de los dioses contra Tífoe, fué el que aconsejó á éstos la extratagema de convertirse en diversos animales, dando él ejemplo transformándose en un monstruo medio pescado y medio cabra. Un día que se vió perseguido de cerca por uno de sus más mortales enemigos, superior á él en fuerza, llegó hasta la orilla del mar, en donde hubo á manos un caracol que hizo sonar con tan hórrido ruido, que todos huyeron espantados, incluso el perseguidor, produciendo de este modo lo que desde entonces se ha llamado *terror pánico*. Este fué el que sobrecogió á los Galos, cuando, capitaneados por Breno, quisieron incendiar el templo de Apolo. Era dios de los pastores, valles, aguas, manantiales, de los ganados, y como contradicción manifiesta, lo era también especialmente de los lobos.

Sus sacrificios reducíanse á ofrendas de leche y miel. Sus ritos eran verdaderamente pastoriles.

PALAS.—Diosa de desconocido origen; dividía con Pan su imperio y carece de historia.

FAUNOS, SÁTIROS, SILENOS, PRIAPOS, SILVANO Y TÉRMINO.—Fauno fué tercer rey de Italia, hijo de Pico, convertido en el pájaro denominado Picamadero; por esta causa empuñó muy joven el cetro, era gran cazador y hombre tan gentil, que no sólo estaban prendados de él los mortales, sino que también las diosas. Fué rey piadoso y gran agricultor. Su esposa, llamada Fauna, tenía el don profético; de este matrimonio nació Esterecio. Tenía Fauno cuerpo de hombre, pero con cuernos, orejas y piernas de macho cabrío.

Los Sáticos eran de pequeña estatura y de peor condición que los Faunos; eran audaces, feos y astutos; con el encantador son de sus panderos inspiraban á las mujeres un delirio cuyo término les era fatal.

Priapo era hijo de Baco y Venus, nació tan deforme de cuerpo como de perversas inclinaciones; es el digno jefe de las alimañas y amadas Sáticos.

Los Silenos eran unos seres de forma humana, con

orejas, astas y cola de macho cabrío; eran de carácter suave y muelles inclinaciones.

Silvano era una entidad compleja, confundida con Pan y Fauno; era el numen de las selvas, y los filósofos le consideraban como emblema de la materia.

FLORA.—Enamoróse Céfito de la ninfa Cloris, una de las que los gentiles llamaban *Afortunadas*, y dióle en dote, al casarse con ella, eterna juventud, el imperio de las flores y el nombre de Flora; se la representa joven y hermosa, coronada de flores y acariciada por su joven esposo.

Fué reverenciada como diosa por los Sabinos, y Tacio, su rey, instituyó en Roma su culto.

VERTUMNIO Y POMONA.—Pomona personifica la naturaleza productora de los frutos vegetales. De ella se enamoró Vertumnio, emblema del año, de origen etrusco, el cual para reducirla tuvo necesidad de pasar por las cuatro estaciones, tomando las formas de un gentil adolescente primero, después la de un apuesto mancebo, más tarde la de un robusto segador, y, por último, la de una mujer anciana, logrando por estos medios hacerla su esposa.

QUIRÓN Y LOS CENTAUROS.—Quirón fué hijo de Saturno y Filira. Sorprendido Saturno en plena infidelidad por Rhea, para no escuchar recriminaciones, se convirtió en caba lo; de aquí que Quirón naciera caballo en parte, en parte hombre, y su especie se denominó en adelante Centauro. Hizole su padre el más sabio de los hombres de su tiempo, inspirándole la ciencia infusa en medicina, astronomía y música, y dióle don profético. Retirado á una gruta para ocultar al mundo su deformidad, vino con el tiempo á convertirse aquélla en una especie de universidad en la que se formaron muchos de los héroes de la antigua Grecia.

Sólo en la forma se parecía Quirón á los demás Centauros hijos de Ixion y de la nube á que Júpiter diera la apariencia de Juno; pero esta semejanza fué bastante para hacerlo desdichado. Acosados los Centauros por Hércu-

les, fueron á refugiarse en el país de Malea, á donde los siguió Alcides para exterminarlos. Una de las flechas del héroe, empapada en la sangre de la Hidra de Lerna, fué á clavarse en la rodilla de Quirón, produciéndole una herida incurable, causándole ésta dolores tan terribles que á veces pedía á los dioses acabasen su vida; éstos, compadecidos, lo arrebataron al cielo, colocándolo entre los signos del Zodiaco con el nombre de Sagitario.

Los demás Centauros murieron á manos de Hércules, los más de hambre, en las islas Sirenas algunos, y á manos de Atalante, hija del rey Jario, los restantes.

Quirón casó con la ninfa Caridea, hija de Apolo, de cuyo matrimonio nació Orciroe, transformada por los dioses en yegua por haber revelado á su padre y á Esculapio su respectivo porvenir.

Dioses marinos subalternos.

OCÉANO, TETIS LA ANTIGUA.—Á la caída de Saturno, que fué reemplazado en el Olimpo por Júpiter, siguió la de Océano, en el reino de los mares, en que le sucedió Neptuno. Casado con Tetis, fué padre de los ríos y de las tres mil Oceánidas, de las cuales, Doris, se unió á Nereo, de cuya unión nació Tetis, la joven esposa de Peleo y madre de Aquiles.

NEREO, DORIS, LAS NEREIDAS.—Fué Nereo hijo de Ponto y de Titea, estaba casado con Doris, con la cual mora en el fondo del mar Egeo, acompañándoles la mayor parte de las hijas, sus cincuenta Nereidas, graciosas ninfas cuyos cabellos enlazan ricas perlas.

Nereo era gran profeta, pero sólo una vez se tomó la molestia de revelar á los mortales el porvenir, y esta sin fruto, cuando el rapto de Elena por Paris. También á Hércules reveló el lugar en que se hallaban ocultas las manzanas de oro que le pedía Euristeo, pero esto á la fuerza, y sólo porque se le dejara libre.

Doris fué esposa fiel y madre amante. Su ocupación única era el cuidado de su marido y sus hijos.

TETIS Y PELEO.—Solicitaban á un tiempo la mano de Tetis, Júpiter, Apolo y Neptuno, pero habiendo sabido por el Destino que el hijo que naciera de este matrimonio sería más grande que su padre, desistieron de su propósito. Entonces apareció Peleo, hijo de Caro y de la ninfa Endeida, como candidato á la mano de la hermosa, y á vuelta de desdenes y á cambio de suspiros, hubo de contraerse el matrimonio deseado. Á esta boda asistió todo el Olimpo, excepción hecha de la Discordia, que viéndose olvidada arrojó la famosa manzana de oro origen del certamen de hermosura entre Juno, Venus y Minerva, y causa también de la ruina de Troya. Persiguió la fortuna desde los primeros años á Peleo, que involuntariamente dió muerte á Foro, su hermano

por parte de padre, siendo desterrados su madre, su hermano Telamón y él, de la isla Egina.

Peleo fué á Tesalia, donde casó con Auligona, hija del rey Eurilión, y al que tuvo la desgracia de herir mortalmente en la caza del jabalí Calidón. Desterrado de nuevo, solicitó de Acastes, rey de Colcos, que le purificase de aquel delito; hizolo, en efecto, aquel buen rey, pero Hipólita, su mujer, enamorada de Peleo y en venganza de que éste, desdeñándola, se negó á satisfacer sus deseos, le acusó ante su marido de haber intentado violarla; creída la acusación, fué el acusado conducido á la espesura de un monte, y allí encadenado, se le dejó expuesto á ser pasto de las bestias feroces. Júpiter, que veía sobre su nieto, mandó á Quirón, que le había servido de ayo, que acudiese en su auxilio para libertarle, y unido á Castor, Polux, Jason y los Argonautas, volvió á Colcos vengando su agravio, donde morían cocidos.

Del matrimonio de Tetis y Peleo nacieron seis hijos, que la Nereida, para probar si eran inmortales, los iba arrojando á una caldera de agua hirviendo, en que morían.

Nació el séptimo, y gracias á la intervención de Peleo, pudo librarse de la muerte Aquiles, el vencedor del troyano Héctor; bañólo su madre en la laguna Estigia, cuyas aguas tenían la propiedad de hacer invulnerable al hombre, quedando por recibir el contacto de ésta el talón por donde le tenía cogido. Á este joven lo educó Quirón, que no le daba otro alimento que los sesos de tigres y leones que le hacían cazar á él mismo, habituándole á los peligros y endureciéndole las entrañas.

Tetis obtuvo de Vulcano las famosas armas que Homero immortalizó, y mientras el Destino le plugo que su hijo viviera visible ó invisible, estuvo á su lado.

Conseguida por Tetis la inmortalidad de Peleo, fué llevado por ésta, en compañía de sus hermanas, al palacio de su padre.

LOS RÍOS Y LAS NINFAS.—El número de los Ríos como el de las Oceánidas asciende á tres mil, y repartidos

por la tierra, rigen el curso de las aguas y habitan en el fondo de sus lechos con cierto número de Ninfas que componen su corte y familia.

Las Ninfas se dividen en celestes ó uranias, y en terrestres ó epigeas; á la primera categoría pertenecen las Oceánidas, las Nereidas, las Náyades, Mehadadas, Creneas, Pegneas, Polamides y Lumiades; pertenecen á la segunda, las Driadas, Hamadriadas, Napeas y Oreadas.

EOLY Y LOS VIENTOS.—Eolo era hijo de Júpiter y de la ninfa Melalipa, hija del centauro Quirón. Reinaba en las islas Eolidas, y fué admitido entre el número de los inmortales como rey de los Vientos, aunque dependiendo siempre del imperio de Neptuno. Casó con Cianeá, hija de Lepuro y nieta de Auson; de este matrimonio nacieron Alcionea, Alama, Créteo, Salmóneo y Melalipa, y otros doce hijos más. Melalipa fué seducida por Neptuno, y hubo de ella dos hijos, á los que Eolo, en venganza de la fragilidad de su hija, mandó dar muerte, privando al mismo tiempo á la madre de la vista.

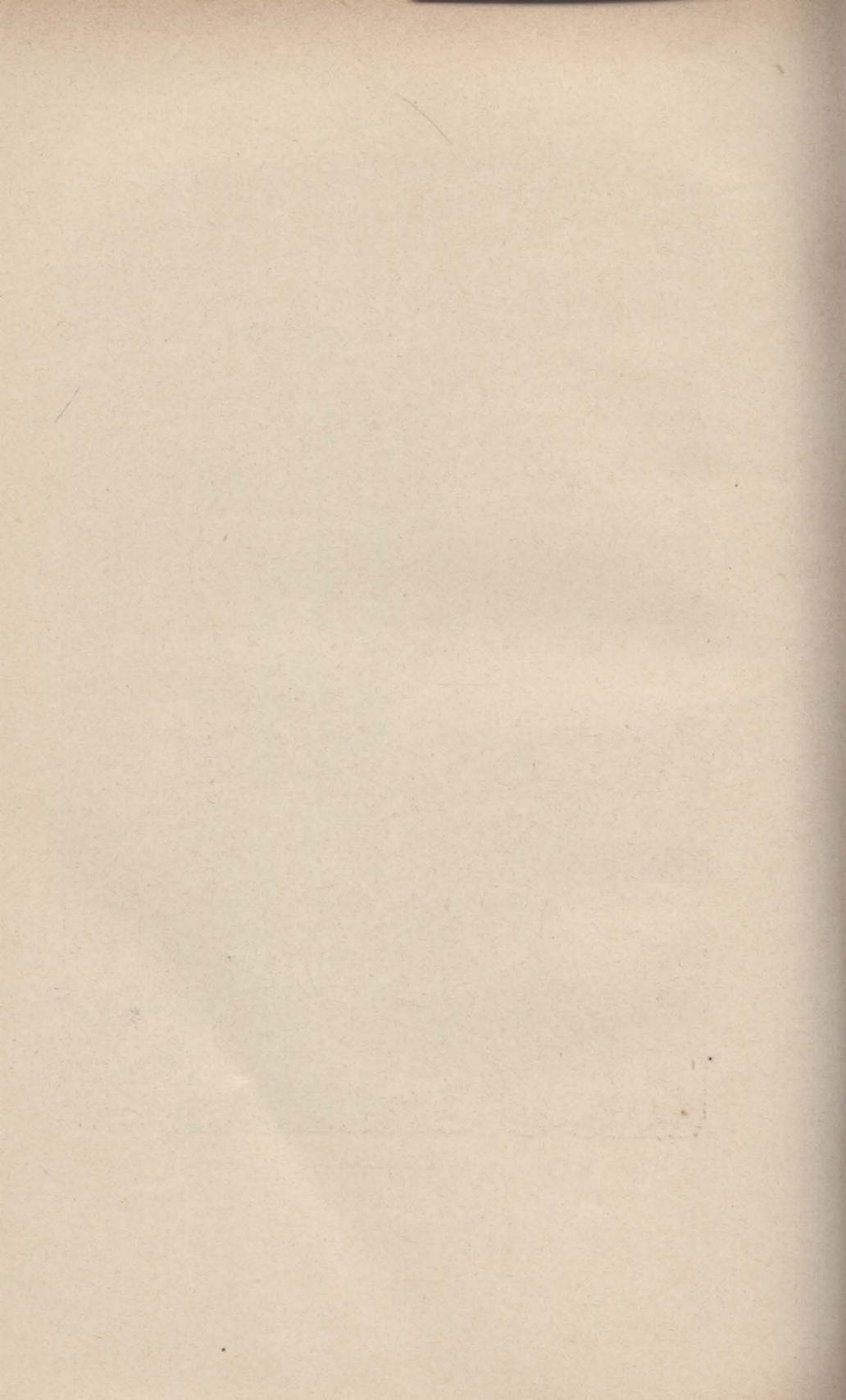
Los vientos principales, según la mitología, son: Africo, ó Sudoeste; Aquilón, ó cierzo tramontano, ó Norte; Austro, ó Noto, ó viento Sud; Boreas, ó viento Norte, ó Septentrión; Cæcias, ó Nordeste; Euro, que es el Este; Levante, ó Solano; Euronoto, ó Sudoeste; Cauro, ó Noroeste, Solano; Este y Céfito, ú Oeste.

Los únicos que tienen historia son Céfito y Boreas; el primero fué ministro y cortesano de la Primavera, y amante de Clorio ó Flora; el segundo, violento rey de Tracia, que no encontrando quien le diese una hija en matrimonio, arrebató á Cloris, hija del río Jaris, uno de los que desaguan en el Ponto Euno y en el Cáucaso; la hizo madre de un mozo llamado Hirpaco. Cloris fué pronto abandonada por Oritia, arrebatada también por fuerza á Erecteo, rey de Atenas, de cuyos amores nacieron Calais y Jetes, y cuatro hijos, entre los que se encontraban Cleobula ó Cleopatra.

PROTEO.—Fué éste hijo de Neptuno y de la ninfa Fenice; nació en la Macedonia, y fué padre de numerosa



Las Sirenas.



prole, entre la cual se cuentan á Telégolo y Tinolo, dos monstruos de crueldad. No pudiendo corregir á estos endemoniados chicos, retiróse Proteo á Egipto, y después de haber reinado sabia y profundamente en Menfis, dejó la tierra, encargándose en el imperio de Neptuno de los rebaños de focas.

LEUCOTEA Ó INO Y PALEMÓN Ó PORTUMNIO.—Leucotea, hija de Harmonía y de Cadmo, casó con Atamas, hijo de Eolo y rey de Tebas. Fué madre de Learco y Melicertes. Abandonada poco tiempo después por su esposo, vivió cuidando de sus hijos, en tanto que ocupaba su lugar Nefelea, madre después de Prixo y de Helea. Habiendo perdido el juicio esta mujer, volvió al lado del infiel. Ino y sus hijos, en venganza, persiguieron á los hijos de su rival, hasta el punto de haber intentado matarlos su propio padre, salvándose de esta segura muerte, por haberlos ocultado su madre, convirtiéndose en monte. Advertido Atamas por Jano de esta infamia, arrojó, en presencia de Leucotea, á su hijo Learco contra un muro, dejándolo muerto en el acto, salvándose el otro, y aun ella misma, arrojándose en el seno de las aguas, donde perecieran, sin la protección que les otorgó Neptuno.

GLAUO.—Fué hijo de Neptuno y de la ninfa Nais; residió en Antédona, ciudad de la Beocia. Sus ocupaciones constantes fueron la caza y la pesca. Notando un día que los pescados que él arrojaba en la orilla, después de comer cierta hierba que en ella brotaba, recobrando la vida, se arrojaban de nuevo al mar; y presumiendo que el prodigio consistía en la virtud del pasto, comió de él y se arrojó al agua, en donde Océano y Tetis la antigua le despojaron de su corteza de mortal, siendo desde entonces una deidad con busto humano y extremidad de pez.

LAS SIRENAS.—Eran éstas Licaria, Ligea y Parténope, hijas del río Toas y de la ninfa Caliope; fueron amigas de Proserpina, y cuando ésta fué robada por Plutón, obtuvieron de los dioses que les concediera alas para bus-

carla por el mundo entero, al que dieron la vuelta con tan poco fruto como enojo. Descontentas de su expedición, estableciéronse en Sicilia, en un promontorio, entre las islas de Capria y las de Italia, y allí, con el encanto de sus voces, la melodía de sus acentos y el encanto de su música, obligaban á cuantos navegantes cruzaban aquellas aguas á detenerse, olvidando el viaje y la vida. Ulises rompió el encanto, y desde entonces viven al lado de Plutón.

CARIBDIS Y ESCILA. — Caribdis, hija de Orco y Ceto, heredó las perversas intenciones de sus antecesores los Titanes; robó á Hércules algunos bueyes, y el hijo de Almena la dió muerte en el acto de descubrir el hurto. Orco tomó el cadáver, dándole nueva vida en el remolino que llevaba su nombre en lo antiguo, y hoy el de Calofaro, que tanto aterraba á los navegantes que se veían precisados á cruzar las aguas de Sicilia.

Escila, hermana de la anterior, fué reducida á la condición de escollo, por efecto de la perfidia de Circe, que, celosa y cruel, envenenó las aguas donde ésta tenía costumbre de beber, y una vez probadas éstas, convirtióse en un monstruo con seis cabezas, doce garras, y en la cintura multitud de perros que, con feroces aullidos, esparcían el terror en torno de ella. Desesperada, arrojóse al mar, donde fué convertida en piedra. Su espíritu mora al lado de Neptuno.

LAS HARPIAS. — Las Harpías son el emblema de los vicios, hijas de la oceánida Electra, y, por su naturaleza, participan de la mujer y de la del ave de rapiña; son monstruos de peores hechos que catadura, y ésta era horrible. El cuerpo lo tenían de buitre, garras de tigre y cara de gorgona vieja y horripilante. Su aliento infeccionaba cuanto alcanzaba á tocar, y estaban dedicadas á perseguir á los mortales que incurrieran en el enojo de los dioses.

CIRCE. — Fue hija de Apolo y de la oceánida Persei, y era tan hermosa como tenía perversas inclinaciones. Envenenó á su marido, rey de los Sármatas, y huyó, pro-

tegida por su padre, á la isla de Ea, que desde entonces se llama Circe. Transformaba en bruto á sus amantes, convirtió en pájaro á Pico, en monstruo á Escila. Convirtió en cerdos á los compañeros de Ulises, rey de Itaca, y hubiera convertido también á éste, si no hubiera sido advertido por Mercurio para que rechazara la fatal copa, y al ir Circe á tocarle con su mágica vara, no tirase de la espada y la hiciera jurar, por la laguna Estigia, que respetaría las leyes de la hospitalidad. Enamorada de su huésped, tuvo de él dos hijos, Agrio y Latino, y supo retenerle entre sus redes un año, sin que para nada se acordase de Itaca y Penélope.

CALIPSO.— Era esta oceánida reina de la isla Origia, á la cual llegó Ulises después de haber naufragado en Escila. Siete años retuvo á éste la infeliz Calipso enamorada, prometiéndole la inmortalidad, hasta que, por orden expresa de Júpiter, lo dejó marchar, siendo fruto de estos amores Auson, que fundó en Italia la Ausonia.





VI.

Dioses infernales subalternos.

HECATE.—Es hija esta diosa del titán Perseo y de Asteria, que luego fué dama de Júpiter. Era reina del Erebo, y retenía en sus dominios, durante cien años, á las almas de los muertos insepultos.

Mató á su padre, que expió de este modo el delito de haber despojado de sus tesoros el templo de Apolo en Delfos; casó con Eates, rey de Colcos, y después de dar á luz á Medea, digna heredera de sus maldades, bajó al Averno, en donde representa la expiación y los rigores, y aterra con su presencia á los que se preparan á comparecer ante sus últimos jueces.

NÉMESIS.—Es la más terrible personificación de la justicia implacable. Castiga sin odio ni cólera, pero también sin misericordia. Rindiósele fervoroso culto en Roma y Grecia, en donde se establecieron las fiestas Némesis.

MINOS, EACO Y RADAMANTO.—Son los tres jueces que imponen penas ó determinan premios para las almas de los que mueran.

Minos reinó en Creta, fundó en su reinado diversas ciudades, civilizó á sus súbditos, hizo cultivar su suelo, y administró justicia tan recta y sabiamente, que Júpiter le hizo presidente del Tribunal que decide del destino de las almas, depositando en sus manos la urna que encierra los nombres de todos los mortales.

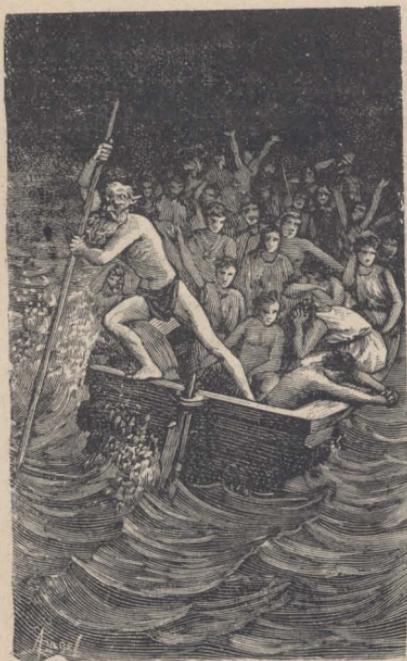
Eaco, hijo de Júpiter y Egina, gobernó la isla de su nombre con equidad y entereza inflexible.

Su amor á la justicia y la práctica de ella le granjearon la honra de sentarse en el tribunal del Averno, encargado de juzgar á los pueblos de la Europa.

Radamanto, hermano de Minos, fundó una colonia que, á poco de su constitución, tenía vida próspera, merced á la sabiduría, equidad y tino con que la regia su fundador. En premio de su vida, llena de virtudes, fué destinado á ocupar un asiento en el tribunal de las almas, conjuntamente con su hermano y Eaco, estándole

especialmente encomendados los pueblos del Asia y las funciones fiscales, pues él es el que hace confesar á los réprobos sus faltas, les indica su sentencia, y vela por que ésta se cumpla. Estas divinidades son de origen egipcio.

CARÓN.—Era éste hijo de Erebo y de la Noche. Sus funciones eran las de dirigir la barca que transportaba el alma de los muertos sobre las negras aguas de Aqueronte á los confines del infierno, exigiendo como retribución por cada transporte, por lo menos un óbolo, tres cuando más. Por esta causa, al enterrar los genti-



Carón.

les á sus muertos, cuidábanse de ponerles en la boca el precio del pasaje.

Los vivos que tenían la fortuna y el valor de traspasar las fronteras del Averno, salvando la vigilancia del trifuace Cerbero, antes de entrar en la barca habían menester cierto ramo de oro consagrado á Proserpina, como el que dió la Sibila á Eneas en su viaje por la mansión de los muertos. Una sola vez faltó á su consigna Carón, cuando Hércules Tebano bajó á los infiernos, y esta falta costóle estar un año en el lugar más lóbrego del Tártaro.

LA MUERTE.—Según los mitólogos, tiene esta diosa el corazón de hierro, las entrañas de bronce, la mano tan pesada como certeza, y apetito insaciable. Se la pinta en forma de esqueleto, con una guadaña en la mano; algunos le ponen alas, y otros una red, con la que nos envuelve.

La rindió culto Esparta, Fenicia y España.

EL SUEÑO Y MORFEO.—El Sueño es hermano de la Muerte, habita en el Esebo un palacio misterioso y sombrío cerca de las orillas del río Olvido, en cuyas



La Noche.

márgenes crecen la adormidera y la hierba, que al ser pisada por la planta del hombre no crujía al romperse, á fin de no interrumpir el silencio de aquella región.



La Fortuna.

Duerme este dios en lecho de ébano abrigantado, teniendo entre sus lacias y entreabiertas manos un alto emblema de los falsos sueños y un pedazo de marfil, presagio de los verdaderos. Entre todos sus ministros se distingue Morfeo, de esbeltas formas, leves alas y verde corona de adormideras sobre su frente.

Este dios es el de los ensueños proféticos.

Tanto Morfeo como Fobelor (fantasma ó sombra) son fruto de los amores del Sueño y la Noche.

LA NOCHE.—Nació del Caos, y fué desposada con Esebo, es madre del Sueño y de la Muerte; habita durante el día en el Averno, y cuando el sol declina sale de allí á recorrer la tierra.

HARPOCRATO.—Es numen y símbolo del Silencio é inseparable compañero de la Noche, es deidad infernal por esta causa; pero por ser su misión también el Misterio y el Secreto, puede considerarse clasificado entre los dioses subalternos del cielo.

PLUTO.—Es numen de las riquezas, se le cuenta entre los

grandes feudatarios de Plutón, parece ser que es hijo de Ceres y Jasón. En los primeros tiempos de su vida hizo firme propósito de favorecer sólo la ciencia y la virtud, pero Júpiter, considerando cuán escaso había de ser el número de los ricos, lo dejó ciego á fin de que no pudiera distinguir de colores, y el pobre numen tiene desde entonces tan poco acierto, que por regla general concede sus dones al necio ó al malvado. La misma cualidad asignaban á la Fortuna, á la que representaban vendada.

LOS MANES.—Eran hijos de una diosa llamada Mania y de los hombres que habitaron la tierra durante el siglo de Plata, intermedio entre el de Oro y la Edad de Hierro. Se encontraban divididos en dos clases: Lares y Manes, que son de los que nos ocupamos. Tenían la función de velar las almas de los muertos, asistirlos en sus sepulcros y ser sus ayos y tutores desde que acaba la vida.

En Platea todos los ciudadanos de alguna importancia iban una vez al año en procesión y montados en carros recubiertos de negros paños á ofrecer á estos dioses en el recinto de los sepulcros sacrificios solemnes. En Italia fue-



La Aurora.

ron muy honrados, ofreciéndoles víctimas negras que, al igual de la leña empleada, habían de consumirse en el sacrificio: éste, según rito, se celebraba al comenzar la noche.

LAS FURIAS.—Son hijas de la Discordia. Se las denominaba Tisifone, Meguera y Alecto; eran las ejecutoras de los fallos de Minos, Eaco y Radamanto; ministros de las venganzas de los dioses y azote de los criminales, á quienes hacían padecer horribles tormentos.

A su solo nombre temblaba el mundo pagano, el miedo multiplicó sus templos provocando sacrificios y arrancando ofrendas.

Cerca del Areópago había un templo en el que prestaban juramento, después de haber sacrificado una oveja preñada, los que habían de comparecer ante aquel famoso tribunal.

Dioses domésticos.

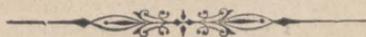
LOS PENATES.—Podían serlo los dioses mayores ó los subalternos, según fuese la voluntad del fundador de la ciudad ó el de la familia. Hay quien sostiene que los Penates eran nada más que los primeros ascendientes de los hombres.

El culto de los Penates nació en Frigia y en Samotracia. Eneas llevó los suyos á Roma y este pueblo erigió un templo á Júpiter, Juno y Minerva, considerándolos como penates de su ciudad.

Cada familia tenía en una habitación un altar para sus dioses penates, en el cual ardía continuamente una lámpara, y mensualmente les ofrecían vino y miel y algunas veces hasta tal cual sacrificio; durante las saturnales se dedicaba un día á celebrar su festividad.

LOS LARES.—Estos dioses pertenecen á la especie de los Genios y á la familia de los buenos. Cada casa tenía el suyo y se les representaba bajo distintas formas. Deidades de un orden muy subalterno, unas veces estaban representadas por figuras humanas, en cuyo caso aludían á la creencia de que eran las almas de los justos, y otras por la de perros, aludiendo al oficio de guardas vigilantes que se les suponía.

LÁRVAS Ó LEMNUROS.—Eran la personificación de las almas de aquellos que, no siendo lo suficiente malos para ir al Tártaro, no eran, sin embargo, lo suficientemente buenos para considerarlos Lares. Estos se transmutaban en genios maléficos ó maliciosos que, ora perturbaban la tranquilidad doméstica con travesuras, ora castigaban á los malvados con sus malignidades.





VII

Héroes y semidioses.

Los personajes que la Mitología deificó, ya por tener padre ó madre inmortales, ya por sus esclarecidos hechos y hazañas, son tantos, que sólo para escribir la lista de ellos sería menester un libro mayor que el nuestro; así, pues, nos limitamos á dar noticia de los héroes más famosos.

PROMETEO.—Prometeo y Epimeteo, hijos ó descendientes del titán Japet, formaron con barro cada uno de ellos la estatua de un hombre; el primero dióle á su obra apariencias de prudencia é ingenio; el segundo de estupidez. Enamorada Minerva de la obra de Prometeo, ofreció á éste dotarla con los dones que á él le pareciera, y obrando prudentemente replicó á la diosa el artifice que mal podía escoger esos dones si no los conocía. Trasladó Minerva á su favorito al Olimpo, en el cual vió que el fuego era el principal motor y elemento de la vida, y entonces solicitó una centella para animar su estatua; obtúvola, y á esta gracia añadió la diosa otros dones, tales como el miedo de la liebre, la astucia de la zorra,

la ferocidad del tigre, la fuerza del león y el orgullo del pavo real.

Envanecido de su obra Prometeo, engañó á Júpiter, haciéndole tomar la piel de una vaca rellena de huesos y armada artificiosamente por una llena de carne y de vida; en castigo de esta ofensa, Júpiter privó á la tierra de todo fuego, pero Prometeo subió de nuevo furtivamente al Olimpo y robó un destello al carro del Sol con el que animó de nuevo la vida del planeta; Júpiter, más irritado por la audacia de Prometeo que por el engaño, envió á la tierra en busca de éste á la bella Pandora, obra de Vulcano, tan hermosa, que se la tenía por irresistible, depositando en sus manos una caja que contenía todos los males y plagas que pueden afligir al humano linaje.

Prometeo, avisado por Minerva, fué insensible á la hermosura de la enviada del Tonante, y no puso manos en la terrible caja, pero el cándido de Epimeteo se dejó seducir, y cediendo á la tentación de abrir el receptáculo de los inmensos males que desde entonces afligen á toda



Prometeo.

la humanidad, nos dejó el triste legado de su imprudencia.

Acudió Júpiter á la fuerza, *última razón de los dioses*, y ató á Prometeo con fuertísimas cadenas, que partían de brazos y piernas, á la cima del monte Cáucaso, y ordenó á un buitre, hijo de los monstruos Tifoe y Equidma, que incesantemente le devorase las entrañas, las cuales también habían de renovarse á fin de que el suplicio fuera interminable y el placer de la venganza eterno.

Prometeo advirtió á Júpiter que no hiciese su esposa á Tetis, porque el hijo nacido de ella sería más grande que su padre, y en pago de este servicio permitió que Hércules le libertase; pero como fidelidad á la promesa que á sí mismo se hizo, ordenóle que llevase siempre pendiente de un dedo, engarzado en uno de los anillos de la cadena, un fragmento de la roca que fué teatro de su suplicio. Según los mitólogos, este es el origen de las sortijas que en la actualidad usan los mortales.

DEUCALIÓN Y PIRRA.—La estatua fabricada por Prometeo y animada por Minerva, infundiéndole una chispa del fuego sagrado, con lo cual quedó convertida en hombre, se llamó Deucalión y se casó con Pirra, hija de el necio Epimeteo y Pandora. Epimeteo tuvo á más otros hijos que, como él, fueron transformados en micos, se ignora por qué causa, y con sus descendientes poblaron la tierra de unos seres tan malvados, que las mismas alimañas, los monstruos y los gigantes, se avergonzaban de sus maldades.

Júpiter, cansado de sufrirlos, enviéles el castigo, dando orden á Neptuno para que pusiese en libertad á todas las aguas, y toda la tierra, excepción del Parnaso, fué inundada por horribles desbordamientos é irresistible diluvio.

Vivían en Tesalia Pirra y Deucalión, y se salvaron de perecer por permisión de Júpiter, como premio á su constante y nunca desmentida virtud, llevándolos á la cumbre del Parnaso, donde aguardaron seguros hasta que terminó el cataclismo. Una vez retiradas las aguas,

bajaron á consultar al Oráculo de Temis, que estaba al pie de la montaña, y habiéndoles dicho la diosa: «salid del templo, cubrios el rostro, desceñid vuestras vestiduras y arrojad á la espalda los huesos de vuestra madre», comprendieron, después de grandes meditaciones, que el Oráculo llamaba su madre á la tierra y que los huesos eran piedras. Practicaron cuanto se les mandaba, y las piedras arrojadas por Deucalión eran convertidas en hombres y las de Pirra en mujeres, siendo, pues, nuestro linaje de rocas insensibles.

CADMO Y HARMONÍA.—Después del robo de Europa, verificado por Júpiter convertido en vaca, dispuso Agenor, padre de la robada, y rey de Fenicia, que sus hijos Fénix, Fineo, Cílix y Cadmo, hermanos de aquélla, fueran á buscarla, y por ningún concepto volvieran á su país sin ella.

Semejante determinación produjo el destierro de éstos del lado de su padre, pues Fénix se estableció en la Bitinia, donde fundó una colonia. Fineo en Tracia, Cílix, cansado de hacer inútiles pesquisas, se fijó en el Asia Menor, y Cadmo, después de viajar tan inútilmente como sus hermanos, consultó al Oráculo en Delfos, el cual Oráculo le ordenó que cesara en la busca de su hermana, siguiera los pasos de la primera vaca que encontrara, y donde ésta hiciera alto, edificase una ciudad para él y los suyos. Hizolo así el hijo de Agenor, y fué conducido á la Beocia, donde sus compañeros dieron con un feroz dragón, hijo, según unos, de Marte, y según otros, consagrado á este dios, y los exterminó á todos. Cadmo luchó brazo á brazo con este dragón, dándole muerte, sembrando acto seguido sus dientes en la tierra, que vió convertirse en armados guerreros, que comenzaron á hacerse cruda guerra entre sí, no cesando la lucha hasta que sólo quedaron cinco que se unieron á Cadmo, ayudándole á construir una ciudad que se donominó Tebas, dispuesta á semejanza de la Egipcia.

Casó Cadmo con Harmonía, hija de Júpiter, asistiendo á la boda todo el Olimpo, menos Juno.

De este matrimonio nacieron Ino, Selenie, Polidoro, Agorea y Antonoe; y habiendo profetizado el Oráculo á esta prole grandes desdichas, Cadmo y su esposa emigraron de la ciudad por él fundada, dedicándose á recorrer la Grecia, enseñando á los hombres el alfabeto y la lectura, obra de su ingenio, y el arte que lleva el nombre de la diosa, viviendo por último obscurecidos en Iliria, hasta que Júpiter los arrebató en un carro tirado por serpientes, para conducirlos á los Campos Elíseos.

LAYO, EDIPO, ETEOCLES, POLYNICE Y LA HEXTARQUIA.—Layo era hijo de Labdaco, nieto de Polidoro y descendiente de Harmonía y de Cadmo; casó con Yocasta, hija de Meneceo y hermana de Creonte. Como este semidios no tuviese hijos después de muchos años de matrimonio, fué á consultar á Apolo y le pidió que le diese herederos varones, respondiéndole el Oráculo de esta manera: «¡Oh tú, que imperas en los caballeros tebanos, no siembres el suelo en donde nacerán tus hijos, que te son contrarios los dioses: te matará el que tengas, y tu palacio se llenará de sangre.» Pero él, amigo del deleite y excitado por el vino, engendró un hijo en Yocasta, y confesando su yerro al recordar el Oráculo del dios, lo entregó al nacer á los pastores para que lo expusieran en el prado de Juno y en la cima del Cithérón, monte famoso, al S. de Tebas, atravesados los talones del pequeñuelo con férreas agujas, por lo que se llamó Edipo, es decir, el de los pies hinchados. Pero los yegüerizos de Polybio lo entregaron á su dueña, que lo amamantó á sus pechos é hizo creer á su esposo que era suyo. Ya hombre, cuando la barba sombreaba su rostro, queriendo conocer su destino, y sospechando que Polybio no era su padre, ni su esposa su madre, se encaminó al templo de Apolo, á fin de averiguar lo que hubiera de cierto en sus sospechas. Layo se dirigía al mismo tiempo á consultar el Oráculo, con el fin de conocer si vivía su hijo. Juntáronse en una encrucijada de la Fócida, y el cochero de Layo dijo á Edipo: «Deja el nasos libre á los tiranos, oh peregrino.» Él iba callado,

aunque lleno de arrogancia. Los caballos que arrastraban el carro de Layo le atropellaron, manchándolo de sangre, y por esta causa el hijo mató á su padre y al escudero que traía consigo, y dió su carro á Polybio, el que lo había criado. Muerto Layo, siguió Edipo su peregrinación, hasta que tuvo noticia del edicto de Creonte anunciando que el que adivinase los enigmas de la Esfinge obtendría como premio la mano de Yocasta.

Era la Esfinge un monstruo que tenía cuerpo de mujer, cabeza de león y alas de águila; proponía enigmas á los caminantes, y los ahogaba si no los acertaban, y con sus rapiñas devastaba la ciudad.

Acudió Edipo, más ganoso de gloria que de conquistar la ofrecida mano, á medir su ingenio con la tal Esfinge, que le propuso el más difícil de sus enigmas, que era el siguiente: «¿Cuál es el animal que anda en cuatro pies por la mañana, en dos al mediodía y en tres al declinar la tarde?» Sin vacilar respondió el matador de Layo: «Ese animal es el hombre, que en su infancia hace uso de sus cuatro remos, adulto anda sin más auxilio que el de sus piernas, y anciano ha menester el del báculo.» Descifrado el enigma, la Esfinge, despechada, se precipitó en el mar. En premio recibió el cetro de Tebas, y se casó, sin saberlo, con su madre. Tuvo de ella dos hijos varones, Eteocles y el esforzado Polynice, y dos hijas, llamadas Ismena y Antígona.

Una multitud de circunstancias concurren á revelar á Edipo que había sido el matador de su padre y era el marido de su madre; y el que tantos males había sufrido con paciencia, lleno de dolor, hirió sus pupilas con los dorados broches con que sujetaba las vestiduras en el pecho y en los hombros y quedó ciego.

Vivió Edipo desde entonces oculto en su propio palacio, lleno de ira y quejoso de su suerte, pronunciando contra sus hijos las más impías maldiciones y pidiendo á los dioses que desgarrasen el seno de su familia con el aguzado hierro. Temiendo Eteocles y Polynice que se realizasen las imprecaciones paternas si vivían juntos,

convinieron en que Polynice, que era el más joven, se desterrase de Tebas voluntariamente, y que Eteocles se quedase en ella, reinando un año cada uno. Pero así que éste se vió rey, no quiso dejar de serlo, y expulsó del reino á Polynice. Encaminóse éste á Argos, donde casó con la hija de Adrasto, y reuniendo un numeroso ejército de argivos, puso sitio á Tebas, reclamando el cetro y parte del territorio. Yocasta, para impedir que vinieran á las manos, persuadió á Polynice, antes de empuñar la lanza, que diera un salvoconducto á Eteocles para que hubiese un arreglo.

Prudente Eteocles, é imprudente al mismo tiempo, acudió al llamamiento sin precaver que pudiera formársele una emboscada para matarlo á traición.

Fué inútil la entrevista, y una vez rota la tregua, los tebanos se dispusieron á la defensa, mandando que siete cohortes defendiesen las siete puertas de la ciudad. Desde el Tecmero, el ejército argivo se dirigió contra Tebas, y ya cerca del foso, asaltaron á la carrera á la ciudad, sonando á un tiempo el pean y las trompetas, mientras le respondían desde las murallas. Parthenópeo, hijo de la Cazadora, embistió la puerta Neita con una cohorte erizada de clypeos, llevando en el centro á Atalante, que con su arco de largo alcance mató al jabalí Etoleo. El vate Amphiarao fué contra la puerta Proetida, llevando víctimas en su carro, sin soberbios emblemas y armas modestas. El rey Hipomedonte atacó la puerta Ogygia, y por divisa llevaba en su clypeo á Argos mirando con sus varios ojos, con unos á los astros que nacen, con otros á los que se ocultan, según pudo verse después de muerto. Tydeo atacó la puerta Homoloida, llevando cubierto su clypeo con una piel de león de hórrida melena, y en su diestra, como el gigante Prometeo, agitaba una antorcha para incendiar la ciudad. Polynice acometió á la puerta Crenea. Destacábanse de su clypeo las yeguas Potniades, propiedad de Glauco, que, perdido el instinto, devoraron á su dueño en Potnia, ciudad de Beocia; que saltaban tremebundas, mo-

viéndose, sin duda por un resorte interior, junto al manubrio, obra de ingenio, y de suerte que parecían estar furiosas. Capaneo, valeroso como Marte, encaminó su hueste hacia la puerta Electra. Adrasto embistió contra la séptima puerta. Peleóse con arcos, dardos, hondas de largo alcance y peñascos. Allí murió el hijo de Menalia; cuando Capaneo ponía los pies sobre las murallas de Tebas, matólo un rayo enviado por Júpiter. Retiróse entonces Adrasto con el ejército argivo; pero los tebanos, viendo el signo favorable de Jove, acometieron en tropel á las huestes argivas, que morían, caían de los carros, saltaban las ruedas, los ejes se amontonaban sobre los ejes y los cadáveres sobre los cadáveres.

Viendo el desastre Eteocles, desde una torre, imponiendo silencio á los soldados, hízoles el siguiente discurso: «¡Oh capitanes griegos y nobles argivos que habéis venido aquí, y vosotros, hijos de Cadmo, no deis vuestras vidas por Polynice ni por mí: yo solo, tomando sobre mí todo el riesgo, pelearé en singular certamen con mi hermano; y si lo mato, gobernaré mi palacio, y si soy vencido, le entregaré la ciudad; y vosotros, sin pelear más, volveréis al territorio argivo y no dejaréis aquí la vida.» Polynice salió de entre la muchedumbre y accedió á su propósito, y argivos y tebanos, estimándolo justo, lo aprobaron con favorables murmullos. Celebróse una tregua, y á igual distancia de ambos ejércitos los capitanes juraron su observancia. Entonces los hijos del viejo Edipo se revistieron sus armaduras de bronce, ayudados por los príncipes tebanos y los próceres argivos. Resplandecientes estaban ambos y serenos, sin que se alteraran los colores de sus rostros, y ambos, furiosos, se arrojaron mutuamente las lanzas; los amigos de uno y otro los excitaban á la pelea y animaban al combate; los adivinos sacrificaban ovejas y examinaban las entrañas de las víctimas y los líquidos que de ellas corrían y la extremidad de las llamas, que contienen dos signos, el de la victoria y el de la derrota. Evitaban los golpes de las lanzas bajo sus escudos circulares, y no les alcan-

zaba el hierro. Si el uno veía los ojos del otro por encima de su clypeo, dirigía la lanza contra su rostro, ansioso de herirlo antes, mas siempre se resguardaban con cautela debajo de sus escudos para que no les ofendiese el arma mortífera. Más sudor corría por los cuerpos de los amigos de entrambos, llenos de temor, que por los de los mismos combatientes. Eteocles tropezó en una piedra, ofreciendo á su adversario un blanco; le acometió Polynice y le atravesó la pierna con el asta argiva; el que primero fué herido, al ver descubierto el hombro de su hermano, reuniendo sus fuerzas, quiso alcanzarlo con la lanza y reanimó las esperanzas de los descendientes de Cadmo; pero se le rompió ésta antes de herir, quedando desarmado. Tiró entonces una piedra y rompió la lanza á su hermano; empuñaron entonces las espadas y pelearon de cerca; juntando sus escudos, hacían gran ruido, envolviendo el uno al otro. Eteocles, usando un ardid aprendido en Tesalia, echó hacia atrás el pie izquierdo, resguardó sus entrañas, y adelantando el pie derecho, hundió en el vientre de su hermano la espada, clavándosela hasta las costillas. El desdichado Polynice, sin fuerzas para sostenerse, cayó en tierra anegado en su propia sangre, y el vencedor, poniendo á un lado la espada, comenzó á despojarle de sus armas. Aquél, que aun conservaba su espada, aunque con escaso vigor, la introdujo en el pecho de Eteocles; los dos mordieron la tierra y cayeron juntos, quedando indecisa la victoria. Yocasta, viéndolos moribundos, vencida por el dolor, arrancó á uno de los muertos la espada y se atravesó el cuello con el acero, cayendo abrazada á ambos.

Por si habían sido vencidos ó vencedores, vinieron de nuevo á las manos los ejércitos cadmeo y argivo, siendo este último destrozado.

A esta guerra y á esta lucha llamóse la Heptarquia ó lucha de los siete príncipes contra Tebas.

Heredero del trono de Tebas Creonte, desterró de la ciudad y reino á Edipo, y mandó que fuera arrojado más allá de los límites del país el cadáver de Polynice,

condenando á muerte á todo tebano que fuera aprehendido coronándolo ó dándole sepultura. Opúsose Antígona á semejante barbarie, y fué obligada por Creonte, ordenándole que se preparase para celebrar el matrimonio con su hijo Hemón, á lo que respondió la virgen, que si se la obligaba á contraer este himeneo, cabría á su esposo la suerte de la noche de boda que dieron á los suyos las Danaides, pues quería acompañar á su padre en el destierro.

Edipo fué á Colona, aldea inmediata á Atenas y cerca de un bosque consagrado á las Eumenides.

En esta aldea murió el más desdichado de los hombres, el que tanta amargura tuvo en vida y miró á la muerte como un bien.

PERSEO.—Júpiter, convertido en lluvia de oro, hizo madre á Danae, según hemos dicho al principio de este libro. Acrisio, tan luego como tuvo conocimiento del suceso, mandó encerrar á su hija y al niño en un arca de madera y arrojarlos al mar, con objeto de que, pereciendo, quedara satisfecha su honra y fuese imposible que su nieto le matara. El mar condujo el arca á la isla Serifea, una de las Cícladas, donde Polidecto, su rey, enamoróse de Danae, comenzando, para captarse su voluntad, por cuidar con esmero de la educación de Perseo, y más tarde, siendo éste mozo, galán y valeroso, lisonjeó la inclinación del mancebo á los atractivos de la gloria.

Pregonaba entonces la Fama los estragos que hacían las Gorgonas en las regiones de Occidente, en donde, capitaneadas por la terrible Medusa, imperaban, sin que nadie osara contradecir su tiránico poder.

Las tres gorgonas, Estenas, Eunala y Medusa, tuvieron para todas ellas un solo diente y un ojo que usaba cada una de ellas, según á sus designios convenía. Sus manos eran de bronce, sus cabellos de ensortijadas víboras.

Perseo fué á combatir contra la última, y como los dioses le amaban, diéronle para el combate el casco



Perseo liberta á Andrómeda.

de Plutón, la égida de Minerva y los talales ó alas de los pies de Mercurio. Así armado, llegó á las abrasadas regiones, poniéndose, sin ser visto, al lado de la Gorgona, cuya cabeza cortó, dirigiendo Minerva su mano.

De la sangre derramada por la reina de las Gorgonas, nacieron Crisaor y el alado Pegaso, en cuyo caballo montó Perseo, llevando asido por las serpientes el horrible trofeo de su fácil victoria, dirigiéndose á través de los aires á la costa de Berbería, en cuya región reinaba Atlas, á quien el destino había predicho que había de serle funesto un hijo de Júpiter.

Negó éste á Perseo la hospitalidad que le pidió, pensando que así se libraría de la desgracia que le amenazaba. Irritado el hijo del Tonante, enseñóle la cabeza de Medusa, que tenía la propiedad de petrificar á cuantos la miraban. Desde entonces, convertido el hijo de Japet y Climene en montaña, sostenía con sus hombros la celeste bóveda. Después de haber castigado la inhospitalaria grosería de Atlas, Perseo, valiéndose del casco que le hacía invisible, logró robar algunas manzanas del jardín de las Hespérides, y de allí partió á Etiopía, llegando á aquel país á tiempo de libertar á la hermosa Andrómeda, hija de Cefeo y Casiopea, de la furia de un monstruo marino.

Era Andrómeda una mujer tan hermosa como vana, que se vanagloriaba de superar en belleza á Juno y las Nereidas. Indignado Neptuno de tanto orgullo; hizo salir del mar un monstruo que taló las costas del reino de Cefeo, y como acudieran al Oráculo, éste declaró que sólo se aplacaría la voracidad del monstruo entregándole á Andrómeda. En cumplimiento de tan bárbaro precepto fué ésta encadenada á una roca, situada á orillas del mar, en cuya ocasión Perseo descendió de los aires como un rayo, dió muerte al monstruo y libertó á la hermosa, casándose luego con ella, obteniendo de Júpiter el perdón de Casiopea, después de colocada en los Astros.

Tineo, hermano del padre de Andrómeda, acudió con varios conjurados á la boda de Perseo; inesperadamente, y al terminarse el banquete, hizo una seña, á la cual respondieron sus satélites, dando muerte á cuantos les fué posible, y hubiera también muerto al hijo de Danae, á no haber mostrado la cabeza de Medusa, convirtiéndose en estatua á los pérfidos asesinos.

Entretanto casábase Polidecto con Danae, y Acrisio, vencido por algunos rebeldes, entregaba su reino al usurpador. Vengóse de su abuelo, reponiéndolo en el trono, y jugando con él al disco, tuvo la desgracia de darle muerte, como ya había hecho involuntariamente con el marido de Danae, enseñándole la cabeza de Medusa, que se empeñó en ver Polidecto, á pesar de las razones que para disuadirlo empleó Perseo. Este entonces, aborreciendo la tierra en que nació y su patria adoptiva, trasladó sus penates á Micenas, capital de su reino, mientras vivió, y centro del culto que se le erigió cuando fué convertido en constelación con Andrómeda, Casiopea y Cefeo.

CÁSTOR Y PÓLUX.—Eran hijos de Leda, siendo padre del primero Tíndaro y del segundo Júpiter. Amáronse ambos gemelos con ternura, y aunque mortal el uno, inmortal el otro, ambos se lanzaron á las más arriesgadas aventuras, dando principio á ellas con el exterminio de los piratas que infestaban las costas del mar Egeo. Asistieron también á la expedición de los Argonautas, señalándose entre sus más valerosos campeones.

Pólux venció en el famosísimo combate de la Manopli al rey de Betricia, Amico, hijo de Neptuno. Cástor se distinguió por la manera de guiar un carro de combate y aprovechar la defensa de sus armas.

De regreso de esta expedición se dedicaron á recobrar á Elena, su hermana, robada por Teseo, y poco tiempo después fueron ellos mismos raptos de las princesas Ilaira y Febea, hijas de Leucipo y prometidas de los príncipes Idas y Linceo, arrebatándolas en medio del festín de sus bodas.

Batiéronse desposados y raptos, y si Polux por su condición de inmortal mató á Linceo, Idas mató á Cástor; vengó la muerte de su hermano Pólux, dando muerte á Idas; pero no por eso pudo consolarse, y hubiera puesto fin á su vida á no ser inmortal. Para consolarlo, dispuso Júpiter que la mitad del año viviese un hermano y la otra mitad el otro.

Cástor y Pólux forman en el Zodiaco el signo que se llama Géminis.

HÉRCULES.—Fué éste hijo de Júpiter y de Alcmena, á quien el rey del Olimpo engañó, tomando la forma de su marido, el rey Anfitríon, hallándose éste ausente en la guerra contra los telebeos.

Sintió Juno la infidelidad de su marido, y persiguió á la desdichada, de tal modo, que hubo ésta de abandonar á su hijo en medio de un bosque, á tiempo que pasaban por él Minerva y Juno. Prendóse la primera de la varonil belleza y atlética robustez del niño, y á ruego suyo dióle de mamar la última; pero él, odiándola ya por instinto, dióle un mordisco con tal fuerza en el pezón, que la diosa hubo de arrojarlo de sí. Con las gotas de leche escapadas del pecho de Juno se formó en el cielo la vía láctea. Minerva devolvió Hércules á Alcmena.

La celosa Juno, perseguidora incansable de las amadas de su esposo, persiguió á Hércules hasta en su cuna, enviando para que lo ahogasen á dos serpientes. Alcmena comenzó á gritar horrorizada; pero Hércules, entonces de ocho meses, se incorporó, y estrechándolas entre sus manos, las ahogó á ambas.

Á la crianza é instrucción de Hércules concurren los más célebres personajes que encerraba la Grecia; así fué enseñado por Cástor á combatir armado; por Radamanto á manejar el arco; Quirón, el Centauro, le enseñó la medicina y astronomía, y Lino la música, debiendo á este último el saber tocar cierto instrumento semejante á la lira de cuerdas; pero que, como nuestros violines, se tocaba con arco. Nada diremos de los primeros maestros de Hércules; pero sí del último: era,

pues, hijo de Ismni, á quien hubo Apolo en la Oceánida Melia, notable músico á quien se debe la invención del ritmo y de la melodía, autor de varios tratados sobre el origen del mundo, el curso de los astros, los animales y plantas, mas á lo que parece, algo burlón, pretendió sacar partido de su discípulo remedándole, suponiendo que así heriría su amor propio y pondría enmienda á su falta de aplicación; pero Hércules irritóse con la burla de tal modo, que rompiéndole al maestro el instrumento sobre la cabeza, no tuvo éste necesidad de cirujano que le curase, pues fuese en derechura al reino de Plutón.

Joven aún tropezó con los embajadores de Erpino, rey de Orcomenia, que enviaba á cobrar el tributo de cien bueyes que le pagaba la ciudad de Tebas. Gobernaba ésta Creón, padre de Iocarte y de Megara, y á causa de las continuas revueltas y de la menor edad de Layo, su rey, veíase en el negro trance de pagar cada año tributo á Erpino que los había subyugado.

Atacó Hércules sólo á toda la embajada, vencióla; cortó las narices y las orejas á todos los que la componían, y enviólos á su rey desfigurados y sin los bueyes. Marchó éste enojado sobre la infortunada ciudad de Cadmo con un poderoso ejército que deshizo Hércules, mandando las huestes tebanas, y le impuso el deber de pagar doble tributo del que antes cobrara. Por estos famosos hechos dióle Creón en matrimonio á su hija Megara, con la cual fué á establecerse en Tirinto, ciudad de la Argólida. Por esta época ayudó también á su padre en la guerra de los Gigantes, sin que fueran bastante estas hazañas á poder libertarse de la fatalidad que sobre él pesaba, y que es fuerza explicar antes que pasemos adelante.

Estaban en cinta á un tiempo Alcmena y Micipa, hija de Pelope, que lo era á su vez de Tántalo, y Juno arrancó á Júpiter el juramento de que el primero de los dos hijos que naciera sería dueño de la persona del otro. Hércules, por orden natural, debía nacer antes que Euristeo,

pero Juno, tomando la humilde figura de una vieja, fué á sentarse en el pórtico del palacio de Alcmena, entonces con dolores de alumbramiento, y mientras esta diosa vengativa conservarse aquella postura era imposible el nacimiento; ya había nacido Euristeo, y estaba aun sentada con objeto sin duda de poner fin á la vida de la madre y del hijo, y hubiéralo conseguido, si una de las doncellas de ésta, llamada Galantis, presumiendo la intención, aunque no la calidad de la hechicera, no exclamase en voz alta dando gracias á los dioses por el feliz parto de su dueña. Levantóse Juno sorprendida, y desapareciendo la causa, concluyeron los efectos del retraso, naciendo el hijo de Júpiter; pero estaba conseguido el objeto, Hércules era esclavo de Euristeo.

Impúsole éste á Hércules doce trabajos que habían de durar otros tantos años, al cabo de los cuales quedaría libre si salía con vida de ellos.

Fué el primero el dar muerte al león de Nemea, monstruo de colosal tamaño, al cual no se podía herir ni con el hierro, ni con el bronce, ni con las piedras, y por consiguiente, era necesario luchar con él á brazo partido. Escondíase en el monte Tretos, y desde su guarida devastaba todo el territorio comprendido entre Micena y Nemea. Hércules lo persiguió; cerró la entrada de la caverna donde habitaba y lo abrazó entre sus robustos brazos, llevando desde entonces consigo como un trofeo su hermosa y grande piel.



Le ahogó entre sus robustos brazos.

El segundo trabajo que le fué ordenado era el de dar muerte á la hidra de Lerna, que tenía un cuerpo con cien cuellos, rematando en otras tantas cabezas que renacían duplicadas al ser cortadas. Hércules combatió con ella, y á fin de evitar esta funesta reproducción, empleó á su escudero Jolao en cauterizar con un hierro candente las heridas que le hacía. Hércules mojó en la sangre sus flechas, que desde entonces fueron mortíferas.

El tercer trabajo fué llevar vivo un ferocísimo jabalí que tenía aterrados á los moradores de las cercanías de Erimanto. Obedeció Hércules, y amarrados los cuatro remos de la fiera cargó con ella en hombros y presentóse así al rey de Micenas, cuyo pavor fué tal, que hasta hallarse encerrado dentro de un tonel de bronce que, para el caso de acabárséle la paciencia á su esclavo, había mandado construir, no se creyó seguro.

Pidió luego este rey cobarde una corza consagrada á Diana que habitaba en la Acaya y en Cenoé en Argos; las astas de este animal eran de oro y los pies de bronce. Un año entero costó este trabajo á nuestro héroe, y al cabo de él logró aprisionarla en la orilla del Ladón en una red.

Fué el quinto de los trabajos de Hércules el dar muerte á las aves de la laguna Estinfalia (hoy Vulcino), situada en la Arcadia; eran estas aves monstruosas, con cabezas, picos, alas y garras de hierro, adiestradas en el combate por el mismo Marte, y que lanzaban agudos dardos contra cuantos se oponían á sus designios. Minerva, apiadándose del hijo de Jove, dióle ciertos timbales de bronce á cuyo estrépito los monstruos alados salieron de la espesura y pudo Hércules exterminarlos con sus flechas. Dió luego muerte al toro de Creta; venció más tarde al rey de Tracia, el feroz Diomedes, hijo de Marte y Cirene, que furiosos y sin frenos devoraban en sus letales pesebres ensangrentado pasto, disfrutando en nefando banquete del placer de desgarrar carne humana; pasó el Hebro de argentadas olas; atravesó las



Con los rebaños conquistados.

cumbres del Pelión junto á la corriente del Amauro, y mató con sus flechas á Cyeno, asesino de extranjeros, inhospitalario habitante de Amphanea. Luego buscó al escuadrón de las Amazonas cerca de la laguna Meótide, hoy mar Azof, al N. del Ponto-Euxino, con el cual comunicaba por el Bósforo Sinmerio, cuyas Amazonas eran unas mujeres guerreras que habitaban en las orillas del Thermodonte, y que, según se dice, extendieron sus conquistas hasta las fronteras de la Asiria y del Tanais, y fundaron á Efeso, Esmirna y Magnesia.

Había mandado Euristeo á Hércules que le llevase ciertas ropas de estas guerreras, y á la expedición acompañaron al héroe gran número de griegos en demanda del vestido de oro y del mortífero tahalí de la virgen, hija de Marte. Este vestido y este tahalí estaban en poder de las Amazonas y de su reina Hipólita, y fueron un presente del dios de la guerra. La inclita Grecia recibió los despojos de la virgen bárbara, despojos que se guardaban en Micenas.

De vuelta de la expedición contra las Amazonas, hubo Hércules de limpiar los establos de Augeas, hijo de Apolo, rey de Elide y uno de los Argonautas. Estos establos albergaban nada menos que 3.000 bueyes, y hacía treinta años que no se purgaban de inmundicias. Hércules zanjó la dificultad variando el curso del río Alfeo, de modo que pasando por ellos los limpiara con sus aguas, como en efecto sucedió, y reclamó del rey Elide el salario que le había prometido, esto es, el diezmo de sus ganados. Augeas no quería cumplir la promesa, y para retardarla remitió su decisión á la de su hijo Fileo; pero, como éste decidiera la contienda en favor de Hércules, desterrólo el padre, negándose á conceder lo que era justo. Hércules enojado dióle muerte y puso la diadema en las sienes de su hijo.

El décimo de los trabajos de Hércules fué apoderarse de los ganados de Perión, hijo de Crisado y de Calirroo, rey de la Frythia ó Baleares, gigante robustísimo de tres cabezas y tres cuerpos, cuyos rebaños se alimentaban

con carne humana. Guardábalos además un perro con dos cabezas y un dragón de siete, amalgama de mujer y serpiente nacida de Equidna y engendrada por Tifoe. Triunfó Hércules de las dificultades, dando muerte al gigante y á los dos monstruos, y después de haber abierto el paso al Mediterráneo, separando la barrera que á su unión se oponía, formó el estrecho de Gibraltar, cuyas dos montañas fronteras, Calpe y Avila, se llaman en la actualidad columnas de Hércules, atravesó las Galias con los rebaños conquistados y dió vuelta á Micenas.

En la Liguria, Derecino y Albión, gigantes hijos de Neptuno robáronle su presa, mas él los persiguió hasta la Etruria, donde les dió muerte y recobró lo perdido; en la orilla del Tíber quedóse dormido, y aprovechando la ocasión Baco, famoso bandido hijo de Vulcano, le robó algunas vacas á las que hizo marchar hacia atrás

para ocultar sus huellas, pero al ponerse Hércules en marcha bramaron éstas, con lo que quedó descubierto el robo, y con esto dicho queda que tomó completa venganza el héroe, dándole muerte con su clava. La fama pregonaba por el mundo entero la pujanza y valentía de Hércules, sin que su implacable perseguidor mitigara en nada la tiranía con que le abrumaba, y así, no sabiendo ya él mismo qué pedir, exigió que su esclavo le trajera algunas manzanas del jardín de las Hes-



Hércules salva á Prometeo.

pérides, en donde moraban las vírgenes cantoras. El árbol que producía estas manzanas tenía hojas de oro resplandecientes, guardándolo de todos un dragón rojo.

No era ésta la mayor dificultad, sino la de ignorar dónde estaba este jardín, y en qué país se encontraba situado.

Aeudió para saberlo á la ninfa Eriadno, y por ella supo que Nereo le podría dar noticias y la manera como era preciso tratarlo para conseguir su objeto. Á este efecto Hércules sorprendió á Nereo cuando éste estaba dormido, y ligándole con fuertes lazos consiguió que le revelase que sólo Prometeo podía descubrirle dónde se encontraba le jardín de las Hespérides. Encaminóse sin perder tiempo al Cáucaso, y atravesando al buitre carnicero con una de sus mortíferas flechas, puso en libertad al desdichado hijo de Japet, quien en pago del servicio satisfizo la curiosidad de Hércules y le recomendó á su hermano Atlas. Éste, aunque convertido en montaña, conservaba su personalidad, y en recompensa de que nuestro héroe se prestó á aliviarle por algún tiempo del peso de la bóveda celeste, dióle tan acertadas instrucciones que arrancó la vida al dragón á pesar de sus cien cabezas, sus agudos y horribles silbidos y sus feroces garras, y recogió las manzanas del árbol de Juno.

Cumplido el décimoprimer de los trabajos Hércules, ausentóse de Tebas para terminar el último, que consistía nada menos que en traer al Cancerbero de las tinieblas á la luz. En esta ciudad había dejado á su esposa y á tres hijos que de ella tuvo bajo la custodia de su padre Anfitríon, rey de Tirinto en la Argólida.

Lico, rey de Eubea, apoyado por un partido rebelde y victorioso, dió muerte á Creonte y fué coronado rey de Tebas. Aprovechando la ausencia de Hércules, proponíase dar fin á la vida de Megara, sus hijos y Anfitríon, para ahogar en sangre la estirpe de Creonte, temiendo que si llegaban aquéllos á ser hombres vengasen la muerte de su abuelo. Para salvarlos, si era posible, se

refugiaron en el ara de Júpiter salvador, erigida por Hércules como monumento de la victoria que alcanzó con su lanza de los Minios. Acogidos á ella desesperados, carecían de todo: de sustento, de agua, de vestidos, y dormían en el duro suelo. De sus amigos, unos habían probado no serlo en realidad, y los leales no podían socorrerlos; así sucede en la adversidad, piedra segura de toque para conocer á los que nos rodean.

Como habían tomado un asilo que podía resguardar de las iras del tirano á estos desdichados, éste inventó el medio de realizar su sanguinario intento sin tocar el ara: mandando á sus esclavos cercasen el ara de leña para abrasar de este modo á los heráclidas. Anfitrión y Megara convinieron en tal apuro en someterse á su voluntad, abandonándoles su vida y la de los hijos de Hércules, siempre que muriesen de otra manera, y lo consiguieron del tirano, á más de un breve plazo para prepararse á la muerte y adornarse en el palacio con sus vestidos y galas funerarias.

Por fortuna, volvió Hércules de los infiernos, y enterado por Anfitrión de lo que sucedía, y aconsejado por él, entró en su morada, en donde después sorprendió y mató á su enemigo, al venir en busca de sus víctimas. Juno, que odiaba al héroe como siempre, triunfante de la última y más peligrosa prueba, envió á su mensajero Iris y la Locura para que trastornarn su juicio y le obligaran á matar á sus hijos.

Con efecto, después de haber dado muerte á Lyco, preparadas las víctimas ante el ara de Júpiter para purificar el palacio, libre ya del odioso cadáver del rey intruso de Tebas, asistía á esta ceremonia el coro de sus más bellos hijos y Hércules y Megara, circulaba el cesto sagrado en torno del ara y se guardaba un religioso silencio. Cuando el hijo de Alcmena se disponía á tomar en su diestra el tizón y sumergirlo en el agua lustral, detúvose sin decir palabra, y al verlo vacilar miráronle sus hijos. Pero ya no era él; había perdido el juicio y tenía los ojos extraviados y llenos de sangre, y de su poblada

barba caía copiosa espuma. Entonces dijo con risa insensata: «¡Oh, padre! ¿A qué preparo el agua lustral antes de matar á Euristeo, y anticipo inútilmente esta expiación, que podrá hacerse después? Cuando traiga aquí su cabeza purificaré mis manos de sangre. Derramad el agua y tirad los cestos. ¿Quién me da el arco? ¿Quién mi arma terrible? Iré á Micenas; llevemos palancas y azadoñes para derribar con su corvo hierro la ciudad en que habitaron los cíclopes, después de edificarla con ayuda de su regla roja y de haber observado los astros.» Se apartó un poco, y no habiendo allí carro alguno, él lo afirmaba, y fingió subir, y agitaba la mano como si manejase el aguijón. Y á un mismo tiempo infundía risa y miedo en sus servidores, y uno de ellos se expresó así, mirando á los demás: «Está loco nuestro señor, ó se divierte con nosotros.» Mientras tanto, él subía y bajaba las escaleras, y apareciéndose de repente en el aposento de los hombres, aseguraba que había llegado á la ciudad de Nico, cuando realmente no había salido de su palacio.

Recostándose luego enfermo, como si estuviera en aquella ciudad, preparó su alimento; pero á los pocos instantes decía hallarse en las cumbres frondosas del Saturno, y despojándose de sus vestidos luchaba solo y se proclamaba vencedor, hablando á espectadores imaginarios. Profiriendo contra Euristeo palabras horribles, creía hallarse en Micenas. Su padre, estrechando su robusta mano, le habló así: «¡Oh, hijo! ¿Qué sufres? ¿Qué peregrinación es esta á que aludes? ¿Acaso te ha trastornado el juicio la muerte de los que ha poco perecieron á tus golpes?» Pero él, creyendo ver al padre de Euristeo en ademán suplicante, lo rechaza y amenaza á sus hijos con su ligera aljaba y su arco, persuadido de que lo eran de Euristeo. Ellos, consternados, huyeron en diversas direcciones, refugiándose uno bajo los vestidos de su mísera madre, otro detrás de una columna, y el otro, en fin, como temblorosa ave, cerca del altar.

Megara exclamó: «¡Oh, padre! ¿Qué haces? ¿Matas á

tus hijos? El anciano y todos los servidores dan voces; pero él, persiguiendo al pobre niño alrededor de la columna con pasos terribles, cuadróse en frente y le hirió las entrañas, y cayó en tierra, tiñendo con su sangre, al morir, las columnas de piedra. Dió entonces un grito de júbilo, y, vanagloriándose de su acción, dijo: «Ya murió un hijo de Euristeo, y yace en tierra en expiación de la enemistad paternal.» Tendió luego el arco contra el otro, que temblaba al pie del altar, pensando escaparse. Cayó el desdichado de rodillas ante su padre, y extendiendo sus manos hacia su cuello y barba, dijo: «¡Oh padre muy amado; no me mates; hijo tuyo, hijo tuyo soy, no de Euristeo!» Pero él, revolviendo con furor sus ojos extraviados y viendo que estaba demasiado cerca para disparar sus saetas, como el herrero que golpea la encendida masa, descargó su clava en la blonda cabeza del niño y desbarató sus huesos, y después que dió muerte al segundo de sus hijos fué en busca de la tercera víctima. Previnole su misera madre y cerró las puertas; pero él entonces, como si se hallase junto á los muros de los cíclopes, daba golpes en las puertas con las palancas, y arrancando los postes postró en tierra de un flechazo al hijo y á la madre. De allí corrió apresurado á matar al anciano, más se apareció Palas blandiendo en su mano aguda lanza, y tiró una piedra enorme que, dándole en el pecho, impidió que perpetrase su rabioso crimen, le infundió sueño y cayó al suelo, recostándose en un trozo de columna que quedó en pie en el umbral, después de caer el techo.

Al fin despertó de su letargo, lloró su desventura cuando ya no tenía remedio, y se ausentó de Tebas con su amigo Teseo, que llegó en tan crítico instante, deseoso de auxiliarle contra Lyco, encargando á su padre Anfitrión diera honrosa sepultura á Megara y sus hijos.

Dedicóse entonces el héroe á correr la tierra castigando á Busiris, raptor de las Hespérides; mató á Sarpedón, hijo de Neptuno, y usurpador del trono de los Tracios; y otra multitud de criminales, en Asia, África,

Grecia, España é Italia, recibieron de su clava el castigo de que eran dignos.

Sostuvo la guerra contra los Centauros, que sucedió de esta manera: Pholo, que daba hospitalidad á Hércules, quiso obsequiarlo espléndidamente, y para ello destapó un tonel de vino, tan añejo como exquisito, cuyo aroma atrajo á la casa de Pholo á todos los demás Centauros, que á toda costa querían beber de él, oponiéndose Hércules á su huésped. Éste se retiró al fin, y dejó al héroe con sus enemigos, trabándose al fin una batalla entre uno y otros, y siendo vencidos los segundos, á pesar del socorro que les prestó su madre Nephele (la nube).

En Libia sostuvo con Anteo el gigante, hijo de Cibeles y de Neptuno, una espantosa lucha. Trabada la lid, y enlazados uno con otro los combatientes, cuando estaba cansado Anteo dejábase caer al suelo, y merced á la protección é influencia de su madre la Tierra, recobraba las fuerzas con más intensidad. Comprendió Hércules el ardid, y suspendiendo al monstruo en el aire hizole pedazos.



Hércules y Anteo.

Pensaron los vasallos del muerto vengar la muerte de su señor, y atacaron á Hércules estando dormido; despertó el hijo de Alcmena y los encerró á todos en la piel del león de Nemea, que usaba por única vestidura.

Después dió muerte al monstruo que Neptuno había

suscitado contra Laomedón, librando á Hesione de la espantosa muerte que le aguardaba.

Bajó luego á los infiernos y sujetando á la muerte arrancó de sus garras á la bella Alcestes, esposa de Admeto, rey de Tesalia, la cual voluntariamente se habia consagrado á las Parcas por salvar la vida de su marido, huespéd y amigo de Hércules.

Fué más tarde el héroe vendido públicamente como esclavo por su voluntad para expiar el crimen de haber matado á Ifito, llegando á ser esclavo de Onfale, reina de Lidia, de la cual se prendó de tal modo, que vió el mundo con asombro manejar el huso y la rueca con las mismas manos que destrozaron tantos monstruos.

La voz de Meleagro, que convocaba los héroes de la Grecia á la famosa caza del jabalí, sacaron al héroe del letargo. Acudió al llamamiento, y en la guerra conoció á la hermosa Deyanira, hermana del príncipe de Caledonia, y después de haber dado muerte á Aquilao, la hizo su esposa. Dueño de Deyanira, volvía Hércules á Tebas, y como le fuera preciso vadear el Evano, río de la Etolia, aceptó la oferta del centauro Neso de pasar sobre su lomo á la princesa á la orilla opuesta. Atravesó primero Hércules las aguas, y ya en la ribera fronteriza, oyó un grito y vió que su esposa luchaba para evitar el atropello de Neso. Ver el delito y lanzar al monstruo una certera flecha, fué obra de un momento.

Antes de expirar Neso, y fingiéndose arrepentido, dió á Deyanira la túnica que vestía y estaba empapada en su sangre, emponzoñada por la de la hidra de Lerna, diciéndole que tenía la propiedad de reavivar el amor en los pechos donde la inconstancia ó la infidelidad la habían entibiado.

Este don trajo funestas consecuencias.

En una de sus muchas expediciones tropezó Hércules con Iole y renovó con ella sus pasados amores, con grave detrimento de la fidelidad conyugal.

Licas, mandado á Tebas con cierto mensaje, descubrió á Deyanira este secreto, y ésta, recordando el don



El rapto de Deyanira por el centauro Neró.

de Neso, dióle la túnica con encargo de que Hércules la vistiese, persuadida de que una vez usada por su esposo, renacería en el pecho de éste el amor de los primeros días. ¡Error, funesto error! No bien hubo Hércules ceñido á su cuerpo aquella funesta vestidura, sintióse abrasado por un fuego cien veces mayor que el del Tártaro.

En vano se ocultó Licas bajo una roca; sacólo de allí Hércules y lo lanzó con increíble fuerza á las profundos abismos de la mar, donde yace convertido en piedra.

Viendo que era imposible calmar los dolores que sufría, arrancó de raíz algunos troncos de encina con los que formó una hoguera, y llamando al argonauta Filoctetes, su amigo, le hizo jurar que no descubriría el sitio donde ocultaba sus flechas, ni donde depositaba sus cenizas, y tendiéndose en el duro y postrer lecho, mandó prenderlo fuego. En el momento en que las llamas comenzaron á prender los troncos, lanzó el cielo un rayo, purificó á Hércules de sus apariencias de mortal y lo llevó al cielo Júpiter, siendo desde entonces numen y esposo de la diosa Juventud.

JASÓN, MEDEA Y LOS ARGONAUTAS.—Huyendo de la

saña de Ino salieron de Tebas Prixo y Helea, llevándose al huir el más preciado tesoro de Atamas, que consistía en un cordero, hijo de Neptuno y de la ninfa Teofana, llamado Crisomalón, que estaba cubierto de rico vellón de oro, hablaba como un hombre y volaba como un pájaro.

Montados en él intentaron los dos hermanos pasar al Asia; pero Helea, que no estaba acostumbrada á esta clase de viajes, desvaneciéndose, perdió el sentido y dió



Priox y Helea.

con su cuerpo en el mar, que desde entonces se llamó Helesponto, por manera que llegó sólo á Colcos Prico.

Una vez en tierra, inmoló en aras de Marte el corodero, consagrando el áureo vellocino al dios de la guerra. Casó con Calciopea, hija de Eates, rey de Colcos, viviendo con ella tranquila vida hasta que este rey, ambicionando los tesoros de su yerno, le hizo asesinar, y hubiera dado también muerte á sus hijos si no hubiera huído con ellos la madre á Grecia. Dueño Eates del vellocino, ordenó que un dragón lo custodiase y que rondasen en torno de él una vacada de furiosos toros.

Jasón, después de mil trabajos, logró recuperar en su juventud el trono de sus padres mediante el juramento de vengar la muerte de Prico y de conquistar el inestimable vellocino de oro. Terminada felizmente aquella empresa, que era tenida como imposible, juraba Pelias por Júpiter que él mismo ceñiría con la diadema las sienes de su sobrino. Convocó Jasón cuanto tenía de valiente y aventurero la Grecia, y embarcáronse en un bajel construido y trazado por Minerva, y que por llamarse Argos dió el nombre á esta expedición de Argonautas. Fueron á la conquista del vellocino, Hércules, Cástor y Pólux; Acastes, hijo de Pelias; Eurito el centauro; Admeto, rey de Tesalia; Anfrás; Anfión, rey de Pacena; Tifiso, el piloto de la nave; Argos, hijo de Prico; Augeas, príncipe de Elida; Yola, amiga de Hércules; Caláís y Zetes, hijo de Boreas; Anceo, de Nепtuno; Ifito, de Euristo; Eumedón, de Baco y Ariadna; Deucalión, de Minos; Equión, de Mercurio, y espía durante toda la campaña; Idas y Linceo; Leartes, padre de Ulises; Meleagro, príncipe de Calidonea; Tideo y Oileo, padre de Diomedes, y Ajax, Peleo y Filoctetes, que fueron los más notables. Capitaneados por Jasón y Hércules, partieron los Argonautas en su nave del cabo de Magnesia, en Tesalia, con rumbo al monte Peleón, hablando al paso con el niño Aquiles y su maestro Quirón.

En Micias desembarcaron á Hércules, no se sabe si

por pesarles su dominio, ó si porque era imposible aplacar su hambre, para lo que no bastaban víveres.

En el Ponto-Euxino perdieron al piloto Tifiso y á otro de los tripulantes; en el lago Vulcino fueron atacados por dos famosos pájaros que más tarde exterminó Hércules, y, por último, llegaron de noche á las costas de Colcos. En Arecia se les habían incorporado los hijos de Prixo, que les fueron de gran utilidad por el conocimiento que tenían de la isla.

No quiso oponerse Eates, el matador de Prixo, á la voluntad de los expedicionarios, pero excusándose con la voluntad de los dioses, impuso como condiciones precisas para la entrega del vellocino, que un solo guerrero en un solo día sometiera al yugo dos toros de los consagrados á Vulcano, que tenían cuernos de bronce y arrojaban llamas por las narices, y unciéndolos á un arado de diamantes, arase con ellos cuatro aranzadas de tierra virgen, consagradas á Marte, que sembrando en los surcos algunos de los dientes del dragón de Cadmo, que al efecto les daría el rey para que una vez transformados en guerreros los combatieran, vencieran y que domasen al dragón.

Jasón admitió el partido, y de seguro pereciera en la demanda si no se hubiera enamorado de él Medea, hija de Eates y Hecate, y heredera de las malas mañas de su madre, y á cambio de la promesa de matrimonio, no le hubiera dado una redoma llena de licor mágico para untarse, una piedra para arrojar á los dientes transformados en hombres y una pócima para adormecer al dragón.

Domados los toros, arada la tierra, sembrados los dientes y transformados en guerreros, que á la vista de la piedra lucharon hasta exterminarse, y degollado el dragón, el vellocino fué de hecho y de derecho de Jasón. Eates furioso, resolvió asesinar á los Argonautas, y hubiéralo conseguido á no haberles advertido Medea el propósito de su padre, y no hubieran corrido á embarcarse cuando acudía con un poderoso ejército á impedir su embarque.

Impidiera Eates el embarque si Medea, valiéndose de sus infernales artes, no hubiera matado á su hermano Asirte en la misma orilla y esparcido sus palpitantes miembros en la arena, con cuyo horrible espectáculo se detuvo el monarca lo suficiente para que se dieran á la vela los Argonautas.

Alcanzó á los expedicionarios Eates en el Ponto-Euxino, donde murió á manos del amante de su hija.

Después de largo viaje, volvieron los Argonautas á Grecia y Jasón á Jolcos, donde Medea remozó al anciano Eson para que gozase con la gloria de su hijo, y bajo pretexto de hacer otro tanto con Pelias, indujo á sus hijas á dividir su cuerpo en trozos y cocerlo en una caldera, de donde le prometió que saldría mancebo galán.

Pelias perdió la vida, pero ni aun así pudo Jasón disfrutar tranquilamente la corona; pues su primo Acaste, hijo del usurpador, lo arrojó del trono, teniendo que retirarse á Corinto, donde se casó con Glauca, hija de Creonte, rey de la ciudad. Creonte, conociendo el carácter vengativo de Medea, mandó que saliera desterrada del reino por ser ya famosa su crueldad y malas artes. Rogó Medea y se aplazó el destierro. Aprovechó ella este descanso para fingir una reconciliación con su esposo, y llevó su aparente docilidad hasta el punto de regalar á la nueva desposada una corona de oro y un finísimo manto ó peplo.

Desgraciadamente, ambos dones estaban envueltos en eficazísimo veneno, que estalló en el momento de ponérselos la hija, que fué devorada juntamente con su padre. No contenta con esto, vengóse también de Jasón, matando á sus hijos, y huyó impune á la corte del rey Egeo en Atenas, atravesando los aires en un carro tirado por dos dragones.

TESEO.—Fué este héroe hijo de Etra, hija de Piteo, fundador de Trecenas, y de Egeo, rey de Atenas. En ocasión en que éste moraba en el palacio de su padre, quedó aquélla en cinta, y antes de nacer el fruto de

aquellos amores, hubo de ausentarse, dejando á la infeliz como únicas prendas de reconocimiento su espada y sus sandalias, olvidando pronto sus amores.

Creció Teseo, y aún adolescente, llevóle su madre donde ocultaba las prendas, única prueba de su filiación.

Calzóse las sandalias y ciñó la espada, y marchó más gáñoso de gloria que de encontrar al autor de sus días, comenzando la dilatada serie de sus triunfos, dando muerte á un gigante, hijo de Vulcano, llamado Clavigero, por usar una enorme clava, con la que asesinaba á sus huéspedes; arma que de allí en adelante usaba Teseo en sus combates.

En las inmediaciones de Corinto tropezó el héroe con un famoso y cruel bandido llamado Sinnis, que después de robar á los viajeros, plegando dos pinos, ataba al uno la cabeza y los pies al otro, y daba después libertad á los encorvados árboles, que al recobrar su natural posición desgarraban el cuerpo de las víctimas.

Teseo castigó al criminal con el mismo suplicio por él inventado.

En los límites de Megara impuso la pena del talió á Escirón, que alimentaba con carne humana sus tortugas. En Eleusis venció á Cerción, otro bandido, luego á Procusto, que obligaba á sus víctimas á tenderse en cierto lecho de hierro, cortándoles de las piernas, si sobraba, ó estirando con cuerdas hasta que llegaran, cuando no alcanzaban, y dió muerte á la jabalina Taya, madre del jabalí de Caledonia, que devastaba los alrededores de Corinto. En esta campaña enamoróse de Perigona, hija del gigante Sinnis, de cuyos amores nació Menalipo.

Después de haberse purificado de la sangre derramada de las Filalidas, entró en Atenas, donde Medea, ya advertida de que el recién venido era hijo de Egeo, y que concluiría con su dominación, le esperaba armada de sus malas artes para perderlo, á fin de que no disminuyera la influencia del hijo la que sobre el viejo había alcanzado su joven esposa.

Persuadió al débil monarca de que Teseo era un terrible asesino y convenía deshacerse de él.

Á este objeto convidó á un banquete al hijo de Etra, á quien su madrastra puso al lado una copa llena de mortal veneno.

Antes de beber quiso el Destino, propicio á Teseo, que para cortar las viandas desenvainara la espada; vióla Egeo, y derramando antes la fatal copa, pregunta tras pregunta llegó á conocimiento de que aquél era su hijo.

Medea evitó el castigo de su atentado y huyó en un carro por los aires, primero á Fenicia, luego al Asia, donde casó con uno de sus más poderosos reyes, y dió á luz al famoso rey Midas, que tenía orejas de pollino por castigo de Apolo.

Egeo tenía un hermano llamado Palas, que era padre de cincuenta hijos, y como la aparición de Teseo mataba sus esperanzas de reinar en Atenas, se rebelaron contra el supuesto usurpador de sus derechos, siendo castigados, por mano de Teseo, con la muerte.

Para purificarse de esta sangre estuvo en el templo de Apolo, en Delfos, un año, al cabo del cual regresó á la ciudad, que abandonó á poco, para dar muerte al toro de Maratón, terror de los campos de Ática.

Tenía obligación de enviar á Creta cada nueve años un tributo, compuesto de nueve doncellas y siete manebos de las más ilustres familias de la ciudad, que habían de servir de pasto al Minotauro que vivía en el laberinto.

Este laberinto fué construido por Dédalo, artifice famoso que juega un papel nada lisonjero en la fábula de Pasiphae y del Toro; fué asimismo autor de las primeras estatuas griegas y hasta del arte de volar, que costó la vida á su hijo Icaro. Este personaje debió ser egipcio, ya por lo que se sabe de sus obras, ya por la época en que vivió, en la cual hubo estrechas relaciones entre Egipto y Grecia.

Llegada la época de pagar el tributo, Teseo, que aca-

baba de volver de Maratón, deseó que se le incluyera en el número de los mancebos para luchar contra el monstruo, engendro de Pasiphae.

Vencer al monstruo, se consideró siempre imposible; salir del laberinto, aun después de vencido, cosa más imposible aún. Pero el amor, que todo lo vence, inspiró á Ariadna, hija de Minos, una ardiente pasión, y esta pasión halló lo que el ingenio del mismo Dédalo no supo encontrar ni prever.

Dió Ariadna á Teseo un hilo, aconsejándole que lo atara al extremo del laberinto, y conservando el cabo siempre en la mano, podría fácilmente desandar lo andado.

En efecto, Teseo venció al Minotauro, y merced al artificio de su amante, salió de la prisión, libertando á su vez á Fedra, hermana de Ariadna, entonces niña, Iso, y los alemenses que lo habían acompañado.

En la isla de Naxos tuvo la crueldad de abandonar á Ariadna, dejándola en cinta de los gemelos Enofión y Estafilo. Ya sabemos que Baco consoló á esta desdichada, obteniendo, como premio de sus penas, la inmortalidad.

El castigo de este abandono no se hizo esperar. La nave que los llevaba á Creta llevaba al partir todo el aparejo negro en señal de luto, y Egeo mandó que si volvían vencedores trocaran por blancas las negras velas. Olvidóse Teseo de hacerlo así, y el inquieto padre, divisando desde lejos el bajel enlutado, creyóle muerto y se suicidó arrojándose al mar. Ordenó Teseo los funerales de su padre, y heredó su cetro, no obstante lo cual asistió á la expedición de Hércules contra las Amazonas, en donde Hércules le dió por esposa á Hipólita, de la que tuvo un hijo, bello y casto mancebo, llamado Hipólito.

Algunos años después, cuando ya pensó descansar de las fatigas de la lucha, enlazóse con Fedra, hermana de Ariadna; matrimonio mal concertado, pues era la esposa joven y bella, y el marido frizando en los sesenta, lle-

vando ya estampado en el rostro las huellas de sus memorables hazañas.

La diosa Venus, despreciada por Hipólito, hijo de Teseo, deseoso de conservar su virginidad, tramó su ruina y la satisfacción de su venganza, inspirando á Fedra un amor violento por él; pero no osando declarárselo, y víctima de su pasión vehemente, la confió á su nodriza, en ausencia de su esposo Teseo, la cual cometió la imprudencia de participárselo á Hipólito, que se indignó y la rechazó con energía. La desdichada Fedra, sabedora del mal éxito de su tentativa, resolvió suicidarse, y ejecutó su proyecto ahorcándose, si bien se vengó de su hijastro, dejando al morir unas tablitas suspendidas de su cadáver, en las cuales decía que contra su voluntad y forzada por Hipólito había manchado el lecho nupcial. Entonces Teseo, sin informarse escrupulosamente de la certeza de esta acusación, y recordando que Neptuno le había prometido realizar tres votos suyos, le pidió que matase á Hipólito, y lo desterrase de su reino. El misero é inocente joven, lleno de dolor, y no queriendo faltar á su juramento de no publicar la declaración de la nodriza, subió en su carro, y pereció en el camino, acometido por un toro que suscitó contra él el dios marino. Cuando lo traían moribundo á la presencia de Teseo, se apareció Diana, su amiga, descubrió su inocencia, y consoló al desdichado antes de morir, profetizando los honores y fiestas que se le tributaron en lo sucesivo.

Con este golpe se agrió el carácter del héroe, su valor degeneró en temeridad de bandido, y sus hazañas en crímenes. Robó á Elena, hermana de Cástor y Pólux, bajó al averno con el loco intento de robar á Plutón su esposa Proserpina, y allí el cancerbero, después de vencerlo, le condenó á permanecer eternamente sentado en el Erebo, de cuyo suplicio le libertó Hércules.

Vuelto á su ciudad de Atenas, sus ciudadanos lo desterraron, muriendo en Esciros solitario y obscuramente.

La posteridad le hizo inmortal, y los griegos juraban que su sombra les guió á la victoria en Maratón.

ORFEO.—Era hijo de Eagro, rey de Tracia; fué gran músico y gran poeta, cualidades que dieron lugar á que se le supusiera hijo de la musa Caliope. Dicese que Apolo le regaló una lira, á que él añadió dos cuerdas, y que producía sonidos tan deliciosos que enternecían á las fieras, á los árboles, y aun á las mismas piedras.

Fué amante, según unos, y esposo, según otros, de la hermosa Euridice, y cuando ésta murió se decidió á bajar al averno para reclamarla; confiando en el encanto de su voz y con los dulces acordes de su lira logró, en efecto, que Carón le pasase en su barca, que el cancerbero le abriese paso, que las Parcas y las Furias le escucharan con éxtasis, y que Plutón le concediese la merced que pedía, bien que con la condición de que no volviese Orfeo la cara para mirar á su esposa antes de salir del infierno. Marchó delante el enamorado príncipe, yendo en pos la sombra de su esposa; pero muy cerca ya de la tierra no pudo contenerse, y contempló con ansia el rostro de la joven, que fué arrebatada inmediatamente por Mercurio, y conducida de nuevo á la mansión infernal.

En vano intentó Orfeo recobrarla, y al cabo de siete meses que pasó á orillas del Aqueronte



Bacante.



Piramo y Tisbe.

sollozando y sin alimentarse más que de sus lágrimas, volvió solo y desconsolado á la tierra, donde fiel al recuerdo de Eurídice despreció á todas las demás mujeres.

Irritadas las Bacantes por sus desdenes, le degollaron en una orgía y destrozaron su cuerpo, arrojando al río la cabeza de Orfeo, cuyos labios se movieron aún para pronunciar el nombre de Eurídice. Entonces los dioses tuvieron piedad de ambos amantes, y les concedieron la inmortalidad, trasladándolos á los Campos Elíseos.

PÍRAMO Y TISBE.—Píramo, apuesto jóven, amaba á la bella Tisbe y era por ella correspondido; pero oponiéndose sus familias á su enlace, ambos amantes determinaron huir y se dieron cita en un bosque. Acudió Tisbe la primera y cuando estaba esperando á su amante vió llegar un espantoso león que avanzaba hacia ella. Sobrecogida de espanto huyó, abandonándole su manto, que el león desgarró con sus dientes y manchó con la sangre que de otras víctimas llevaba en las garras y la boca. Llegó á poco Píramo, y al no ver á Tisbe y si su ensangrentado manto, juzgó que la habían devorado las fieras, pues había oido los rugidos del león, y se atravesó el corazón con un puñal, cayendo muerto al suelo. A los pocos momentos Tisbe, que se había ocultado en lo más espeso del bosque, volvió al sitio de la cita y al ver muerto á Píramo, le sacó el puñal de la herida y se atravesó el pecho con él, cayendo muerta al lado de su amante. La sangre de ambos salpicó las moras que desde entonces son negras.



Hero y Leandro.

HERO Y LEANDRO.—El jóven Leandro atravesaba todas las noches á nado el Helesponto para visitar á su amada Hero, y regresaba á la madrugada siguiente á Bizancio; pero una noche, hallándose muy alborotado el mar, y habiéndose dormido Hero, que acostumbraba á colocar una luz que sirviera de faro á Leandro, éste, falto de rumbo se ahogó, y las olas llevaron á la mañana siguiente su cadáver al sitio en que estaba Hero, que al verle se arrojó al mar, donde pereció.

BELEFORONTE Y LA QUIMERA.—Sísifo, hijo de Eolo, y la pléyade Mérope tuvieron entre sus descendientes á Hipomo, inventor del freno, y á Pirreno. Un día en que iban de caza ambos hermanos, Hipomo mató involuntariamente á Pirreno, y entonces, desesperado, huyó del país, tomó el nombre de Belerofonte y pasó á Argos. La esposa del rey Proclo trató de seducir al joven; pero se estrelló en su virtud, y furiosa le acusó ante su esposo de que había querido ultrajarla. Proclo, no atreviéndose á matarle, le envió á su hermano Yobates, que reinaba en Licia, con una carta en que le recomendaba le hiciera matar. Belerofonte entregó la carta, y el de Licia, para dar gusto á su hermano, lo envió á combatir contra un monstruo que asolaba por entonces aquellos dominios, engendro de Tifoe y Equidna, y que tenía cabeza y melenas de león, cuerpo de cabra y cola de dragón; llamábase la Quimera, y su aspecto inspiraba miedo; pero Belerofonte, alentado por Minerva y montado en el caballo Pegaso, que volaba por los aires, logró dar caza al monstruo y acabó con él á saetas. Obtuvo después muchas victorias contra los enemigos que le suscitaba Proclo y Yobates, hasta que el último, persuadido de la inocencia del héroe, y lisonjeado con su poder, le casó con su hija Casandra, y le declaró heredero del trono de Licia. Tanto se enorgulleció Belerofonte con su elevación, que se proclamó igual á los dioses y se atrevió á subir montado en el Pegaso hasta los confines del Olimpo. Indignado entonces Júpiter, le envió un rayo que dió fin á su vida.

TÁNTALO.—Era hijo de Júpiter y Plota. Fué rey de Lidia, y después de robar á Ganimedes, con lo que empezó á indisponerse con los dioses, cometió un crimen más atroz aún. Alojáronse en su palacio en cierta ocasión Júpiter, Ceres y Mercurio, y para ver si en efecto tenían ciencia divina sus huéspedes, hizo Tántalo la infamia de matar á su hijo Pelope para ver si adivinaban lo que comían. Ceres, muy preocupada entonces con la pérdida de su hija Proserpina, fué la única que comió una costilla de aquel guisado; pero Júpiter la advirtió de su distracción, resucitó al desgraciado niño, á quien la misma Ceres hizo una costilla de marfil, en cambio de la que se había comido, y arrojó á Tántalo á las profundidades del Tártaro.

Pelope asistió después á la guerra de Troya, estuvo en la corte de Enómao, rey de Pisa, y se enamoró de Hipodamia, hija de éste, que no concedía su mano á quien no aventajase la velocidad de sus carros, tirados por caballos velocísimos, como hijos que eran del viento Bóreas. Trece príncipes habían muerto ya en esta desigual lucha, en que también le iba la vida al rey Enómao, pues el Oráculo le había anunciado que el día en que se casara su hija moriría á manos de su yerno.

Aceptó Pelope el desafío, y para salir victorioso sobornó á Mirtilo, cochero del rey, haciendo que aflojara el eje de las ruedas. Partieron con gran velocidad ambos carros; pero habiéndosele salido las ruedas al del rey, cayó éste al suelo con atroz violencia y murió destrozado, con lo que Pelope obtuvo la mano de la princesa y la corona de Pisa. A fin de que su crimen quedase oculto cometió otro, que fué hacer despeñar á Mirtilo.

Dedicóse luego á empresas guerreras, y le fué favorable la fortuna, pues conquistó muchas ciudades y formó el reino del Peloponeso, en cuya capital, Olimpia, creó los juegos olímpicos en honor de Júpiter. Al morir, ya muy viejo, dejó tres hijos de Hipodamia, que fueron Atreo, Tiestes y Plisteres, y otro de la ninfa Dannis, llamado Crisipo, y que era extremadamente hermoso. Te-

nia Hipodamia gran aversión hacia este bastardo, é indujo á Atreo y Tiestes á que le asesinasen, como lo hicieron, arrojándole á un pozo. El crimen se descubrió, y entonces Hipodamia se dió muerte y los hermanos criminales huyeron del país.

LOS PELÓPIDAS.—Llámase así á los hijos de Pelope y nietos de Tántalo. Atreo, uno de los que habían contribuido á la muerte de Crísipo, se refugió en Argos, donde casó con Eope, hija del rey Euristeo. Heredó el trono de éste y el del Peloponeso, en que estaba el vellocino de oro, regalado por Mercurio á Pelope. Envidioso su hermano Tiestes, que había vivido errante y pobre, robó á su hermano el vellocino y la mujer, con la que tuvo dos hijos varones y una hija, llamada Pelópea. Apoderóse de Argos, y desde allí resistió á los ejércitos de su hermano mucho tiempo, pero al fin hubo de abandonar la ciudad, refugiándose en los bosques del Epiro. El Oráculo le anunció que el primer hijo que tuviese le vengaría de sus injurias, y él entonces forzó á la primera mujer que le salió al paso y que era su propia hija Pelópea, á quien no conocía por haberse perdido muchos años antes y que veía en la corte de Epiro. Huyó la infortunada y dió á luz un niño que llamó Egisto, y al que criaron unos pastores sin saber quién era.

Poco después Atreo, enamorado de Pelópea, su sobrina, á quien creía hija del rey de Epiro, se casó con ella, y ardiendo en deseos de vengarse de su hermano, le convidó á la boda, diciendo que quería reconciliarse con él. Acudió Tiestes, y terminado el festín, supo con horror que Atreo le había servido la carne de los hijos que tuvo de Eope á excepción de Pelópea. Ésta, que le había reconocido, le indicó el sitio en que Egisto, hijo de ambos, estaba oculto. Corrió Tiestes á aquel paraje, llevóse á su hijo, ocultándole cuidadosamente y fomentó en su alma el espíritu de venganza. Cuando llegó Egisto á la adolescencia le envió á la corte, donde fácilmente se granjeó la voluntad del rey Atreo, así como la de Agamenón y Menelao, hijos de Plístenes.

No se apagaba en el corazón de Atreo el odio á su hermano. Buscóle, pues; logró hallarle, le encarceló y comisionó á Egisto para que le diese muerte. En cuanto se reconocieron el preso y el que iba á ser su ejecutor, se pusieron de acuerdo, y subiendo á las habitaciones de Atreo le asesinaron.

Conoció entonces Egisto á su madre Pelópea, y ésta, horrorizada al saber que había tenido un hijo con su propio padre, se suicidó. Tiestes ocupó el trono de Argos, pero su crueldad le hizo odioso y fué arrojado del país, muriendo años después en la isla de Citeres, desde donde bajó al Tártaro.

Agamenón y Menelao, arrojados de Argos por Tiestes, huyeron á Esparta, donde reinaba Tíndaro, y fueron muy bien acogidos; recobraron aquel reino y lo ocupó Agamenón, casado ya con Clitemnestra, hija de Tíndaro. Éste declaró por su heredero en Esparta á Menelao, siempre que se casara con la bella Elena, á la que había robado Teseo. Tenía Elena otros veinte pretendientes, entre los que contaban príncipes ilustres, y el litigio de su mano era difícil; mas al fin se avinieron todos á estar por lo que Elena acordase, y ésta eligió á Menelao, con el que ocupó el trono de Esparta.

No duró mucho tiempo la felicidad de Menelao. El joven Paris, hijo de Priamo, rey de Troya, marchó á Grecia con la intención aparente de concertar tratados con los dioses, reinos y repúblicas; mas, en realidad, para enterarse de la situación del país. Fué muy bien recibido en Esparta por Menelao, y pagó su hospitalidad seduciendo á Elena, con la que huyó á Troya aprovechando una breve ausencia del marido.

Grande fué el furor de Menelao, pero antes de acudir á la guerra envió embajadores á Priamo, que le respondió con evasivas. Entonces Menelao se puso de acuerdo con Agamenón, y ambos con los demás príncipes de la Grecia, á fin de llevar la guerra á Troya. Reuniéronse al efecto 75.000 soldados, fué elegido general en jefe Agamenón, y después de largas peripecias y de

una lucha que no duró menos de diez años, y en que tomaron parte los dioses, ya en favor de Troya, ó ya de Grecia, la sagacidad de Ulises, rey de Itaca, de cuyas aventuras hablaremos, y que durante toda la campaña mostró su talento y su astucia, dió á los griegos el triunfo por medio de un ardid sobremanera ingenioso. Hizo construir á sus aliados un gigantesco caballo de madera, en cuyo interior se alojaron muchos valerosos guerreros armados de todas armas; dispuso que se colocase el caballo á orillas del mar como una ofrenda á Minerva é hizo embarcar á todos los griegos á la vista del enemigo como si dieran vuelta á su patria.

Grande fué la alegría de los troyanos ante la aparente huida de los griegos; juzgaron que el caballo debía ser un trofeo de su victoria, y aunque Laoconte, sacerdote de Apolo, golpeó al caballo con su lanza y advirtió que podía ser peligroso entrarlo en la ciudad, pues se oía ruido de armas en su interior, no le hicieron caso, derribaron parte del muro é introdujeron en Troya aquel extraño armatoste celebrando el triunfo con gran algazara. Por la noche, la escuadra de Agamenón dió la vuelta y ancló nuevamente en Troya; desembarcaron las tropas griegas y penetraron en la ciudad, llevándolo todo á sangre y fuego.

De esta manera la astucia de Ulises consiguió lo que no habían logrado los triunfos del indomable Aquiles, campeón griego, el más valeroso de cuantos sitiaron á Troya, que había dado muerte al bizarro Héctor, hijo de Priamo, y que vencía á todos sus enemigos; pues tenía invulnerable todo el cuerpo, menos el talón, por el que le entró una flecha en el momento en que celebraba sus bodas con la hermosa Polixena, heredera de Troya. Concluída esta campaña, Agamenón, que regresaba victorioso á Grecia, fué cobardemente asesinado por su esposa Clitemnestra y el adúltero Egisto, en quien había depositado su confianza. Orestes, hijo de Agamenón, juró vengar la muerte de su padre; refugióse en la Corte de Focea, donde contrajo estrecha amistad con el prin-



Polfemo.

cipe Pilades, y vuelto á su patria mató en el templo de Apolo á Egisto y á su propia madre, por lo que durante largos años se vió perseguido de las Furias. Al fin se aplacaron los dioses y le dejaron morir en el trono de Argos á los noventa años de edad. En cuanto á Menelao, ha pasado á la historia como tipo de maridos crédulos y complacientes. Concluida la guerra de Troya volvió á su poder Elena; creyó ó fingió que creía todas las historias que ella le contó para persuadirle de su inocencia, y murió menospreciado por las gentes y quizás por su misma mujer.

ULISES.—Ya queda dicho que la astucia de este rey influyó más que las hazañas de Aquiles en la toma de Troya. De regreso á su patria, las tempestades le arrojaron primero á las costas de Francia, luego á Edu, país africano llamado de los Lotófagos, porque en él abundaba un fruto llamado *Loto*, que hacía olvidar de su patria á los que le probaban. Después de muchas peripecias, otra tempestad le arrojó á las playas de Sicilia, donde cayó en poder del ciclope Polifemo, que le llevó prisionero á su caverna con cuantos le acompañaban. Cada día se comía el ciclope á alguno de ellos, y Ulises, temiendo que le llegara su vez, empezó á distraer la atención de aquel monstruo contándole sus aventuras, mientras Polifemo hacía la digestión de alguno de sus amigos. Dijole que se llamaba Nadie, y un día en que el monstruo estaba adormilado oyendo sus historias, le metió por el ojo único que tenía un palo ardiendo y le privó de la vista. Polifemo empezó á lanzar aullidos aterradores, á los que acudieron otros ciclopes que le preguntaron quién le había herido, y como él contestase que nadie, se marcharon dejándole por loco. Ardiendo en deseos de venganza, asió un peñasco que no hubieran podido mover cien hombres y atrancó la puerta de la caverna donde estaban juntos sus prisioneros y sus ganados para sacar éstos y matar á aquéllos. Al efecto, se puso de manera que las reses sólo podían salir una á una y pasando entre sus piernas; pero Ulises se colocó bajo

el vientre de una de ellas agarrándose á sus piernas; aconsejó á sus compañeros que hicieran lo propio, y así salieron de la cueva y corrieron al mar donde tenían algunas lanchas. Oyó Polifemo sus burlas y sus gritos, y desesperado empezó á arrojar á una parte y otra rocas, pero como no tenía vista le faltaba el tino y no dió ninguna en la barca.

Después de esta aventura pasó Ulises sucesivamente á las islas de Eolo, Circe y Calipso, de que ya hemos hablado antes, y, por último, después de veinte años de ausencia consiguió abordar en las playas de Itaca, precisamente cuando su hijo Telémaco, que le había buscado en vano mucho tiempo, acababa de regresar desalentado, y Penélope, su esposa, asediada por multitud de pretendientes, no sabía ya cómo eludir tanto compromiso, pues durante algunos años les había entretenido diciéndoles que elegiría esposo cuando concluyera un tejido, siendo así que deshacía de noche lo que hacía de día.

No se presentó de pronto á su esposa; disfrazóse de mendigo y habló á Penélope de que había conocido á Ulises en tierras muy lejanas; vió con placer que se conmovía su fiel esposa y entonces la persuadió á que prometiese su mano al que fuera capaz de lanzar una flecha con el arco que Ulises había dejado en su armería al partir para Troya. Así lo hizo Penélope; los pretendientes acudieron gozosos, pero hubieron de renunciar á aquella empresa; entonces el mendigo pidió que se le permitiese probar fortuna, y fué grande el asombro de todos al ver que el arco cedió como un junco, despidió la flecha con tal violencia, que sin variar de dirección atravesó doce anillos clavados en las columnas del pórtico donde tenía lugar la justa. Aun estaban llenos de éstupor los pretendientes, cuando muchos de ellos caían al suelo atravesados á flechazos, y Telémaco exterminaba los restantes. Dióse entonces á conocer Ulises; su esposa lo estrechó contra su pecho, su padre Laertes derramó lágrimas de gozo, y su hijo Telémaco, con quien

había concertado este plan, tuvo la dicha de vivir largos años al lado de su padre.

ENEAS.—Este caudillo, hijo de Venus y Anquises, fué uno de los pocos que se salvaron de la ruina de Troya. Su bajel, arrebatado por los vientos, le llevó á las playas de Cartago, que en aquella época acababa de fundar Dido ó Elisa, reina tan valerosa y discreta como bella. Enamoróse esta reina del gallardo Eneas y se entregó á él, ofreciéndole su corona con tal que renunciase á nuevos viajes; pero Eneas la abandonó á poco, embarcándose en dirección á Italia, y entonces Dido, desesperada ante aquella traición, resolvió darse muerte; preparó por sí misma la pira en que habian de arder sus restos y se atravesó el corazón con una espada, cayendo sin vida á los pies de algunas de sus fieles servidoras.

Mientras tanto, el infiel Eneas, después de muchas aventuras, lograba hacerse dueño de un ramo de oro consagrado á Proserpina; bajaba intrépido al Averno y en los Campos Elíseos contemplaba una visión de incomparable grandeza, el porvenir de Roma, ciudad que estaba llamado á fundar y que había de ser la señora del mundo.



Dioses alegóricos.

Terminada ya la descripción de los principales dioses, semidioses y héroes de la mitología griega y romana, daremos fin á este modesto trabajo haciendo notar que cada virtud, cada bien, cada mal, cada abstracción, cada fuerza natural y hasta cada vicio tuvieron su dios correspondiente entre los hombres de la antigüedad. La *Esperanza*, la *Fama*, la *Justicia*, la *Ley*, la *Libertad*, la *Licencia*, la *Naturaleza*, la *Necesidad*, la *Providencia*, el *Trabajo*, la *Victoria*, la *Amistad*, la *Fidelidad*, el *Honor*, la *Hospitalidad*, la *Oración*, la *Piedad*, la *Prudencia*, el *Pudor*, la *Verdad*, la *Virtud*, la *Calumnia*, la *Envidia*, el *Engaño*, la *Hipocresía*, la *Impiedad*, la *Mentira*, la *Pereza*, el *Orgullo*, la *Voluptuosidad*, la *Abundancia*, la *Concordia*, la *Felicidad*, la *Paz*, la *Salud*, la *Seguridad*, la *Desgracia*, la *Discordia*, las *Enfermedades*, la *Guerra*, el *Hambre* y el *Terror*, fueron otros tantos dioses y diosas.

FIN DE LA OBRA



ÍNDICE

	<u>PÁGINAS.</u>
Introducción	7
I.—Origen de los dioses según la Mitología	11
II.—El Olimpo.—Clasificación de los dioses	15
III.—Dioses mayores y consentes	17
IV.—Dioses auxiliares ó patricios	63
V.—Dioses subalternos del cielo, la tierra y el mar. . . .	79
VI.—Dioses infernales subalternos	97
VII.—Heroes y semidioses	105



العطر العتيق من بلاد الشام



العطر العتيق من بلاد الشام S. CALLIDA العطر العتيق من بلاد الشام